Julio Rafael Contreras Roqué, Adrián Giacchino,
Bárbara Gasparri y Yolanda E. Davies

EL RÍO PARAGUAY
NATURAL E HISTÓRICO

APORTES PARA LA BIOGRAFÍA DE UN RÍO

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

EL RÍO PARAGUAY
NATURAL E HISTÓRICO

APORTES PARA LA BIOGRAFÍA DE UN RÍO

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

EL RÍO PARAGUAY NATURAL E HISTÓRICO

APORTES PARA LA BIOGRAFÍA DE UN RÍO

Diseño gráfico: Mariano Masariche.
Foto de contratapa: Estela Muñoz Bado.

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Fundación de Historia Natural Félix de Azara
Centro de Ciencias Naturales y Antropológicas
Universidad Maimónides
Hidalgo 775 P. 7º - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54) 11-4905-1100 int. 1228 / www.fundacionazara.org.ar

Impreso en Argentina - 2020

CC BY NC SA

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723.

El contenido de este libro es responsabilidad de sus autores

El Río Paraguay : natural e histórico : aportes para la biografía de un río / Julio Rafael Contreras Roqué ... [et al.]. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara ; Autónoma de Buenos Aires : Universidad Maimónides, 2020.
98 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-3781-47-6

1. Hidrografía. I. Contreras Roqué, Julio Rafael
CDD 551

Fecha de catalogación: abril de 2020

EL RÍO PARAGUAY
NATURAL E HISTÓRICO

APORTES PARA LA BIOGRAFÍA DE UN RÍO

AUTORES

Julio Rafael Contreras Roqué(†)
Adrián Giacchino[1]
Bárbara Gasparri[1]
Yolanda E. Davies[2]

[1]Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Universidad Maimónides, Buenos Aires, Argentina.
[2]Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, Argentina.

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides

CONTENIDO

8 **Prólogo**

10 **Introducción**

15 **Las fuentes del río Paraguay**

32 **Elementos para la biografía del río**

65 **El río en la vida paraguaya y sus fluctuaciones históricas**

81 **Conclusiones**

86 **Agradecimientos**

90 **Bibliografía**

PRÓLOGO

"El sol te ampara
y tienes en tu elemento
la sangre desmesurada
del hombre de mi tierra"
Río Paraguay, Elsa Wiezell

Este libro de Julio Contreras (+), Adrián Giacchino, Bárbara Gasparri y Yolanda Davies es un interesante trabajo en el que predomina un acucioso estudio de las fuentes históricas en ese encuentro con la naturaleza de un curso fluvial clave para el desarrollo de las sociedades humanas en esta región de Sudamérica.

El despliegue de erudición con respecto a las fuentes primarias y secundarias que hacen referencia al río Paraguay en el proceso de conquista durante el siglo XVI es sumamente esclarecedor para comprender el rol que tuvo el río Paraguay en esos años en los cuáles los pueblos originarios vieron como desde sus embarcaciones algunas veces y mediante expediciones terrestres otras, los europeos iban incursionando en sus territorios ancestrales.

La obra va demostrando el modo en que el curso fluvial fue un elemento fundamental de la presencia europea que fue configurando el nuevo territorio de acuerdo con sus principios y sus fines. Para dar una visión más amplia los autores

no sólo recurren a las fuentes escritas, sino también a los mapas y cartas que fueron levantadas por los exploradores en los años iniciales de la conquista.

Posteriormente la obra analiza los elementos que hacen al origen del nombre del río, presentando una diversidad de fuentes que permitirán al lector, comprender el significado de la palabra Paraguay.

El libro concluye con un estudio sobre el fenómeno de *El Niño* y se documenta no solo los distintos años en los cuales el fenómeno afectó a la cuenca del río Paraguay, sino que también se hace una acuciosa revisión de los trabajos que en los últimos cincuenta años han estudiado dicho fenómeno.

Este libro es el resultado de un trabajo interdisciplinario de un equipo liderado por el doctor Julio Rafael Contreras (1933-2017) un destacado científico del área de Biología, que fue un autor prolífico de 250 trabajos entre artículos, monografías y libros, así mismo 9 nuevas especies de animales.

Sus aportes también fueron en el campo de la historia de la Ciencia, donde realizó un importante estudio sobre la vida y obra del naturalista ilustrado español Félix de Azara. Quienes conocieron al doctor Contreras saben que era sumamente generoso con sus conocimientos y en proveer información útil para las investigaciones en ciencias naturales e historia de la ciencia.

Esta obra representa un aporte significativo para una historia del río Paraguay desde una perspectiva interdisciplinaria, que permitirá al lector comprender el vínculo de un curso fluvial con la sociedad humana.

Herib Caballero Campos
Miembro de la Sociedad Científica del Paraguay
Febrero de 2020

INTRODUCCIÓN

El historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) destaca en su *Grammaire des Civilisations* (1987) el hecho obvio de que cada civilización o sector significativo de la misma es localizable sobre un mapa, en el que están impresas las ventajas primarias –dones naturales- sobre las que el fenómeno humano asienta y labra su impronta que queda registrada en el proceso histórico. Continúa Braudel: "… *sobre el signo de las ventajas [geográficas] dadas cada civilización sería hija de los privilegios inmediatos de su situación, tempranamente aprovechados por el hombre. Así, desde el origen de los tiempos las civilizaciones fluviales del Viejo Mundo han florecido a lo largo del río Amarillo (civilización china), del Indo (preindostánica), del Eufrates y del Tigris (sumeria, babilónica, asiria), del Nilo (egipcia)*…" a las que se agregan las *talasocráticas*, de las orillas y de las islas de los mares y océanos.

El análisis de estos procesos puede llevar tan lejos, como las especulaciones acerca del motor histórico fundamental, que Arnold Toynbee (1889-1975) centra –en cuanto a lo ambiental- en el *desafío* y la *respuesta*, y al que debiera agregarse la disponibilidad de *vías de expansión e intercambio*. En ese sentido los ríos constituyen un ámbito ideal para el desarrollo de civilizaciones, culturas y nacionalidades. Lejos del determinismo geográfico propugnado por historiadores del siglo XIX, cabe contemplar el hecho geográfico entre los factores concurrentes de lo histórico. Ese hecho geográfico, no es sino un segmento temporal corto y acotado, del proceso geológico al que H. y G. Termier (1973), por ejemplo, llegan a considerar tan relevante como para hablar de una "*trama geológica de la historia humana*", que se expresa hasta por la disponibilidad de los suelos, el agua potable y los recursos mineros y extractivos en general.

La confluencia entre la geografía y la historia es de vieja data. Se inicia modernamente como una corriente de pensamiento surgida bajo el influjo de las ideas de Alexander von Humboldt (1769-1859), en la que se destacara Élisée Reclus (1830-1905) en la segunda mitad el siglo XIX, quien postula una estrecha correlación causal entre el medio geográfico y la cultura material y espiritual, la que más que ser entendida como una adaptación del hombre al medio, se atribuye la condición de fruto de un especial determinismo psicológico-geográfico, como aquel al que fueron afectados en el Paraguay, por ejemplo, J. Natalicio González y Narciso R. Colmán, girando ambos alrededor del concepto ulteriormente tan criticado, del "*alma de la raza*" o el "*ser nacional*".

Como reacción ante los excesos de ese tipo de interpretaciones extremosas,

el aspecto geográfico del proceso histórico apenas si recibió atención en la historiografía ulterior. Sin embargo, superado el geografismo ingenuo inicial, que puede llevar fácilmente a "*considerar a todo cambio [*histórico*] como forzoso y condicionado por el espacio*" (Bauer, 1944: 233), quedó largamente por esclarecer cuál era el verdadero nexo entre la geografía y la historia, y surgieron en el pensamiento historiográfico tendencias metodológicas como la de la llamada escuela geográfica, representada por la célebre obra de Vidal de la Blache, *Tableau de la géographie de la France* (1903), que sentó las bases para la gran *Histoire de la France*, de Ernest Lavisse (1842-1922), a la que sirvió de introducción a su tomo I. Pero, el predominio de lo sociológico y de lo económico en los enfoques ulteriores, se encargó prontamente de ocluir esa tendencia.

El ascenso de la ecología como disciplina autónoma, producido hacia el final del primer tercio del siglo XX, se aproximó también al pensamiento historiográfico, que reemplazó en gran medida, el concepto geográfico por el ecológico, que introdujo una cuota de biologismo –no sin cierta impregnación geográfica- en la formulación de los ascendentes criterios economicistas y productivos, que crecieron especialmente con la moderna historiografía francesa. Esa tendencia culminó en 1943 con la obra de Maximilien Sorre: *Les bases biologiques de la géographie humaine: essai d´une ecologie de l´homme*[1], uno de cuyos objetivos fue el de establecer los límites geográficos de la ecumene, es decir explicar el por qué de los límites geográficos que producen concentraciones humanas, a pesar de la tendencia básica cosmopolita del hombre. Vienen a cuento en el desarrollo del pensamiento de Sorre, los conceptos geográficos, climáticos, hidrológicos, epidemiológicos, que si bien no constituyen el medio histórico en sí mismo, son considerados como dimensiones, muchas veces insoslayables, del mismo.

Por otra parte, es preciso dejar sentado que no tiene el mismo sentido la búsqueda de determinantes o de componentes geográficos en los procesos históricos en espacios como el eurasiático, coevolucionado con el habitante humano desde tiempos prehistóricos, a veces remotísimos, que hacerlo en la consideración de trasplantes demográficos y culturales del occidente renacentista, tecnológica y socialmente estructurados en un nivel fuertemente cultural de requerimientos básicos, como fue el proceso de asentamiento europeo en el Nuevo Mundo a partir de 1492.

La expansión colonizadora siguió un modelo geográfico bien definido y estuvo fuertemente sujeta a constricciones geográficas particulares, indudablemen-

[1] Sometida a una interesante crítica por Fernand Braudel en su *Y a-t-il une géographie de l'individu biologique?* original de 1994 y reeditada en 1984.

te mucho más intensas en el interior continental que en el litoral marítimo. Para rastrear el origen y la evolución de los asentamientos humanos del presente, en el caso del Viejo Mundo es necesario centrar la perspectiva en el campo de la *antropogeografía*, en el otro, el de América, simplemente en la consideración del marco geográfico del acontecer histórico-cultural documentado y correspondiente al descubrimiento, la conquista y la colonización.

Determinar con precisión la naturaleza y fluctuaciones de los mayores determinantes geográficos, puede contribuir a esclarecer la razón total o parcial de muchos acontecimientos y procesos, teniendo en cuenta siempre la advertencia metodológica de Bauer (1944), que previene que tales investigaciones pueden llevar al historiador poco crítico *"… a ser fácilmente profeta ex eventu, que conociendo lo que históricamente se ha producido, imagina poder adivinar posteriormente que se ha debido a la configuración de la superficie terrestre, cuando, en verdad, sólo se explica por la historia."*

La mayor parte de las instalaciones humanas más exitosas se han desarrollado históricamente tanto en sectores protegidos de las costas marinas como en los valles fluviales de aquellos ríos que por sus características brindaron, tanto condiciones estratégicas para la defensa y el dominio, como productivas para la subsistencia, capaces de asegurar la calidad de vida y la seguridad de sus habitantes, además de la comunicación y el intercambio fluido entre los asentamientos.

La instalación urbana y demográfica en el Paraguay, no escapó a esa modalidad de implantación en el hábitat. Fue el valle aluvial del río Paraguay el campo escénico de la instalación primordial de los descubridores, exploradores y conquistadores, quienes a su vez encontraron importantes asentamientos indígenas preexistentes en el área. El concepto de área nuclear, enunciado en el Paraguay por Montalto (1967), es decir, de un espacio geográfico en el que se concentran, en una nación, la densidad demográfica y la vida institucional y económica, resulta útil para definir la función del valle fluvial y de sus adyacencias.

El río y sus costas, no sólo aseguran la base física para el asentamiento humano, sino que constituyen un canal primordial para servir en nexo interno y para regular los contactos externos. La influencia del río no sólo se relaciona con la vida material, pues es además un condicionante de muchos de los rasgos culturales de las comunidades que se asientan a su vera. Sin caer en los excesos del determinismo ambientalista de quienes concibieron o adhirieron a

la *Geopsique*[2], resulta evidente que el río Paraguay y su valle aluvial, han contribuido significativamente a estructurar muchas de las modalidades distintivas de la cultura que asentara en sus orillas. Incluso Marcos Morínigo (1959) aporta, por ejemplo, argumentos filológicos acerca del carácter primariamente fluvial o ripario y no selvático de la cultura guaraní.

Una última disquisición para esta introducción es de carácter metodológico. El tema de la relación geográfico-histórica en el eje fluvial Plata-Paraná-Paraguay, es un campo que cobra especial relevancia al entrar en la tercera etapa de la historia del eje potámico, es decir, aquella iniciada despúes de los primeros avistamientos del sistema por los europeos, cuando el río cobra entidad cartográfica y protagonismo histórico, con un topónimo generalizado. Por ese motivo, se ha acumulado al respecto una extensa bibliografía, pero a pesar de ello, la cuestión está lejos de estar enteramente esclarecida: hay temas fuertemente polémicos, otros discutidos o discutibles. Se han formulado y se continúan formulando hipótesis y contrahipótesis y quedan muchos problemas sujetos a los resultados de la indagación documental. Estos van desde la evolución geográfica y geomorfológica del paisaje en los cinco siglos transcurridos, hasta las incógnitas cartográficas, las homonimias de los protagonistas, los viajes supuestos y dudosos, los posibles predescubrimientos, las fundaciones de las que ya no quedan vestigios, las crecientes y bajantes que afectaron o influyeron episodios históricos, etc.. Ante la proliferación de las hipótesis, conviene recordar las palabras de Raúl A. Molina (1956: 84): "*es indiscutible la inutilidad de las hipótesis, cuando no se hallan los elementos cuasi-probatorios, pues en el país de las fantasías, creo que estas tesis suelen ser casi siempre perjudiciales*".

[2] Geopsique, título de una obra muy difundida de Willy Hellpach (Casa de Horus S. L., Madrid, pp. 1-263, 1992).

EL RÍO PARAGUAY

El río Paraguay es uno de los grandes cursos fluviales sudamericanos, que desagua una enorme cuenca de cerca de 1.100.000 km^2, y resulta mayor aún si se considera asociadamente a la unidad fluvial natural Paraguay-Paraná hasta su desembocadura en el Plata, cuyo recorrido es de aproximadamente 2.765 km. Su curso corta en sentido latitudinal el continente, desde el área ecuatorial subamazónica hasta aproximadamente los 36° de latitud austral. Esa unidad natural comprende especialmente el río Paraguay y el tramo del Paraná desde su confluencia con el Paraguay hasta el Plata. Desde el punto de vista geológico e hidrodinámico Pierina Pasotti (1953: 32), denomina *"tronco inferior"* del Paraná a ese tramo del río. Para ella *"el Paraná inferior y el Paraguay forman una sola unidad hidrológica que bien justifica se la considere como un verdadero gran eje fluvial"*.

Se relacionan con el territorio paraguayo el curso medio del río Paraguay, al emerger éste del Pantanal, que alcanza hasta la confluencia del río Paraguay con el Apa, y el curso inferior, que se extiende desde allí hasta su confluencia con el Paraná.

Las fuentes del río Paraguay

El problema del conocimiento de las fuentes fluviales es tan antiguo como la historia humana: con explicaciones míticas cuando no era posible hacerlo mediante la exploración directa, las diferentes culturas saciaron la necesidad que experimentaban por ese conocimiento. Ya Herodoto (484-425 a.C.), en el quinto siglo antes de Cristo, se planteaba el problema de las fuentes de aquellos ríos que mencionaba en sus *Nueve Libros de la Historia*[1]. La mitología lo había hecho mucho antes, con narraciones fantásticas y antojadizas. El realismo racionalista del historiador griego, que en muchos casos suena casi-actual, se complicaría durante muchos siglos ulteriores, con ideas de origen teológico o de textualidad bíblica ingenua, sosteniendo una hidrología fantástica, en la que una de las imágenes arquetípicas era la de los ríos intercomunicados (Kretschmer, 1942), que inspiraría desde la cartografía de los siglos XVI-XVII, hasta las narraciones histórico-literarias de Antonio de León Pinelo (1590-1660), ya en el siglo XVII, en lo que atañe al río Paraguay.

[1] Como el caso del río Nilo (Libro II, 32).

Desde 1502, cuando se habría producido el primer avistamiento por parte de europeos de la boca del Río de la Plata, en el transcurso del controvertido tercer viaje de Américo Vespucio (1454-1512), hasta 1558 cuando Nuflo de Cháves (1518-1568) se aproximó a las fuentes naturales del gran eje fluvial Plata-Paraná-Paraguay, se enriqueció el conocimiento geográfico continental con casi tres mil kilómetros de recorrido fluvial. En este caso correspondió a diversos protagonistas la aventura del reconocimiento y exploración, y la misma fue la segunda gran penetración continental, iniciada antes y culminada despúes del periplo de Francisco de Orellana (1511-1546), en 1544, cuando saliendo del Perú llegó hasta las bocas del Amazonas, demostrando que "*… nunca jamás, a lo que pienso, hombre ninguno navegó tantas leguas por Río como Francisco de Orellana por éste, ni de río grande se supo tan presto el principio y el fin como de éste*"[2].

Pero en el caso del gran eje fluvial que comprende al Paraguay, no fue un solo hombre el autor de la hazaña, ni se dilucidó tan pronto el problema de las fuentes, dado que en las jornadas descubridoras se asocian, al menos, los nombres de Diego García, Sebastián Caboto, Domingo Martínez de Irala, Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Ñuflo de Chaves, y ninguno de ellos –tal vez deslumbrados los tres últimos por el inmenso territorio de los Xarayes y su apertura a la Sierra de la Plata- llegó a contemplar las modestas surgentes de la gran avenida fluvial, por más que se fincó en ellas más de un espejismo de riquezas o de reinos fabulosos como el del Dorado[3] o el Paititi.

Al mencionar los Xarayes se alcanza un territorio dotado de una historiografía particular, fuertemente entramada con el mito. Descubierto en 1543, por Irala en su penetración hasta la laguna Guaíba, cuando alcanzó el que llamara Puerto de los Reyes, es "*… a figuração mais recorrente das projeções encantadas criadas a partir dos primeiros narradores: un lugar fabulosamente imaginado, criado e representado."* (M. de F. Costa, 1999: 131). Esa concepción particular ha durado desde el inicio de la conquista hasta las primeras décadas del siglo XVIII, siendo prácticamente el ilustrado Félix de Azara (1943), quien mejor reduce a términos naturales la noción de

[2] Francisco López de Gómara, La historia de las Indias y conquista de México, Zaragoza, 1552.

[3] La leyenda de El Dorado, que es realmente la del hombre dorado, es decir un príncipe o rey al que bañarían en polvo del mucho oro de sus dominios, antes de zambullirlo en un lago en el que se arrojaban joyas y piezas de metal valioso, se inició con localización en el norte continental, como aparece, por ejemplo, en "las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*"de Juan de Castellanos (1522-1607), el poeta-cronista (o más cronista que poeta, según John Hemming, 1984), quien compuso sus elegías entre 1570 y 1580. Después la localización de la laguna fabulosa se fue alejando hacia el sur y el oeste. El mito se mantuvo vivo tres siglos. En 1582 Agustín de Almada, el supuesto hermano de Santa Teresa (ver Groussac, 1949: 102), lo daba como existente cerca de Quito (Bayle, 1943: 38). Paulatinamente, la identidad de El Dorado se complicó con otros diversos nombres, como: Rupa-Rupa, Los Omaguas, la Tierra Rica, el Itatín, los Torococíes, los Mojos, el Enim, la Trapalanda y el Paititi, acercándose al confín del Gran Chaco y a las fuentes del río Paraguay, asumiendo autores tan variados y distantes en el tiempo, como el Capitán Lorenzo Ximénez (en carta al virrey Enríquez, 1582) y el geógrafo e historiador del siglo XVIII, Juan López de Velazco, que por el Plata-Paraná-Paraguay era accesible la tierra fabulosa.

un territorio que, como se verá perduró en el horizonte mítico hasta en los textos de aquel siglo, como los de Lozano (1733) y de Charlevoix (1756), inclusive.

En 1542 Domingo Martínez de Irala (1509-1556), en su *Relación*[4] muestra su preocupación por conocer las fuentes del río Paraguay: interroga a un indio, que *"... preguntado sy sabe o a oydo decir que ayan llegado y visto el fin deste rrio Paraguay, dixo que no, ni a oydo decir…"*, y en 1543 no llega a descubrirlas cuando hace su mencionada entrada a Puerto de los Reyes, aproximadamente en los 18° de latitud sur.

Domingo Martínez de Irala.

Casi inmediatamente después Álvar Núñez Cabeza de Vaca (1490-1559), remontó el río Paraguay desde Asunción y llegó al Puerto de los Reyes. Desde allí mandó hacer una nueva entrada, que puso al mando de Hernando de Ribera, quien recorrió tierras de los Xarayes en 1543 (según Aguirre, 2003: 121, en 1546), expedición narrada en la *Relación* de Hernando de Ribera[5], y acerca de la que también dan noticias el lansquenete y cronista alemán Ulrich Schmidl (en

[4] La *Relación* de Irala fue publicada inicialmente por Paul Groussac en los Anales de la Biblioteca, Buenos Aires, Tomo VIII, abril-mayo de 1898.

[5] La *Relación* de Hernando de Ribera. Aparece incluida en el capítulo LXX: *De cómo el capitán Francisco de Ribera dio cuenta de su descubrimiento*, de la obra de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios* (1977).

su *Crónica*…, publicada en 1567), que participó de la misma, y años más tarde volverán a hacerlo Martín del Barco Centenera (en *La Argentina*, aparecida en Lisboa de 1602) y Ruy Díaz Guzmán (en sus *Anales*[6]…, publicados en 1612*).*

La Relación de Ribera aportó nuevos elementos acerca de la complejidad de los sistemas fluviales al norte de esas tierras y aunque no dilucidó nada acerca de las fuentes del Paraguay, corroboró el hecho de que las mismas están mucho más al norte de la tierra de los Xarayes, a la que –bueno es reconocerlo- nunca trata Ribera como laguna o lago. María de Fátima Costa (1999: 112) dice que *"Ribera recorrió un itinerario partiendo de Xarayes sin atravesar el Gran Chaco* [como lo hiciera años después Ñuflo de Chavez al orientarse hacia el noroeste], *eligió un camino hacia el norte, diferente de los caminos recorridos por García y Ayolas, que se dirigieron hacia el oeste* [desde Candelaria]. *De este modo, ese recorrido asigna el mérito a Ribera de haber reconocido la alta cuenca del río Paraguay a mediados del siglo XVI, llegando casi a las nacientes de ese río…".* En nota adicional, la misma Costa agrega que ese tema fue analizado por Kloster y Sommer (1942: 49-50), quienes *"en ese importante y desconocido trabajo"* reconocen que Ribera recorrió con anticipación las tierras que recién en el siglo XVII serían nuevamente halladas por los bandeirantes paulistas, en especial por las huestes de Raposo Tavares y de Luiz Pedroso de Barros.

En el *Diario* de Aguirre (2003: 121) dice que Ribera, con dos bergantines, desprendido del grueso de los expedicionarios, que quedaron con los indios xarayes *"subió todavía sesenta leguas*[7] *hasta una confluencia de dos ríos*[8]*; ambos los reconoció, y de aquí regresó a la armada con las noticias que adquirió".*

Es posible que pocos años después, las fuentes del río Paraguay hubieran sido reconocidas muy cercamente por el capitán Ñuflo de Chaves, quien, enviado por Irala, recorrió la zona en 1558, aunque existen serias dudas al respecto del camino que tomara una vez superada hacia el norte la tierra de los xarayes,

[6] En cuanto al título de esta obra, se sigue al enunciarlo el criterio de la edición de Roberto Quevedo (1980), que, como lo califica Alberto M. Salas (2991: 115) "*... la edición ha restituido a la obra el que sin dudas es su más auténtico título: Anales del descubrimiento y conquista del Río de la Plata…*" Al respecto señala Paul Groussac (1949: 36) que La Argentina no es sólo un anacronismo, sino que por entonces se aplicaba a los habitantes y a las cosas de Chiquisaca o La Plata, en especial por los jesuitas que escribían en latín.

[7] El valor en el sistema métrico decimal de la legua al tiempo de la conquista y colonización americana debe considerarse en base a las siguientes equivalencias: el arco de meridiano tiene 16,6 leguas por grado, y la legua 4,5 millas romanas. Sabiendo que el valor en el sistema métrico decimal del mencionado arco de meridiano es de 111 kilómetros, es así que la legua de Vespucio tiene 6.660 metros, mientras que la de Colón, tenía 5.920 metros dado que partía de un valor erróneo del grado geográfico-, pero la legua usual en el siglo XVI es la de Vespucio (Alurralde, 1975). No obstante, la anterior no puede ser considerada como una equivalencia absoluta y universal, pues también estaban en uso diversos sistemas locales y arcaicos y aunque las leguas española y portuguesa equivalían a la italiana –la más usual por entonces "*... sin embargo en la práctica habían, según Escalante Mendoza, autor marítimo muy experto, de la mitad del siglo XVI, leguas "cortas" y "largas""* (Olagüem 1958).

[8] En este punto del relato de Aguirre, una nota al pie de página del editor, Ernesto J. A. Maeder, dice al respecto "*No es posible por la relación de Guzmán saber qué ríos son estos, pero parece claro ser la confluencia que hoy se llama del Jaurú con el Paraguay. De ella dice el citado autor está de la Asunción más de 400 leguas y el mar más de 940 y aquella distancia conviene al Jaurú*".

Nuflo de Chaves.

pues como lo sintetiza Abesia Valdivieso (m.s.): *"… según la Resolución de los casos ofrecidos al capitán Ñuflo de Chaves desde 1557*[9]*, en la colección de García Viñas, después de arribar a los Xarayes "atravesó el Este-Noreste 200 leguas poco más o menos ..."*. Este dato le ha hecho afirmar a Eduardo Arze Quiroga que Chaves efectuó *"una nueva entrada en busca de las nacientes del Río Paraguay que lo llevan hasta las proximidades de la actual fortaleza brasileña del Príncipe de Beira..."* (*Historia de Bolivia,* siglo XVI, 1963), o sea de los 64° 30´de longitud y los 12° 30´de latitud. En principio, Ñuflo de Chaves tenía, en ese viaje, la misión, encomendada por Irala, de fundar un pueblo en la provincia de los Xarayes. *"No se ha descubierto, que sepamos, documento de los años 57 ó 58 que al referirse al viaje, aludiera como destino a los Mojos o a los Tomacocíes. Sin embargo, los herederos de Chaves encontraron conveniente hacerlo en 1588, en una probanza de servicios. Debían ser niños*

[9] Esta fecha corresponde realmente a febrero de 1558. Ha sido rectificada por varios autores y no caben dudas sobre ella.

esos jóvenes de 1558, desde que el padre casó por 1550, y puede pensarse que hablaron de oídas y, probablemente, confundiendo fechas" (Levillier, 1976: 226). Al respecto hay referencias coincidentes de Ruy Díaz de Guzmán (1974: 226).

Pocas décadas después Joseph de Acosta, en su *Historia Natural y Moral de las Indias*, Libro Tercero, Capítulo 18 (Sevilla, 1590), había dicho*: "Después de este río* [el Marañón o de las Amazonas] *tiene el segundo lugar en el universo el río de la Plata, que por otro nombre se dice el Paraguay, el cual corre de las cordilleras del Pirú, y entra en la mar en altura de treinta y cinco grados al sur. Crece el modo que dicen del Nilo, pero mucho más sin comparación y deja hechos mar los campos que baña por espacio de tres meses; después se vuelve a su madre, suben por él navíos grandes muy muchas leguas".*

Al suponer ese origen geográfico, Acosta aventura una hipótesis bastante aproximada con respecto a las nacientes del Río Paraguay. Pero al llevar la ubicación de las presuntas fuentes hacia el oeste, seguramente ignora las mencionadas andanzas de Ñuflo de Chaves por el alto curso del Paraguay o concibe a las serranías de los actuales estados brasileños de Mato Grosso y Rondonia, como dependencias geográficas andinas ("del Pirú").

Además aporta Acosta una observación temprana de lo que ocasiona el fenómeno climático hemisférico de El Niño fuera de la costa del Pacífico. Joseph de Acosta, que nunca había estado en la región ha leído u oído el relato de alguna de las grandes crecientes, asumiendo que se trata del comportamiento regular del río y no de fenómenos cíclicos recurrentes con periodicidad multianual. Desde los primeros ingresos descubridores hasta la publicación de la obra de Acosta, se habían producido en el río Paraguay, al menos, siete episodios de creciente a raíz del fenómeno de El Niño (Contreras, 2003), de modo que no resulta raro que –en base a su información disponible- supusiera una regularidad anual para las grandes crecientes.

El marino portugués Lope Vázquez Pestaña, a quien se hará referencia más adelante, escribía en 1587: *"… habiendo llegado hasta aquí con la relación, no sería impropio que me refiera aunque sea someramente, al Río de la Plata que es uno de los ríos más grandes del mundo, ya que en su desembocadura tiene más de 25 leguas de costa a costa, los españoles han navegado aguas arriba más de 600 leguas y no pudieron hallar las fuentes…"*[10] siendo ésta una buena síntesis del estado de conocimiento reinante en aquel momento. Contrasta la objetividad de un navegante práctico como Lope Vázquez con la ligereza de Acosta cuando teoriza acerca

[10] Transcripto de Raúl A. Molina (1965: 24). Nótese que tanto Acosta como Vázquez Pestaña consideran a la totalidad del curso, desde las fuentes hasta el mar como sólo uno, bajo el nombre de Río de la Plata.

de las fuentes en forma presuntiva o generalizando informaciones de gran vaguedad fáctica.

El historiador de Indias, Antonio de Herrera y Tordesillas, publicó en España, entre 1601 y 1615, su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano*, conocida también como las "*Décadas de Herrera*", obra en la que describe brevemente el eje Plata-Paraná-Paraguay: *"Llámese este río en la lengua de los indios Paranaguazú y comúnmente Paraná, tiene su entrada y boca en el Mar del Mediodía, desde los treinta y cinco grados hasta los 36 de latitud, entre los cabos de Santa María y cabo Blanco, que de uno a otro tendrá la boca treinta leguas y de allí adentro otras diez leguas de largura con muchas islas en medio de muchos ríos muy grandes y caudalosos, que entran en él por la parte de Oriente y Occidente, hasta Puerto de los Reyes, que es una laguna grande que llaman de los Xarayes, poco menos de 300 leguas del río de la Plata, por donde entran muchos ríos que vienen de las vertientes de los Andes"*[11]. Herrera, que no conoció personalmente el territorio, hace nacer el río en el actual Pantanal[12], pero admite que en el mismo desembocan ríos a los que no atribuye continuidad del río Paraguay. Esto, como se verá más adelante, repercutirá significativamente sobre la cartografía, la que, según lo que se señaló, llegó a disociarse en los ambientes de geógrafos y editores de Europa, de la realidad fáctica de las exploraciones en el terreno.

Si bien el topónimo Xarayes había sido acuñado o recogido tempranamente, ni bien producido el descubrimiento de la cabecera sur del Pantanal, fue recién a mediados del siglo XVI, cuando tomó entidad cartográfica en el mapa de André Homen de 1559, en forma de mítica laguna o lago, con islas interiores (la Isla del Brasil, o la famosa de los Orejones, empalmada a la tradición andina), del cual surgen radialmente los mayores ríos continentales. La misma se incorporó como mito y veremos que sus ecos repercutieron hasta en Lozano y también en el más moderno Joseph Sánchez Labrador[13], ya en el siglo XVIII. Dicha laguna, según las sucesivas versiones, se conectaría o coincidiría con la laguna del Dorado, con la de Eupana, con el Paititi y en alguna forma se la relacionaba con tierras de maravilla, situadas en el interior sudamericano, mito que surgió con más fuerza en el norte continental, debido, tal vez a

[11] Antonio de Herrera y Tordesillas (Asunción, 1946).

[12] Denomínase así a una extensa formación palustre con áreas altas intercaladas, situada en el estado brasileño de Mato Grosso y en el extremo oriente boli}viano, cuyo nivel de aguas fluctúa marcadamente en el ciclo anual y que presenta grandes fluctuaciones periódicas -multianuales en su frecuencia- que responden al fenómeno climático hemisférico conocido como El Niño.

[13] La obra del sacerdote jesuita Joseph Sánchez Labrador fue compuesta entre 1767, cuando se produjo la expulsión de la Compañía, y 1798, el año en el que falleciera desterrado en Rávena, Italia. Su mapa del Río Paraguay, es de neta inspiración en la cartografía xarayeana, y forma parte del Paraguay Católico, compuesto en 1772 (Furlong, 1936) y no tiene en cuenta el esclarecimiento de la geografía del área por parte de los demarcadores de 1753-1754.

la existencia de un más denso historial de búsqueda de esos parajes utópicos (Hemming, 1984)[14].

En 1631, Willem Janszoon Blaeu, cartógrafo holandés, que ya había publicado algunas cartas que competían con las de sus colegas y rivales Jodocus Hondius II y Johannes Janssonius, en las que aparecía un diseño caprichoso pero dominante de la laguna de los Xarayes, editó una carta reiterativa de las anteriores, pero con el agregado de un texto explicativo, la *Paraguay, ó prov. de Rio de La Plata, cum regionibus adiacentibus Tucuman et Sta. Cruz de la Sierra"*, al que María de Fátima Costa (1999: 143, *passim*) compara párrafo a párrafo con el de Antonio de Herrera, anterior en casi tres décadas comprobando la derivación indudable del escrito de Blaeu[15].

Sin embargo, como ya se refirió, ha existido una tradición cartográfica paralela, incluso predecesora e inspiradora de los mencionados cartógrafos holandeses, como puede analizarse estudiando no sólo la carta de Levinus Hulsius, de 1599, previa a la *Historia general...* de Antonio de Herrera[16], lo que contradice la tesis del origen de la leyenda primariamente en los escritos de este cronista. Esa tradición se revela en una serie de cartas geográficas producidas en las últimas décadas del siglo XVI, en las que es muy posible que tomara Herrera noticia para sus escritos, como puede comprobarse analizando en particular la cartografía atinente al centro continental sudamericano en la que aparece la "laguna".

El siglo XVII resulta relativamente "silencioso" en lo que respecta al conocimiento de las fuentes del río Paraguay. Cesan en el mismo las exploraciones formales, pues España comienza casi en los inicios mismos del siglo una retirada paulatina de la ocupación territorial, actitud geopolítica que contrasta por su contemporaneidad con el clímax de la penetración brasileña en el *hinterland*-sudamericano, a la que Oliveira Vianna (1937: 109) califica de *"… extraordinaria*

[14] Inicialmente sostuvo Jaime Cortesão (1858), que el mito de la laguna de los Xarayes y su isla o islas, según las distintas versiones, era una creación portuguesa como un mito planificado para sostener políticamente la expansión lusitana. Sin embargo, María de Fátima Costa (1999), prueba con sólidas razones que la laguna de los Xarayes y su contexto mítico es una creación absolutamente española.

[15] Como lo describe Costa (1999: 146): *"Así, basado en una laguna inexistente, creada por la narrativa de un cronista que nunca estuvo en la región, los trazos de Hondius II consiguen, a través de los atlas de Janssonius y de Blaeu, imponerse como modelo de diseño geográfico. A partir de esto, la representación cartográfica de los Xarayes fue incorporada en todos los grandes mapas de los siglos XVII y XVIII, ya fueren holandeses, franceses e ingleses. Al aportar informaciones sobre las tierras desconocidas, estos mapas posibilitaron que Xarayes fuera vislumbrada en mundos distantes. Por medio de ellos se tomó conocimiento de que en la América Meridional existía un fabuloso lago o laguna, cuyas márgenes eran habitadas por indígenas poseedores de plata y oro. Para dar credibilidad a las aseveraciones publicadas, las refirieron a las crónicas seiscientistas y a los estudios contemporáneos, anunciando e identificando los relatos de sus informantes"*.

[16] Es la carta que acompaña a las ediciones de Ulrich Schmidl, datada en 1599, por lo tanto previa a la publicación de la obra de Herrera aparece, con desmesurada proporción de su extensión, la "laguna" con sus islas y los cuatro ríos confluyentes (¿reminiscencia bíblica?), uno de los cuales, corriendo hacia el norte, el "Río Grande de San Ioan", establece una clara unión con el Amazonas, otra constante mítica que arrastrará la cartografía sucesiva hasta el final del ciclo de los mapas jesuíticos.

fase de nomadismo y conquista en la que el país es recorrido en todas direcciones por grupos guerreros sumamente móviles, que pierde su teatralidad y su agitación cuando nos aproximamos al fin del siglo [XVII]…". El carácter mismo de esa expansión fue poco apto para la expresión cartográfica y para las definiciones geográficas, por el contrario, todo el escenario requirió encubrimiento y silencio[17]. Por eso, la cartografía seiscientista es reiterativa de la del siglo anterior y, en general, fantasiosa. Tan sólo la obra geográfica jesuítica va acumulando avances en el plano geográfico, pero en lo que respecta a los xarayes y las fuentes del río Paraguay, no se muestra especialmente interesada, como se puede colegir de la amplia colección cartográfica expuesta por Furlong (1936). Incluso los mapas culminantes del siglo XVIII de Cardiel y de Lozano (Furlong, 1936; Sierra, 1967) reflejan esa despreocupación.

Pedro Lozano (1941: 28-29), en su obra escrita hacia la tercera década del siglo XVIII, completada antes de 1730 (Leonhardt, 1925), y editada por primera vez en Córdoba, España, en 1733, dice acerca del río Paraguay: *"… su nacimiento, como apuntamos antes, es totalmente incógnito; porque algunos ponen sus fuentes en el lago de los Xarayes, que tiene diez leguas de ancho y cien de largo, en distancia de trescientas de la ciudad de la Asunción, capital de la provincia del Paraguay, con todo eso, según consta de La Argentina, los españoles navegaron sesenta leguas mas adelante de los Xarayes, por el mismo río Paraguay; y escribe el mismo Autor* [Ruy Díaz de Guzmán], *que aunque el resto no lo anduvieron los primeros conquistadores, se entendía que iba a dar a la célebre laguna de Dorado, de la que tanta memoria hay en la historia de las Indias. La cual coadyuva otra reciente noticia que dio un español llamado Juan García, natural de la Asunción. Este estuvo muchos años cautivo, entre los infieles Payaguás, que trajinan de continuo todo este río; y saliendo de su cautiverio en los primeros años de este siglo* [XVIII], *refería muchas veces en la Asunción cómo había navegado en compañía de los Payaguás por el río arriba, y habiendo pasado por el gran lago de los Xarayes, llegaron a una gran serranía, por debajo de la cual corría el río Paraguay y que valiendose de luces por la oscuridad de aquellas tenebrosas y dilatadas bóvedas, como por defenderse de unos murciélagos, a que llaman los indios Andirás, y ocultos en aquel paraje acometen a los hombres, atravesaron en tres días aquel admirable puente,*

[17] El motor mayor del movimiento expansivo brasileño, si bien asentó sobre una voluntad de ganar espacio geográfico característica de la colonización lusitana, estuvo vinculado, posiblemente mucho más que con la captura de indígenas para los establecimientos de la costa atlántica, con el hallazgo de minerales preciosos en la alta cuenca del río Paraguay, especialmente con el descubrimiento de oro en río Coxipó en 1719, hecho por bandeirantes paulistas cazadores de indios, lo que originó la ciudad de Cuiabá. Pocos años después, en 1728, otros bandeirantes descubrieron oro y diamantes a orillas del curso del Ouro, surgiendo la población de Diamantino, casi en las propias fuentes del río Paraguay. Esa riqueza hizo del área entre los ríos Sepotuba y Poconé –de la que era prácticamente el centro el río Paraguay- un espacio geográfico al que la corona portuguesa no dejaría salir su dominio y explica el desplazamiento arbitrario hacia el río Juruá, del límite en disputa entre Portugal y España.

y salieron a la otra banda; allí navegando río arriba salieron a un lago inmenso, cuyo fin lo pudieron registrar, y desde donde se volvieron atravesando otra vez por debajo de la serranía. Esto refirió aquel cautivo que, si es verdad, es cosa maravillosa, y prueba va el río Paraguay hasta la laguna del Dorado[18]*, pues todos ponen en situación hacia aquellos parajes".*

Resalta de la comparación de los datos de Lozano acerca de las fuentes del río Paraguay con los que después aporta Félix de Azara, la gran evolución del conocimiento geográfico sobrevenida en las seis décadas que separan ambas obras. El hecho de que tanto la carta que acompaña a la obra de Lozano[19], como la que realizara Azara (1904), no abarquen más que parcialmente al río Paraguay, y septentrionalmente lleguen ambas, sólo hasta poco más de los 16º de latitud sur, impide comparar el concepto cartográfico de ambos acerca del origen del río Paraguay, pero la diferencia se aprecia en los textos. Azara es mucho más preciso y -¿Fray Benito Jerónimo Feijóo de por medio?- enteramente desbrozado de todo elemento de superstición.

El P. Pedro Francisco Javier de Charlevoix (1682-1761), que no estuvo en la región, pero que escribió acerca de ella con documentos de primera mano su *Histoire du Paraguay*, publicada inicialmente en 1756, no dispone aún de información precisa acerca de las fuentes del río que supere las de sus antecesores, cercanos como Lozano, o tan remotos como Del Barco Centenera. Para él el Paraguay es *"… un río que saliendo del lago de los Jarayes*[20]*, como a los 16º y ½ de latitud meridional…"* y más adelante agrega que *"… D. Martín del Barco* [Centenera], *arcediano de Buenos Aires, que escribió un poema histórico en castellano con el título de La Argentina, pretende que el origen de este río no es el lago de los Jarayes, pues se ha subido mucho más arriba de este lago siguiendo el río, sin haber podido llegar al origen. Añade que según algunos nace en el Lago Parimé, en la provincia del Dorado, que un autor moderno*[21] *no juzga tan fabuloso como ordinariamente se cree; y esto*

[18] La Laguna del Dorado –como ya se mencionó precedentemente- es uno de los elementos más conspicuos del imaginario fabulador de los años de la conquista. Tuvo particular desarrollo en el norte sudamericano en el sur continental sólo repercutió esa leyenda muchos años después, tal vez entre lectores de Juan Castellanos y de los cronistas que lo sucedieron, lo repitieron, y aún lo plagiaron, como el caso de Fray Pedro Simón, a comienzos del siglo XVII. Lozano recupera la leyenda y la expone para el área de las fuentes del río Paraguay, pero lo hace con singular retardo, cuando la leyenda ya se diluía ante la realidad concreta de las minas de diamante y oro, descubiertas y explotadas por los portugueses en la alta cuenca del río Paraguay.

[19] Al respecto de ella dice Guillermo Furlong (1936: 57), que su mapa, aunque es independiente del de 1726, sí está relacionado con el de 1732, que fue confeccionado por el P. Antonio Machioni, en su edición de 1733 de la obra de Lozano. Resulta, por lo tanto, evidente que la carta forma parte del ciclo de obras previas al avance del conocimiento geográfico del área norte de los Xarayes después de la población de San Francisco Javier de Matogroso en 1734 (Flores, 1970: 250).

[20] En la propia obra del P. Charlevoix (1910: 24) aparece una nota al pie de página, en la que dice: "*Los Jarayes no son un lago de aguas siempre estancadas, sino una inundación de las tierras en época fija anual, que insensiblemente decrece y al final termina por dejar el césped seco*.", opinión que coincide con la contemporánea obra de Guevara citada más adelante, en la que éste último narra el desengaño de saber que la laguna de Xarayes no es tal, pero la nota procede del P. Domingo Muriel, en su edición anotada de la obra de Charlevoix, publicada en Venecia en 1779, cuando las ideas al respecto ya habían cambiado notablemente.

[21] Nota del P. Charlevoix: "P. José Gumilla en su Orinoco Ilustrado [y Defendido]". Se trata de una obra publicada en Madrid, en 1741.

pudiera confirmarse también con un hecho que refiere otro autor [el P. Lozano]" y aquí trae otra vez Charlevoix el caso ya citado del español Juan García, de Asunción, y su supuesto y fabuloso pasaje del alto curso del río Paraguay por debajo un cerro mencionados por el P. Lozano.

El Tratado de límites entre España y Portugal firmado el 7 de enero de 1750 significó el cambio más drástico en el conocimiento geográfico de la cuenca superior del río Paraguay, pues es la primera convención que establece límites geográficos fijos en lugar de coordenadas de enunciación general, vigentes todavía desde el Tratado de Tordesillas de 1494, para trazar la divisoria hispanolusitana. Los comisarios de ambas naciones discutieron arduamente la cuestión y ambas cortes constituyeron partidas demarcadoras para realizar estudios geográficos en el propio sitio y trazar las cartas correspondientes.

La cuestión más ardua fue la búsqueda de una solución para los tres focos problemáticos mayores en la extensa frontera compartida: el del curso superior, que incluye el de las fuentes y de los afluentes de la cabecera del río Paraguay, donde los portugueses habían sentado posesión territorial concreta hasta Cuyabá; el de las cabeceras del río Ibicuí, y el de la Colonia del Sacramento; los dos últimos situados en la banda oriental del Plata.

En las negociaciones Portugal apeló permanentemente a una doble estrategia: por un lado imponiendo, como en el caso de la frontera del río Uruguay, al curso mayor como límite a la vez geográfico y político, de modo que siete reducciones jesuíticas orientales pasaron a manos lusitanas; y por otro, forzando en el alto Paraguay –y también en la cuenca amazónica- los límites por arbitrarios y mal definidos o desconocidos cursos de afluentes laterales[22], es decir, de ese modo *"… se rompe la unidad hidrográfica y los límites siguen los cursos de ríos menores, muchas veces difíciles de identificar en el terreno"* (Martínez Martín, 2000: 437), en una situación que resultaba, a veces, complicada secundariamente por la superposición de nomenclaturas, primero españolas y después portuguesas que se ignoraban absolutamente una a otra.

Don Gaspar de Munive, caballero peruano, marqués de Valdelirios, actuó como contraparte de los demarcadores españoles y el Gobernador de Río de Janeiro, Gómez Freire y Andrade por los portugueses, residiendo para ello Valdelirios en Buenos Aires, a partir de febrero de 1752. Sobre las varias partidas involucradas en esta primera demarcación es, en general, escaso lo publicado,

[22] Como lo destaca Carmen Martínez Martín (2.000: 434): *"los intereses portugueses tomaron la delantera, en gran medida por la falta de medios que tenía España para expulsarlos de las zonas ilegalmente ocupadas, pero también por ser incapaz de poderlas defender y repoblar"*. Además, el consenso de las potencias europeas era más favorable para con Portugal que hacia España, factor que potenció las exacciones territoriales de la primera de esas potencias.

excepto acerca de las que actuaron en el área del río Uruguay, en las Misiones Orientales. Sin embargo, existiría mucho material documental, aparentemente inédito, depositado, en especial, en el Museo Naval de Madrid (Márquez Miranda, 1941; Costa, 1999; Martínez Martín, 2000).

Al respecto resulta muy aclaratoria la *Carta* de Manuel Antonio de Flores[23], que fuera Comisario General de la parte española en la demarcación de los límites, la misma está fechada en Buenos Aires en agosto de 1756, y se cuenta entre la documentación que casi seguramente tuvo en sus manos Azara al llegar al Río de la Plata. Usando "*sagacidad y secreto*" como él mismo lo recalca, sintetiza la valiosa información obtenida por la Tercera Partida de Demarcadores, que fue la que trabajó en las tierras de los Xarayes y los cursos del Jaurú y el tramo superior del río Paraguay. De la clara y lúcida prosa de Flores surge la sorpresa española al retornar a una región propia después de un siglo y décadas de abandono desidioso. La tarea de la Comisión se desarrolló fundamentalmente entre los años 1753 y 1754 (Costa, 1999: 215). Trabajaron en ella, del lado español, el dicho Flores y el cartógrafo jesuita José Quiroga, quien dejó una interesante *Descripción del Río Paraguay*, también publicada por el polígrafo italiano residente en Buenos Aires, Pedro De Angelis en su *Colección...* (reeditada en 1970).

La actividad lusitana en la zona sujeta a demarcación había sido escenario de correrías y de residencia trashumante en el siglo XVII, pero al iniciarse el XVIII comenzaron a insinuarse los asentamientos permanentes, y así fue que en 1729, Rodrigo César de Meneses fue facultado para formar una villa, lo que concretó con la Villa Real del Buen Jesús de Cuiabá, seguida en 1734 por San Francisco Xavier de Matogrosso. Con estos actos fundacionales, a los que en 1752 se sumaría la de la Villa Bella da Trinidade, la discusión limítrofe se alejaba hacia el oeste del curso superior del río Paraguay, pasando al Juruá la necesidad de demarcación definitiva. España ni siquiera discutió esta pérdida definitiva de un enorme y valioso espacio territorial[24].

[23] Publicada originalmente por Pedro de Angelis en su Colección de Obras y Documentos..., en 1836, y reeditada en 1970.

[24] Viene al caso transcribir algo de lo que, al respecto, dice Flores en su Carta (1970: 250-251): "*Causa alguna extrañeza el ver que la vigilancia de la corte de Lisboa dejase por algunos años este rico y dilatado país sin más defensa que la que podían hacer algunas milicias mal formadas de pocos blancos y mucha gente de casta; quedando expuestos a los intentos y justas retensiones que podía formar nuestra corte sobre él, y más, siendo fronterizo a nuestras tierras, que pueblan los indios Chiquitos y Moxos, y a las de Xerez y sus campos, en otros tiempos poblados, y siempre transitados por los vecinos de la provincia del Paraguay. No obstante se ve que no envió tropa ni pertrecho de guerra hasta el año de 1750, después de concluido el tratado de límites. Es verosímil que esta lentitud, en cosas de tanta monta, fuese calculada, a fin de no despertar la atención de nuestro ministerio, y con el ruido enviar oficiales y ministros para su defensa y gobierno: o ya porque fundase su seguridad en el silencio, evitando el que llegase a nuestra noticia este ventajoso establecimiento, que no podía saberse por algún español, por no llegar éstos en sus viajes, ni con muchas leguas a estas tierras, que creían seguras por ocultas: o ya, porque en caso de que se llegasen a descubrir, la misma desatención la hiciese tener un poco apreciables. Pero luego que el tratado de límites, concluido el año de 1750, les aseguró la posesión, pensó la corte de Lisboa de un modo muy diferente. En el mismo año erigió en Capitanía general los tres puertos de Cuiabá, Matogroso y Sierra del Paraguay, con sus terrenos adyacentes: nombrando por capitán general al fidalgo D. Antonio Rollín de Moura, que se embarcó inmediatamente con una compañía de 80 hombres, y sus tres oficiales, capitán, teniente y alférez, con otros sujetos para varios empleos: llevó consigo quince piezas de artillería pequeñas, unas de cuatro libras de balas y las demás pedreros,*

Un texto manuscrito, descubierto por Fernando Márquez Miranda en el Museo Naval de Madrid en 1935, intitulado *Derrota y Relación*, por el Teniente de Navío español Atanasio Varanda, aporta una clave más con respecto a la fuente del conocimiento del alto curso del Paraguay por parte de Félix de Azara. La *Derrota y Relación* es un manuscrito escrito por Atanasio Varanda de 1761 o 1762, acompañado de ilustraciones cartográficas, que fue publicado por su descubridor (Márquez Miranda, 1941). Es muy útil para comprender el concepto dominante inmediatamente preazariano acerca del río Paraguay.

Dice la *Derrota y Relación…*[25] sobre esa vía de agua sudamericana: *"Nace este famoso río de tres fuentes principales, la primera y más occidental tiene las suyas en la sierra llamada del Paraguay*[26]*, por la latitud austral de 15 grados y por la longitud de 319 grados, según el meridiano de Tenerife, suponiendo éste 18 grados occidental al observatorio de París*[27]*. De estas vertientes, se forman en los llanos, o faldas de aquella sierra, los pantanos, a quien han dado hasta ahora el nombre de laguna De los Jarayes, con poca propiedad*[28]*, y se ha creído con menos verosimilitud, que se comunicaban por ella los dos ríos, el Amazonas y el de la Plata"*[29]*.*

"Tomando, pues, aquí ya cause, y fuerza e agua, empieza a correr hacia el sur con rapidez, y abriendo madre, recibiendo considerable aumento en su caudal, con los que por su margen occidental se le unen, de hacia Mato Grosso, Chiquitos, Santa Cruz de la Sierra, ciudad de la Plata, y aquella parte del Perú: mientras por la opuesta, embebe los que nacen de hacia Cuiaba (ésta, y Mato Grosso son poblaciones de minas de oro de los portugueses) y otros que tienen sus fuentes opuestas, a las de los que se vierten al río Paraná".

Aunque la información que aporta Márquez Miranda (1941) acerca del autor, el Teniente Varanda, es escasa, el hecho de que hubiera regresado en 1761 a Espa-

municiones de guerra, herramientas, oficiales albañil, carpintero, etc.. Estableció primero su morada en Cuiabá: pero conociendo que era más necesaria su presencia en Matogroso, se trasladó a éste: reconoció que el sitio era enfermizo y de malas calidades, por lo que, dejando las habitaciones de los mineros en la punta de la sierra donde están los beneficios, determinó formar una nueva población para residencia del capitán general, como se usa en nuestros dominios. Fundó ésta con el nombre de Villa Bella el año de 1752, en las tierras bajas, cerca del confluente o unión de los ríos Sararé y Guaporé, que unidos desaguan en el de la Madeira".

[25] En la presente trascripción se ha modernizado la ortografía, particularmente la acentuación, y se han separado las palabras que a menudo aparecen yuxtapuestas en la edición de Márquez Miranda, que es enteramente fiel al original.

[26] El teniente Varanda coincide con Azara en la denominación de Sierra del Paraguay que atribuyen a la Serranía de los Parecís, y el topónimo parece haber sido usual en la región en esos años, también entre los demarcadores de 1751-1761, como aparece, por ejemplo, en la Carta de Flores.

[27] Dice Márquez Miranda (1941: 34), acerca de esta curiosa forma de expresar las coordenadas: "*Este es el resultado que se obtiene, aproximadamente, tomando como base la longitud este, para lo cual es necesario, casi, dar la vuelta al mundo. Adviértase lo peregrino y poco usual del procedimiento de medición empleado por Varanda en esa emergencia*".

[28] Nótese cuán modestamente destruye el Teniente de Navío Varanda dos siglos de suposiciones fabulosas acerca de la "Laguna de los Xarayes".

[29] Esta situación geográfica está expresada a partir de los mapas de fines del siglo XVI con asunciones fantásticas a cerca del interior continental, y prosigue con la ya mencionada de los cartógrafos holandeses del primer tercio del siglo XVIII. Para mejor comprensión de esta interpretación acerca de la comunicación activa de las cuencas del Plata y del Amazonas, véase la figura 1, que muestra las relaciones de cercanía del río Paraguay en sus nacientes con las del Juruema y el Tapajoz, de la cuenca amazónica.

ña *"… después de diez años de ausencia, en comisión a las órdenes del Señor Marqués de Valdelirios"* (op. cit.: 355), quien fue justamente la contraparte española en la demarcación fronteriza de 1751, clausurada por el llamado Tratado de Anulación de 1761, denota que trabajó en alguna de las comisiones que actuaron en forma especial en 1751-1753 (Costa, 1999). Como no participó en la partida que hizo la demarcación en la Banda Oriental (Martínez Martín, 2000), es de presumir que lo haya hecho en la que se desempeñó en el alto Paraguay, es decir, en la tercera partida. Es por eso que Azara, llegado a América años después como uno de los responsables de la segunda demarcación, consecutiva al tratado de San Ildefonso, firmado en 1777 entre España y Portugal, casi seguro haya tenido en sus manos la documentación previa de las actuaciones encabezadas por Valdelirios, que comprenderían tanto el texto del Teniente de Navío Atanasio Varanda, como el resto de la documentación acumulada por las actividades de la correspondiente partida.

Según Féliz de Azara (1934: 105), *"… sus primeras aguas se forman con diferentes arroyos que comienzan en el 13º 30´ de latitud sur, en las montañas llamadas sierra de Paraguay, donde los portugueses tienen muchas minas de oro y piedras preciosas"*. Esto revela que hacia la época de Azara había un concepto geográfico bastante claro –para quien pudiera consultarlo y aprovecharlo– acerca de las nacientes del río, puesto que él no llegó personalmente a ellas. En ese sentido constituye un antecedente valioso la *Descripción del río Paraguay* del P. José Quiroga[30], elaborada también en el lapso 1752-1753, que con respecto a las fuentes del río se muestra muy parco, pero establece que *"… tiene su origen en una gran cordillera de serranías, que se extiende de oriente a poniente por centenares de leguas, y pasa al norte de Cuiabá"*. De esta forma cierra el debate cartográfico que asocia la cuenca del Plata con la del Amazonas. La *"cordillera"* es la actual sierra de los Parecís, llamada por entonces Sierra del Paraguay, nombre seguramente abandonado por *"españolista"*, acudiendo al topónimo derivado del hecho de que *"… entre Cuiabá y Matogroso, en la sierra del Paraguay hubo en otro tiempo una nación de indios, llamados parecís..."* (Flores, 1970: 254).

[30] Resulta llamativo que el P. José Quiroga, quien tuviera ocasión de participar de las tareas de demarcación, fuera en su aporte cartográfico, un continuador de la fantástica laguna de los Xarayes, como lo señala María de Fátima Costa (1999: 236), pero es necesario discriminar las fechas de sus mapas y tener en cuenta que hay varios, uno de ellos supuestamente perdido confeccionado antes de 1750 y otro compuesto en 1751, justamente para uso de los demarcadores como información previa, al que aludiera descalificándolo, el marqués de Valdelirios en 1758 (Furlong, 1936, 1969). Incluso es posible que exista una carta posterior de la misma autoría. El tema merece ser esclarecido detenidamente. Furlong (1969: 80) ilustra un mapa de Quiroga de 1749, pero en el mismo, la parte septentrional sólo alcanza ligeramente por encima de los 22º de latitud sur, mostrando un río Paraguay fuerte y arbitrariamente inflexionado hacia el oriente. Guillermo Furlong, pródigo en juicios encomiásticos, la califica como la carta geográfica más perfecta que hicieron los jesuitas en el siglo XVIII.

Félix de Azara.

El P. José Guevara, en su *Historia del Paraguay*, que estaba lista o, tal vez, inconclusa en 1767, al sobrevenir la expulsión de los jesuitas (Cardozo, 1979: 307) y que fuera publicada por el mencionado Pedro De Angelis en 1836 (reedición de 1919: 591), deja constancia del desvanecimiento de la leyenda de la laguna de los Xarayes, seguramente por lo que conociera a través del escrito del P. Quiroga, su compañero en la Compañía de Jesús: *"Un desengaño completo sobre la laguna de los Xarayes se ha conseguido con la expedición que se hizo el año de 1753, río Paraguay arriba. Algunos le daban cien leguas de norte a sur, y diez de oriente a poniente; otros más liberales en alargar que en dar con medida, la extendían cien leguas a todos los vientos. Pero en la realidad, ese espacioso jirón de tierra que media entre la sierra de Chiane, Morro escarpado y río de Cuiabá, casi desde los diez y seis hasta los diez y ocho grados, no es otra cosa, que un terreno bajo que se inunda en tiempo de aguas, con las vertientes de la sierra de Cuiabá, y con el derramamiento del Paraguay en tiempos de creciente".*

Entre las posibles fuentes azarianas en su concepción de la hidrología del río Paraguay, dado que con él culmina la nueva certidumbre sobre el curso y las fuentes de la vía de agua, es posible que predominen los textos inéditos, que seguramente circularon en el medio oficial frecuentado por el ingeniero militar aragonés en sus años de actividad oficial en España y, mucho más en el inicio de su estadía americana. El mapa de Joseph Sánchez Labrador correspondiente a su *Diario o relación fragmentaria de los viajes desde la Reducción de Nuestra Señora de Belén hasta las Misiones de Chiquitos, 1766-1767*, es producto de una visión directa del área, y se realizó después de la actividad demarcadora. El mapa –que elude el problema de las fuentes del Paraguay- capta muy justamente la dinámica del área, pues presenta una zona de inundación y discurriendo por ella el curso habitual del río. Como se verá más adelante, hubo probables episodios de creciente extraordinaria en 1761 y en 1775. Esa periodicidad permite especular con un muy probable episodio de El Niño en el intervalo, y tal vez coincidente con la estadía de Sánchez Labrador, o de alguna gran creciente cercana en el tiempo y de la que hubiera buena memoria local.

Debe considerarse también el *Mapa Paraquariae*, que acompaña a la obra de Martín Dobrizhoffer *Historia de los Abipones*, editada en 1783[31], que fue confeccionado por él mismo o bajo su directa dirección. En esta carta la interpretación de la Laguna de los Xarayes coincide con la de Joseph Sánchez Labrador y, con respecto a las fuentes del río, el hecho de iniciar su mapa septentrionalmente a los 11º de latitud sur, elude una definición, pero el tamaño que asigna al cauce es más propio de la idea de continuidad lejana con otros ríos amazónicos. En cuanto a los Xarayes, usa la expresión *De Xarayes dixere* (llamada de los Xarayes) y expresa en la leyenda correspondiente, el carácter de territorio inundable del área. Es evidente que este mapa ha sido confeccionado después de la estadía en la región del P. José Quiroga y de la comisión demarcadora de 1752 ya que no participa de la modalidad constante de la cartografía jesuítica previa. En el *Mapa*, su epígrafe reza: 2 de agosto de 1765.

A partir de los mapas modernos que siguieron al de Azara, cambió por entero el concepto acerca de los orígenes del río y del Pantanal. Comenzó poco después la época de la independencia de los países americanos y antes, simultáneamente y después de esos acontecimientos, llegaron a la zona naturalistas prestigiosos que realizaron estudios a lo largo de toda la vía de agua. Así estuvieron el suizo Johann Rudolf Rengger (1795-1832), austríacos como Hohann Natterer

[31] Se ha trabajado con la edición española de 1967, traducida por Edmundo Wernicke, editada por Ernesto J. A. Maeder y con noticia biográfica y bibliográfica de Guillermo Furlong.

Mapa Paraquariae de la obra de Martín Dobrizhoffer *Historia de los Abipones.*

(1787-1843), franceses como Antoine Hércule Romuald Florence (1804-1879), pero la figura científica inicial y casi mítica del río ha sido Alexandre Rodrígues de Ferreira (1756-1815), nativo de Bahía, quien acompañado de dibujantes y de un auxiliar botánico, exploró en 1790-1791 el alto curso del río, descendiendo hasta Nueva Coimbra y realizó extensas colecciones botánicas y zoológicas y escribió un *Viagem Filosófica*, además de numerosos trabajos naturalistas.

Actualmente se sabe con precisión, pero se lo suponía con bastante aproximación desde, por lo menos, el tiempo de la actuación de los demarcadores del tratado de 1750 y del documento del teniente Varanda, que el río Paraguay nace a los 14º 20´de latitud sur, en las serranías o Chapada de los Parecís (Almeida, 1964), en el noroeste del estado de Mato Grosso, en Brasil.

Lo hace a partir de unas pequeñas lagunitas, sitas en el llamado Brejal das Sete Lagoås, descubiertas formalmente por el geógrafo y naturalista francés Francis Laporte, conde de Castelnau (1810-1880), en 1850[32], encauzándose primariamente, bajo el topónimo de río Diamantino en sus primeros cincuenta kilómetros de recorrido (Castellanos, 1975), en los que transcurre por un estrecho valle hasta expandirse después, a los 200 kilómetros de recorrido, en el llamado Pantanal, parte del cual recibió de los primeros descubridores y exploradores la fabulosa denominación de Laguna de los Xarayes, y donde una enorme área de humedales contribuye significativamente a modelar la dinámica hidrológica de esa sección del curso, que además –y sumada a las fuentes serranas- desagua una extensa cuenca de casi un millón de kilómetros cuadrados en Brasil y en Bolivia.

Elementos para la biografía del río

La historia cronológica del río comprende tres etapas netamente diferenciables, a las que se puede denominar natural, primitiva y cultural o histórica. La primera transcurre desde el lejano surgimiento geológico del cauce fluvial, hasta la llegada del hombre sudamericano primigenio a sus orillas. La segunda desde ese acontecimiento hasta el arribo de los primeros europeos, en los inicios del siglo XVI. Por último, la tercera etapa, la histórica, transcurre desde entonces, hasta el presente.

La primera etapa se inicia con los orígenes del curso, al producirse el quebramiento estructural Mio-Plioceno del territorio central sudamericano, por grandes fallas regmáticas orientadas en sentido latitudinal, que fueron definiendo,

[32] Dice F. de Castelnau (1851, II: 312), contemplando las fuentes primarias del río Paraguay: "P*ermanecí largamente contemplando esos pequeños hilillos de agua que debían formar el majestuoso río de la Plata. La visión de las fuentes de un gran río ha sido siempre para mí el objeto de un idefinible interés: en efecto, existe algo que anonada el espíritu en la certeza de que ese arroyuelo que atravesáis de un solo paso, está destinado en su bajo curso a irrigar regiones inmensas, a llevar, tal vez, vapores y fragatas, que ese pequeño curso de agua que serpentea modestamente en medio de las hierbas de la pradera, arrastrará pronto troncos gigantescos. Aquí tememos desecarlo al dar de beber a nuestros caballos; más allá deberán huir, por las inundaciones, poblaciones enteras; Cuanto más humilde se presenta la fuente; más está dotado el cuerpo principal de rudeza y de fuerza irresistible. En las partes poco conocidas del globo, en general es de una dificultad extrema llegar hasta donde nacen esas grandes arterias, y el placer que se experimenta al contemplarlas está en algún modo cargado de la satisfacción que el hombre experimenta siempre que su perseverancia derrota a los obstáculos*".

seguramente a través de un largo período, el camino preferencial de las aguas que descendían, entre las moles tectónicas del antiguo cratón brasílico, al este, y del cratón andino, al oeste –que estaba, este último, en pleno proceso de elevación- hacia las tierras relativamente deprimidas de la que hoy es la Mesopotamia argentina, por las que mucho antes penetraran transgresiones marinas a las que se conoce como el mar Mesopotamiense y el mar Entrerrianense, este último completamente desaparecido a fines del Mioceno, cerca de 10 millones de años atrás. De esto surge que en cuanto a los orígenes geológicos del río Paraguay, la historia es larga y densa. Deben descartarse las interpretaciones superficiales y confusas del acontecer geológico continental como la que esboza Miguel Albornoz (1997), en su *Biografía del Paraná.*

En la *etapa natural* no había presencia humana y la naturaleza –biótica y abiótica- obraba según sus propias leyes y tendencias, evolucionando lentamente el paisaje hacia una fisonomía climática y ecológica parecida a la actual, que recién fue alcanzada hacia el final del Plioceno, aproximadamente tres millones de años antes del presente. Al iniciarse el Pleistoceno, ya en la Era Cuaternaria, comenzó la alternancia conocida como de las glaciaciones, consistentes en ciclos multimilenarios, unos cálidos y húmedos, con otros intermedios, fríos y secos. En los intervalos entre englazamientos, tuvieron lugar episodios aluviales en los que el sistema fluvial Paraguay-Paraná arrastró enormes caudales hídricos, extendiéndose ampliamente sobre la margen derecha y labrando el que hoy es el valle de inundación o valle aluvial del río.

Aunque no existe consenso total acerca de la datación más correcta, la llegada del hombre al área central del subcontinente sudamericano, la misma se produjo en una fecha probable entre los 25.000 y los 15.000 años antes del presente balanceando las estimaciones más audaces con las más conservadoras (Fagan, 1988).

Con el arribo humano comienza la *etapa primitiva* en la vida del río Paraguay, en la que éste cobra un protagonismo relevante como vía de dispersión y como sede de asentamientos permanentes de las primitivas poblaciones humanas. Puede obtenerse una síntesis de los complejos procesos demográficos y de dispersión y diferenciación étnica en el área central sudamericana y en la cuenca del sistema Paraguay-Paraná, en diversas obras de Branislava Súsnik (1975, 1994, 1995).

El último período glacial culminó aproximadamente 12.500 años antes del presente, restaurándose enseguida unas condiciones continentales parecidas a las actuales, con excepción del período 9.500-4.500 antes del presente, en el que

reinó un modelo ambiental conocido como el *Óptimo climático*, con temperaturas medias y precipitaciones de mayor cuantía que las actuales. Ese período determinó caudales altos en el eje fluvial y una expansión del curso en su valle potencial. Además dio lugar a la aparición de nuevas formaciones lacustres, o de expansión areal de las preexistentes. También a la unión de cuencas actualmente separadas como las de los lagos Ypoá, Cabral y Verá, que han formado un cuerpo de agua único[33]. Las condiciones climáticas reinantes en el óptimo climático incrementaron la productividad biológica de las aguas fluviales y perifluviales, determinando el asentamiento de culturas especializadas en los recursos potámicos, especialmente en moluscos, peces y aves y mamíferos acuáticos, como lo testimonia la profusión de restos en los denominados *sambaquíes*[34] o *yvychoví* (Pusineri Scala, 1973), que se extienden desde el Pantanal matogrossense hasta el Delta del Paraná. Además dio lugar al desplazamiento del límite occidental de las selvas subtropicales mucho más al oeste de su disposición actual, o sea que esas formaciones llegaban y aún sobrepasaban, hacia el poniente, el actual curso del río Paraguay.

La tercera etapa es la *cultural o histórica*, que se inicia con la conquista y colonización europea, y con el proceso activo de mestizaje y aculturación. Justamente en el tramo inferior del río Paraguay, y a una latitud austral de 25º, se estableció en 1536 el enclave central de todo el proceso de exploración, conquista y poblamiento de la enorme cuenca del Plata. Fue la ciudad de Asunción, surgida del primitivo fuerte o casa-fuerte erigido por Juan de Salazar, que fue el *"asentamiento clave y fundamental de Nuestra Señora de la Asunción que iba a ser el eje radial para descubrir, proyectar la obra española en la fundación de ciudades y exploración de la región en el siglo XVI" (*Abesia Valdivieso, m.s.).

En la *etapa histórica* el acontecer regional sobre el valle del río Paraguay oscila entre dos tendencias contrapuestas que interactúan desde la llegada de los primeros europeos: por un lado el signo de atracción y señuelo para aventureros –y también para la corona española y portuguesa, ávidas de canalizar esos recursos- que constituyó la mezcla de mito y realidades de la *Sierra de la Plata*; y por otro el que Leoncio Gianello (1953: 105) llama el "lema definidor" de *Las Puertas de la Tierra*[35],

[33] Condición que los episodios medianos a intensos del fenómeno de El Niño, tienden a reiterar como se puede observar, por ejemplo, en las fotografías áreas satelitales tomadas durante el acontecimiento de El Niño en 1988 (Contreras, 2003).

[34] Sambaquí: Serrano (1938) define así este tipo de formación arqueológica: es un acúmulo de materias de desecho con predominio de las valvas de moluscos, que forma un montículo de variable extensión, generalmente dispuesto linealmente al litoral atlántico cuando es marino o a los cursos de los ríos cuando es fluvial. Los sambaquíes suelen contener también, restos de fogones, cerámica, utensilios humanos variados, huesos de vertebrados e, incluso, sepulturas humanas. En el Paraguay reciben el nombre popular de yvy choví. Una cultura de sambaquíes dejó vestigios que documentan su dispersión desde el alto curso del Paraguay hasta el Delta del Paraná.

[35] Las puertas de la tierra: expresión basada en las palabras de una arenga de Juan de Garay cuando proclamó su propósito de "abrir puertas a la tierra". En esa frase se inspiran dos bellas obras históricas, que la llevan por título, una de R. de Lafuente Machain (1932, 1936) y otra de Agustín Zapata Gollán (1938).

que signó la marcha de las fundaciones y la estabilización de la población e incluso de las futuras nacionalidades locales. La tensión entre ambas marca especialmente la dinámica histórica del siglo XVI y de comienzos del XVII, oponiendo a las entradas aventureras y ambiciosas, el proceso fundacional y colonizador.

La comprensión de los contactos iniciales de los europeos con el río contiene todavía algunas incertidumbres, y está abonado tanto por la relación de los viajes mayores de exploración y descubrimiento, como por la existencia de cartas y de memorias que paulatinamente se fueron revelando con interesantes y novedosos aportes[36]. De algún modo la incertidumbre aún reinante, se debe a varias circunstancias históricas concurrentes: la primera se relaciona con el ocultamiento inicial, y aún con la distorsión intencional de las fuentes de información y de cartografía, que se diera entre las potencias rivales en la conquista americana: España y Portugal[37]. La segunda, se refiere al hecho de que la mayoría de los cartógrafos del siglo XVI no fueron navegantes ni estuvieron en las tierras que representaban: eran sabios de gabinete que generalmente procedieron siguiendo las instrucciones de algunos navegantes en particular o compilaron información de diversas fuentes[38]. Incluso se dio el caso de que errores de lectura llevaron, en ocasiones, al cambio de los nombres originales o a la aparición de denominaciones fantásticas, como, por ejemplo, lo señala Gandía (1945) para el caso de las enigmáticas islas Sansón del Atlántico Sur, probablemente derivadas de un trastocamiento léxico de San Antón o San Antonio, en "Sansón".

Los primeros datos acerca del río Paraguay no pueden diferenciarse de los que corresponden a su comprensión como una única y extensa vía de agua, iniciada en el estuario del Plata y adentrada en el continente en sentido sur-norte, acerca de cuyo descubrimiento y primeras noticias y topónimos todavía no existe completo acuerdo. Tal situación se inicia con el problema de quién avistó por primera vez el Río de la Plata, es decir, si el viaje de Vespucio alcanzó efectivamente el estuario como lo afirman Roberto Levillier (1948, 1962, 1966, 1968), Laguarda Trías (1982) y Enrique de Gandía (1991), entre otros. También

[36] Tuvo mucho que ver con la disponibilidad documental escrita la voluntad expresa del poder central español –el portugués hizo lo mismo- de "*conocer cuanta noticia le fue posible de las nuevas tierras que incorporaba a sus dominios*" (Torre Revello, 1941: ix), para lo cual promulgó disposiciones mandando compilar toda la imformación escrita posible. La corona española hizo eso desde tan tempranamente como en 1493, y Torre Revello (*op. cit.*) sistematiza los aportes obtenidos en sucesivos ciclos, de acuerdo con la renovación y ampliación de los modelos de interrogatorio a los que debían sujetarse los navegantes, exploradores y funcionarios reales. Existen disposiciones significativas al respecto de 1493, 1528, 1533 y 1577.

[37] Caen también dentro de este concepto los problemas suscitados por la cartografía temprana portuguesa, que modifica latitudes, duplica topónimos, suprime, alarga o inflexiona líneas de costa según estrategias de reclamo o presentación territorial, como lo analiza, por ejemplo, Gandía (1991: 95, passim) en relación con el discutido tema de los 32 y los 52 grados de latitud en el viaje de Vespucio al Atlántico Sur en 1501- 1502.

[38] Incluso se producen verdaderos ciclos cartográficos, con sucesión de cartas en las que errores accidentales o inventados, tienden a reiterarse de unos a otros, tanto en la representación gráfica como en la toponimia.

importa para el caso, si efectivamente se realizó hacia 1512 el viaje de Juan Díaz de Solís previo al que realizara en 1519 como Primer Adelantado (Trelles, 1879) y si existieron y cuándo tuvieron lugar los supuestos viajes secretos de varios navegantes portugueses.

Vespucio y su tercer viaje, 1501-1502

El problema vespuciano, como se ha dado en llamarlo es uno de los más arduos y aún no enteramente dilucidados entre los múltiples aspectos todavía en disputa acerca de las exploraciones iniciales del Río de la Plata. Como lo señala Gandía (1991) la polémica al respecto ha cesado -o se ha atenuado- más por la paulatina desaparición de sus máximos sostenedores, que por la vigencia de un acuerdo consensuado por la mayoría de los especialistas, acerca de las cuestiones controvertidas, las que se centran en dos temas fundamentales: uno de ellos es el de la autenticidad de las cartas que se atribuyen a Vespucio acerca de su tercer viaje.

El otro se relaciona con el itinerario de ese tercer viaje americano de 1501-1502[39], y consiste en saber qué hizo el navegante florentino una vez que completó su recorrido de norte a sur de las costas del actual Brasil, si se apartó del continente, orientándose mar adentro hacia el este, navegando rumbo a una tierra muy fría y desconocida, o si prosiguió recorriendo las costas hasta los 50 y 52 grados de latitud austral. Según lo establece Gandía (*op. cit.*): *"se trata de dos hechos muy diferentes, y que señalan navegaciones totalmente opuestas: o fue hacia el sudeste o fue hacia el sur. Si hizo lo primero, no pasó de la costa de Brasil en los 32 grados, nada descubrió, y muy poco le debe la historia de los descubrimientos. Si no se apartó de la costa y navegó hacia el sur, fue el descubridor de todo el Brasil, del Uruguay, del Río de la Plata, de la Patagonia y de las Malvinas".* La cuestión no es sencilla. A raíz de ella surgieron dos escuelas, una vespucista, protagonizada por Levillier, Gandía, Laguarda Trías, Alurralde, Arciniegas, Marcondes de Souza, y otra antagónica en la que se enrolaron los argentinos Sierra y Basílico y varios autores portugueses. Se escribieron miles de páginas, que han tornado a la cuestión un caso historiográfico de difícil acceso, y se espera que surjan nuevos aportes documentales o que se reinterpreten en forma fehaciente los ya conocidos.

[39] "*El más controvertido porque es el más extraordinario*" como dice Gandía (1991: 21), que respondió a la búsqueda de un paso para llegar a la fabulosa Cattigara o Çattigara, sobre el Sinus Magnus (=océano Pacífico), pues como lo indica el López de Gómara "*Vespucci fue enviado por el Rey Manuel de Portugal el año 1501, con tres carabelas, para buscar en estas costas un paso para las Molucas*¨. Cattigara es el nombre de una supuesta ciudad que Claudio Alejandro Ptolomeo ubicara en su mapamundi en la costa de un mar ignoto, en el confín oriental del Asia. Tuvo un enorme papel en el imaginario de los viajeros y exploradores de los primeros años de los descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Américo Vespucio (1454-1512).

Según la posición que admite a Vespucio como descubridor del Plata, la expedición de 1501-1502, que estuvo comandada por Gonzalo Coelho, habría estado en la boca del río Jordán (= de la Plata) entre el 10 y el 20 de marzo de 1502 (Basílico, 1970: 83). A pesar de la densidad de la polémica y, a veces, el encono de la misma, el enorme peso de la argumentación cartográfica y erudita aducida por los sostenedores del descubrimiento vespuciano, deja pocas dudas acerca del desenlace final de esta cuestión.

El presunto viaje de Juan Díaz de Solís en 1512

El descubrimiento del Río de la Plata en 1512 fue referido por antiguos cronistas quienes atribuyeron a Juan Díaz de Solís el haber llegado a la región en un viaje secreto realizado en ese año. Manuel Ricardo Trelles (1879)[40] sostuvo esta

[40] Manuel Ricardo Trelles (1821-1893), sostuvo su convicción acerca del viaje de Solís en 1512 en varios escritos, especialmente en el suyo de 1879, que fue después replicado por José Toribio Medina en su obra acerca de Solís (1897) y por Manuel Domínguez (1918). Groussac (1949) relativiza esa argumentación, y Gandía (1935b) reactiva el interrogante al respecto, al

alternativa con gran erudición, pero hay evidencias documentales que probarían que ese viaje no pudo realizarse. Levillier (1968: 455) dice *"por desgracia no era* [Solís] *hombre de pluma y no dejó escritos, y Mártir de Anglería, Las Casas, Oviedo y Gómara aludieron a él, de paso. Poco es lo que añadió más tarde Herrera. Lozano no encontró novedad. Madero, Medina y Groussac buscaron asiduamente en los archivos los rastros de sus hechos sin gran resultado"* (...) *"… se creyó mucho tiempo que* [Solís] *había viajado en 1512. Buscando en el Archivo de Indias encontramos en 1559 (sic) una cédula que atestigua lo contrario…".*

A continuación Levillier transcribe la copia de una cédula real dada en Logroño el 30 de septiembre de 1512, por la que el monarca manda suspender los preparativos de viaje que estaba aprestándose para realizar[41]. Gandía (1935a) aporta pruebas documentales adicionales que niegan, casi sin réplica posible, la presunción de Manuel R. Trelles. Sin embargo, Julio César Cháves (1968: 28-30), basado en el testimonio de Oviedo (*Historia general de las Indias*, V, parte 2, libro IV, cap. 1) y en los argumentos de Paul Groussac (I, p. 421, *passim*) admite como verídico al viaje secreto de Solís. Resulta de interés una nota de pie de página que agrega Cháves a su argumentación: "*la frialdad y sospecha con que era tratado Solís en la corte* [antes de su supuesto viaje de 1513] *cambia de pronto totalmente. Llueven los honores sobre él: sueldos, viáticos, perdón de deudas, merced de tierras y hasta el usufructo de una casa de mancebía en Segovia. La situación nos recuerda el cambio producido en Santa Fe, antes de la capitulación cuando Colón, sin duda dio a conocer a los Reyes Católicos sus secretos."*

Lafone Quevedo, en su introducción al trabajo de Henry Harrisse acerca de Gaboto (1898: 234), dice: *"… es en Portugal y no en España que hemos de buscar el descubrimiento del río de la Plata. La fecha 1515 es la oficial; pero es indudable que Solís navegó sobre derrotero trillado, y que en su caso, como en el de Gaboto, una era la documentación oficial y otra la intención del rey, confiada a los capitanes generales de las armadas respectivas".*

brindar un panorama del ambiente de ocultamiento e intriga diplomática reinante en las cortes de Lisboa y de España en ese momento histórico.

[41] Esto ya había sido establecido mucho antes pues "*… eruditos como Eduardo Madero y José Toribio Medina demostraron que el viaje de Solís de 1512 había sido suspendido por orden de los reyes y que había partido en 1516 en el río que llevó su nombre, en 1516. Pero otro historiador de gran autoridad, Paul Groussac lanzó nuevas dudas. El viaje de 1512, oficialmente suspendido, pudo haberse realizado secretamente. Oviedo y López de Gómara, que conocían a Solís no podían haberse equivocado de tal manera. El Río de la Plata, a su entender había sido descubierto por Solís en 1512 y luego vuelto a visitar en 1516*" (Gandía, 1994: 230).

Los viajes secretos o desconocidos anteriores a 1516

Ante esa interpretación, que fuera señalada y defendida con intensidad por Trelles (1879), surgió una alternativa con la circunstancia de que Capistano de Abreu (1883) sostuviera el hecho de la llegada de una nave portuguesa al Río de la Plata en 1514, pues en el globo terráqueo de Johannes W. Schöner, supuestamente de 1515[42], se veía el Río de la Plata figurado como la entrada de un pasaje que permitía el acceso al Mar del Sur[43], según datos que sólo podrían provenir de un explorador desconocido pues la única información disponible -la de Vespucio de 1501- no habilitaba para tal representación cartográfica. Esta aseveración, sin embargo, fue tomada con severas dudas, y recién casi un siglo después de Abreu, un estudio de Rolando A. Laguarda Trías (1975) concluyó que la propuesta de este último no era descabellada y que, efectivamente había existido una nave lusitana que habría llegado al Río de la Plata en el "*período silencioso*" que media entre el viaje de Vespucio y el oficialmente reconocido de Juan Díaz de Solís, en 1515, pero la hasta entonces misteriosa nave, habría estado en el estudio en 1512 y vendría a cargo de Esteban [Estevam] Froēs, un navegante portugués.

Además debe tenerse en cuenta la eventualidad de otros viajes aún poco conocidos, realizados por navegantes portugueses dentro de un marco de riguroso secreto de estado. Entre ellos, debe considerarse el viaje de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro, que llevaron como timonela Juan de Lisboa de 1513 ó 1514, cuya extensión austral se ignora, pero que contribuyeron a imponer la toponimia costera que, por ejemplo, utilizó Solís en 1515 (Levillier, 1968: 457)[44]. Al

[42] El globo terráqueo de J. W. Schöner tiene fecha de confección relativamente incierta, pero en general hay coincidencia en señalarlo para 1515. Sus "avanzadas connotaciones", como dice Jorge A. Taiana (1985: 224), llegaron a hacer suponer que o el autor disponía de información de una fuente desconocida o su confección era más tardía. Taiana supone que "*cabe otra interpretación y es que por vía deductiva la inclinación SO de la costa meridional de América –observada por Álvares Cabral- hubiese conducido al encuentro con la costa occidental, bañada por el mar descubierto por Balboa [el 25 de septiembre de 1513]*".

[43] Dice Gandía (1974: 34) "*… el geógrafo alemán Schöner dibujó este supuesto estrecho en mapas posteriores a esta fecha [1513, el año del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa] y anteriores al descubrimiento de Magallanes [en 1520]. No se sabe quién fue el primero que pasó por el estrecho de Magallanes. Nosotros hemos demostrado que la búsqueda de un estrecho que uniese el Atlántico y el Pacífico fue emprendida por Cristóbal Colón, seguro de haber llegado a la India dibujada por Claudio Alejandro Ptolomeo en el siglo II de nuestra Era, con la existencia del océano Pacífico llamado por Ptolomeo Sinus Magnus, Golfo Grande. El estrecho luego denominado de Magallanes figura en el mapa de Enricus Martellus Germanus del año 1480. Este mapa fue copiado y aumentado con islas por Martín Behaim. Por ello Magallanes dijo que partía en busca de un estrecho que él había visto dibujado en antiguos mapas. En síntesis, América era bien conocida en todas sus costas por navegantes procedentes del Oriente desde los tiempos de Grecia y de Roma*". Si bien estos aspectos de la cuestión escapan fundamentalmente al tema en tratamiento, muestran como la exploración inicial del río de la Plata y de sus tributarios se relacionó también con el problema mayor, de índole geográfica y cartográfica en auge en la Europa renacentista (más detalles al respecto pueden consultarse en Gandía, 1972).

[44] Según Gandía (1935b: 37) se puede atribuir a estos navegantes portugueses el descubrimiento –no el predescubrimiento asignado a Vespucio- del Paraná Guazú, que más tarde había de llamarse Río de Solís y Río de la Plata, pero lo confundieron con una posible entrada al océano Pacífico. Sigue diciendo el mismo autor (:38): "*Portugal se había adelantado a España en el descubrimiento del Río de la Plata; pero por razones políticas no pudo hacer público este hallazgo y tuvo que mantenerlo secreto. El hecho, sin embargo, se divulgó ampliamente y enseguida llegó a oídos de los Reyes de España. Estos advirtieron, entonces, la conveniencia de explorar "las espaldas de Castilla del oro y la ventaja de dominar en el supuesto paso a la Mar del Sud que se acababa de descubrir. Por allí, además, se podría ir a Ceilán y al Maluco con mayor rapidez que por el cabo de Buena Esperanza*".

respecto, y evocando su visión de 1935 (b) Gandía (1974: 34), vuelve sobre el tema, pero con más tibieza: *"tal vez el Paraná Guazú haya sido visto por Nuño Manuel y Cristóbal de Haro en 1514. Estos navegantes clandestinos pueden haberlo confundido con un estrecho o paso al otro océano visto por Vasco Núñez de Balboa en 1513"*[45]. Ambos habrían llegado hasta el paralelo de 36º en la costa sudamericana.

Al tratar acerca de los viajes secretos o poco conocidos, tampoco puede dejarse de lado la consideración del navegante Cristóbal Jacques[46], contemporáneo de Solís, quien recorrió durante cuatro años la cosa del océano Atlántico desde Pernambuco hasta, por lo menos, el estuario del Plata[47], aunque posiblemente años después de Solís. A tal punto flotaba omnipresente la sombra del navegante español al servicio de la corona portuguesa, que cuando Caboto, estando en el Río Paraguay en marzo de 1527, supo que andaban naves con europeos aguas abajo por el río, decidió retornar hacia el sur debido a la presunción de que podría tratarse de Cristóbal Jacques. *"… le inquietaba la sospecha...* [pues Jacques] *... había prometido a Francisco del Puerto volver. Temió por la suerte de* [Gregorio] *Caro y su hueste de Sancti Spiritu"* (Cháves, 1968 62).

Harrisse (1898: 384) dice: *"Cristóbal Jacques, que se había metido en el río de la Plata sin más objeto que el de buscar plata y oro, no pudo muy bien estancarse por mucho tiempo entre los islotes que llevan su nombre y que se hallan en aquella ría; sin duda prosiguió con su descubrimiento agua arriba, aún cuando no podamos saber hasta qué punto se extendiera su viaje"*. Según Varnhagen (citado por Avezac, 1857: 113), Jacques después de 1526 habría subido por el Paranaguazú y apresado allí tres navíos franceses (referencia de Harrisse, 1898: 384).

El hecho indudable es que, previamente al viaje de Solís, ya había noticias acerca de la presencia de un gran río que conducía "muy lejos", como da cuenta por ejemplo Juan de Zúñiga cuando comunica al rey de Portugal el 27 de julio de 1524 (Rosenblat, 1964: 14) que un marinero retornado hacia tres años, posiblemente de la casi ignota expedición de Cristóbal Jacques (¿ca. 1519?) o de la de Magallanes (1520), daba cuenta que se *"halló un río de agua dulce, maravilloso, de anchura de catorce leguas, y vio muy hermosos campos a todas partes... y que le dijeron que aquel río no sabía de dónde venía, sino que era de muy lejos, y que más arriba hallaría otra gente, que eran sus*

[45] Ver al respecto la nota 36, al pie de la página 31 de Cháves (1968). Aporta valiosa información al respecto Gandía (1935b).
[46] Dice Zapata Gollán (1970: 10) que Cristóbal Jacques era "*… uno de los marinos más expertos de su época, que había formado como capitán de otra expedición que en 1503 mandó el Rey Don Manuel*". Por su árte Harrisse (1898: 384), y más recientemente Laguarda Trías (1959) aportan abundante información adicional acerca de este marino portugués, que parece ser el autor del historiográficamente más consolidado de los viajes de predescubrimiento clandestino portugués en el Plata.
[47] Cuando Caboto se detuvo en junio de 1526 frente a la factoría portuguesa de Pernambuco, al conversar con el factor Manuel de Braga, éste le dijo que "*… había estado poco tiempo atrás con Cristóbal Jaques en el Río de la Plata y que no dudaba que siguiendo ese camino llegaría a la Sierra [de la Plata] y al Rey Blanco*" (Gandía, 1939: 424). Por su parte, Melchor Ramírez, encontrado por Caboto en Santa Catalina, relató también haber estado sirviendo de intérprete a una armada portuguesa en el Río de la Plata (Medina, 1908, 127, passim), que para Gandía (1939: 426) no pudo ser otra que la del mencionado Jacques.

enemigos, que tenían de aquellas cosas que él les mostraba, que eran oro y plata y cobre, y que tomó cuatro hombres de aquellos y se fueron con él, y subió por el río en los bateles armados veinte y tres leguas; ...dice que allí vinieron con él ciertos viejos y estuvo con ellos en grandes pláticas ...y le dieron pedazos de plata y de cobre y algunas venas de oro entre piedras, y que le dijeron que toda aquella montaña tenía mucho de aquello, y que duraba a lo que ellos señalaban 300 leguas; y que le dijeron que la plata no la tenían en tanto como el cobre... trajo de todo esto sus muestras".

El viaje reconocido de Juan Díaz de Solís, en 1515

Juan Díaz de Solís, Piloto Mayor del Reino, llegó al Río de la Plata con el cometido de encontrar un paso entre el océano Atlántico y el recién descubierto Mar del Sur. Lamentablemente se ha perdido el diario de a bordo con los pormenores de la empresa. Partió de España[48] en octubre de 1515, con una tripulación de 60 hombres, que incluía también a un marino portugués, Alejo García, destinado a adquirir ulterior notoriedad en el Río de la Plata. Había zarpado con la misión de hallar un paso hacia la Mar del Sur y alcanzar "*la espalda de Castilla de Oro*", es decir del norte sudamericano donde gobernaba Pedrarias Dávila, por el lado del Pacífico.

En ese sentido las instrucciones eran drásticas en la capitulación que disponía el viaje, en ellas el Rey establecía: "*Yten que vos el dicho juan de solís seays obligado de yr a las espaldas de la tierra donde agora está pedrarias mi capitán general governador de Castila del oro e de allí adelante yr descubriendo por las dichas espaldas de Castilla del oro mill e seiscientas leguas y más sy pudieredes contando desde la Raya de la demarcación que va por la punta de la dicha Castilla del oro adelante de lo que no se a descubierto hasta agora con tanto que no toqueys en cosa alguna de las tierras que pertenece a la Corona Real de Portugal so pena de muerte e de perdemiento de los bienes...*" (Gandía, 1935b: 40-41).

A comienzos de febrero de 1516 los expedicionarios ingresaron en el estuario del gran río al que llamaron Mar Dulce como lo registrara Antonio de Herrera en base a la supuesta lectura del diario de navegación de Solís, después extraviado. Casi apenas iniciada la exploración del estuario, y debido a un imprudente descenso a tierra resultó Solís muerto por los indígenas junto a algunos de sus oficiales. La tripulación, desanimada emprendió el retorno a España[49], pero en Los

[48] No lo habría hecho de Lepe –su lugar de residencia- sino del puerto de San Lúcar de Barrameda, como lo aclara Vidart (1999: 17), aunque Levillier (1968) también reitera a Lepe, pequeña localidad situada sobre el río Piedras, cerca de Huelva.
[49] Dice Levillier (1968: 458): "*Al morir Solís, pereció también la expedición de magníficas proyecciones. No se atrevieron los sobrevivientes a proseguirla sin su prestigioso jefe, y, desconcertados, dieron a la vela hacia España*".

Patos naugrafó una de las carabelas en tierras portuguesas, muchos de los rescatados del percance fueron llevados prisioneros a Lisboa, pero siete de ellos quedaron en la costa atlántica, entre los mismos, Alejo García, Melchor Ramírez y Enrique Montes. En septiempre de 1526 estaban los sobrevivientes de regreso en España. Fue así que *"… en el año 1520 el río de Solís, luego llamado de la Plata quedó completamente descubierto y reconocido…"* (Destéfani, 1981: 111)[50].

Con este viaje –abortado en su misión original- se descubrió oficialmente el, para algunos, hasta ahora denominado río *"Alos"* y, más corrientemente, Jordán, que recibió de Solís el nombre de Mar Dulce, y muerto éste, el de Río de Solís, aunque aún no quedó definido el sentido en el que corrían las aguas, suponiéndose que venían del oeste y no del norte, como efectivamente lo hacían.

Hernando de Magallanes, 1519-1521

Pocos años más tarde, en 1519 partió de España la expedición de Hernando de Magallanes, que avistó fugazmente el río de Solís antes de partir hacia el sur. Los testimonios mayores que quedan de este viaje son los de Antonio Pigafetta (Bigongiari, 1998: 46), del *Diario* del piloto Francisco Albo (Fernández de Navarrete, 1945) y el *Roteiro* atribuido a León Pancaldo (Avonto, 1992). En el primer caso sólo hay una ligera referencia a *"un río de agua dulce"* hallado a los 34º de latitud, por el mismo *"antes se pensaba que se pasaba a la Mar del Sur, es decir al mediodía, pero ello nunca jamás fue descubierto"*. La cita de Albo es similar en cuanto a lo somero y no aporta más detalles que la longitud de Santa María, dada en los 35º. En el *Roteiro* la mención es breve y alude a otro nombre primitivamente atribuido al Plata: *"Partiram d´este Rio-de-Janeiro a .26. dezembre, navegaram ao longo da costa a demandar ho cabo de Samta Marya, que está em .34. e 2/3*[51] *e tanto que delle houveram vista, fez seu caminho a loesnoroeste, cuidando achar pasage pero sua viage, e acharamse metidos em hum rio de agoa doce, grande, a que sepôs nome ho rio de Sam Crystovam, e está em .34. graos, e nelle estiveram até .2. días de fevereiro. 1520."*

Con el fracaso de la empresa de Solís comenzó otra vez una etapa silenciosa

[50] Conviene al respecto, destacar la clara diferencia conceptual que establece Destéfani (1981: 175, passim) entre descubrimiento y predescubrimiento. El primero, para ser considerado como tal debe: 1) informar qué se descubrió mediante documentación o información de fuentes inobjetables; 2) describir lo descubierto y que la descripción sea compatible con la realidad del mismo; y 3) debe situar lo descubierto con razonable precisión para el estado de la ciencia geográfica de la época.

[51] El cabo de Santa María es la hoy llamada Punta del Este. Nótese la diferencia en la latitud asignada por Pancaldo con la que da Enciso en su *Summa de Geographia*, publicada en Sevilla en 1519, cuando atribuye a Santa María estar a 35 grados. La latitud real del accidente geográfico es de 34º 50´.

Hernando de Magallanes.

que cubrirá una década[52]. No debe dejarse de lado el hecho de que en enero del mismo trágico año 1516, en el que sucumbió Solís, había muerto el rey Fernando el Católico, terminando con él y con Gonzalo de Córdoba –fallecido un mes antes- una forma de conducir los asuntos del reino. Sobrevino la regencia del cardenal Cisneros, y recién un año después llegó a España el sucesor, Carlos I –Carlos V- que debió desplazar el centro de sus intereses del denso escenario europeo al americano, con la consiguiente pérdida temporal de iniciativa en el

[52] Dice Zapata Gollán (1973: 25): "*mientras a partir de la muerte de Solís hasta la llegada en 1526 de Caboto, no se había visto en el Río de la Plata un solo barco de España, los portugueses, desde sus factorías instaladas en la costa del Brasil, llegaban tierra adentro hacia el río Paraguay, aunque la hostilidad de los indios les había impedido instalarse en ellas. El Dr. Don Cosme Bueno, Catedrático de Prima de Matemática y Cosmógrafo de los reinos de España, es una descripción del Obispado de Buenos Aires que escribe en Lima en 1776, dice que los portugueses que habían entrado desde la costa del Atlántico hasta el Río Paraguay, no dejaron ninguna población, porque los indios defendieron sus tierras matando ya de traición ya a fuerza abierta a los más de ellos*". 54. Tomado de Cosme Bueno: Descripción de algunas provincias y obispados de América; en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, sig.9.29.4/5907.

proceso descubridor y conquistador[53]. Además, en los años siguientes se produjeron dos hechos fundamentales que modificaron la concepción básica de la relación de la corona con los descubrimientos y la conquista: la circunnavegación de Magallanes-Elcano (1519-1521) y las noticias del descubrimiento del Perú, con la toma del Cuzco por Pizarro y los suyos, en 1533[54]. Ambos acontecimientos estaban llamados a conferir una nueva valoración de la conquista del área atlántica de América del Sur correspondiente a España. Ahora resultaba primordial impedir el acceso portugués al Perú, en especial por la vía Plata-Paraná-Paraguay.

El navegante misterioso de 1521

Relata Gandía (1935b: 60) que el embajador castellano en Portugal, don Juan de Zuñiga, escribió en 1524, desde Evora, informando a la corona española, que *"un hombre que venía de descubrir tierra por la costa del Brasil"*, había llegado en 1521 al Río de la Plata, remontando el curso por lo menos hasta la embocadura del Carcarañá. En su camino encontró a los náufragos de Solís y recibió noticias acerca de la Sierra de la Plata, razón por la que ofrecía sus servicios a la monarquía de España para retornar a esas tierras, pero solicitaba un salario por lo menos igual al que le daba Portugal. El documento de Zuñiga, publicado por José Toribio Medina (1897, Tomo I: CCCII-CCCXVI), es muy explícito en su descripción del viaje y de las tierras halladas, e insta al monarca español a permitirle al proponente el retorno a ellas. Poco más se conoce acerca de esta incursión, pero es una muestra de la constante tirantez y espionaje entre las cortes rivales y el hecho de que la navegación portuguesa se movió con relativa facilidad y desenvoltura por las aguas del Plata y afluentes, hasta el asentamiento español en sus orillas, fallido en Buenos Aires y definitivo en Asunción.

[53] Aunque la realización entre 1519 y 1521 del viaje de Fernando de Magallanes-Elcano muestra más bien una distinta jerarquización de los intereses dominantes de la corona en el Nuevo Mundo. Estabilizado ya el reinado de Carlos V, se reordena el manejo de los asuntos de Indias, y, por ejemplo, es la Reina la que firma algunos de los documento históricos más decisivos, como por ejemplo, las capitulaciones con Gregorio de Pesquera en 1536, otorgándole las cincuenta leguas de costa del actual Brasil "*desde donde dicen la cananea, hazia el Río de santa catalina, y cient leguas la tierra adentro*" (Gandía, 1935a: 20). Posiblemente fue el resultado exitoso de la circunnavegación de Magallanes-Elcano, lo que encendió el vivo interés real en las Indias, como lo denota la carta de Carlos V a la Regenta del Países Bajos, Margarita de Austria, en la que le dice que se había ido a "*donde jamás los portuguesses ni ninguna otra nación fueron…*" "*… han rodeado el mundo entero. Y por la dicha comodidad que me puede de ésto venir y a toda la cristiandad, me propongo organizar nueva armada para enviarla allá*" (Gandía, 1939: 418).

[54] Véase Levillier (1968: 637).

El descubrimiento del Paraguay, la expedición terrestre de Alejo García, ca. 1523 (1521-1526?)

Si bien cronológicamente la primer entrada fluvial que alcanzó al actual territorio paraguayo[55] fue la de Caboto en 1526-1530, el primer europeo en pisar el territorio, e incluso en avistar, tal vez incluso navegar un tramo, y cruzar las aguas del río Paraguay, fue Alejo García, ya mencionado como uno de los náufragos de la carabela perdida frente a las costas de Santa Catalina, cuando la que fuera la expedición de Solís regresaba España, tras la muerte de su jefe. Debido al hecho de que no quedó de su expedición otro testimonio escrito que el interrogatorio tardío de algunos de los indios compañeros de su entrada, indagados por Irala y por Álvar Núñez, resultó difícil la datación y el conocimiento pormenorizado de los hechos, pero lo esencial es que Alejo García y cuatro compañeros, que formaban parte del grupo de los nueve españoles encontrados en Santa Catalina en 1521 por el navegante desconocido (Gandía, 1939: 409), marcharon a pie atravesando selvas hasta alcanzar el Río Paraguay, y lo hicieron en alguna fecha que Manuel Domínguez (1918:297) sitúa –en base a inferencias indirectas- entre 1521 y 1526. Udaondo (1945: 367) indica –sin explicar las razones para ello- en 1527 la fecha de la partida de García y sus compañeros del Brasil hacia el oeste.

La llegada de Alejo García y sus compañeros al Río Paraguay, que es lo que aquí interesa, aparece resumida por Gandía (1946, nota 35): *"… el gouernador se pasó a ver el río por donde auía salido García, el qual esua muy cerca de donde los indios Guaxarapos se lo mostraron y hablaron... y porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca deste río, a la falda de una sierra que se llama Santa Lucía, que es por donde auía atrauesado García…"* (Comentarios de Álvar Núñez. Escritos por Pedro Hernández, capítulo L). "... *preguntando por dónde entró el dhico García, dixo que por más arriba del dicho puerto de ytatin, más abaxo de los goxarapos…"* (Relación de Domingo Martínez de Irala). "… *hizieron su jornada por el puerto que llaman de San Fernando. Otros dicen que entraron poco más arriba de la Asunción por un río que se llama Paraí"* (Ruy Díaz de Guzmán). A Álvar Núñez le dijeron (Comentarios, Cap. LX): "*que dende una montaña alta, redonda, que está a la vista de este puerto de los Reyes, se toma el camino..."* [para el interior del Chaco]. Según Manuel Domínguez (1904, y en la Sierra de La Plata, cap III), el lugar llamado Garaguay es "…. *contracción de García- caaguy, o sea monte de García, y puede identificarse con el lugar donde García se lanzó al Chaco."*

Pero lo anterior se refiere a las localidades de salida y de regreso de la entrada

[55] E incluso terrestre, ya que su desaparecida Santa Ana habría estado en territorio actualmente paraguayo.

chaqueña de García, quien previamente habría hecho un camino de llegada coincidente en forma parcial con el que años después recorrería Álvar Núñez, desde la costa atlántica hasta su punto de partida hacia el oeste. Se creyó mucho tiempo que habría marchado hasta el emplazamiento actual de Asunción, o cerca del mismo (del Techo, Tomo I, Libro I, Cap. 1º; Chaves, 1968: 40; Levene, 1970, I: 133, con mapa indicando la probable ruta). La moderna intercepción de Rosana Bond (1998) reconstruye el itinerario de García, indicando que cruzó el río Paraná al norte de los saltos del Guayrá, posiblemente a la altura de la boca del Iguatemí. Despúes habría seguido su curso hasta la sierra de Mbaracajú, para cruzarla y atravesar el sudoeste de Mato Grosso entre los ríos Apa y Tacuary, alcanzando el río Paraguay en la latitud aproximada del actual Puerto Casado. De allí, y con el añadido de numerosos indígenas, que habrían adherido, de buen o mal grado, a su propósito de viajar al oeste, ascendió a lo largo del curso hasta alcanzar la margen opuesta al actual río Mboteteí, por entonces Yapaneme, que era *"otro río que venía por la tierra adentro, que sería como la mitad del río Paraguay, que venía de hacia el Brasil, y era por donde dicen los antiguos que vino García, el portugués y hizo guerra por aquella tierra, y había entrado por ella con muchos indios, y le habían hecho muy gran guerra y destruido muchas poblaciones, y no traía consigo más de cinco cristianos y toda la otra eran indios"* (Álvar Núñez Cabeza de Vaca, 1977: 229).

Los pormenores de la empresa de García escapan al marco de esta historia, pero es evidente que llegó hasta los lindes del área incaica. Al regresar García de esa entrada hasta los faldeos andinos[56] recorrió el mismo itinerario, pero descendiendo el curso hasta la desembocadura del Jejuí. *"Navegó el Paraguay aguas abajo, después de haberse embarcado por el lado del Brasil"*, dice Harrisse (1989: 385). Estando sobre el río Paraguay, cerca de la actual San Pedro de Ycuamandiyú, fue muerto junto con sus cuatro compañeros cristianos (Domínguez, 1918: 302), presumiblemente por indios payaguás.

Culminó así, aproximadamente una década antes de la penetración fluvial española en el Paraguay por el río homónimo, un primer ensayo de exploración y descubrimiento, fuertemente motivado por las riquezas andinas, pero con intensa relación con la historia y con la demografía regional. Entre otros rasgos, porque la marcha de los náufragos de Solís hacia el oriente, llevó consigo la que Alfred Métraux denomina la cuarta de las migraciones guaraníes hacia los contrafuertes andinos del Alto Perú, iniciadas cerca de un siglo antes (Gandía, 1919: 29).

[56] Esta circunstancia motiva a Rosana Bond (1998) para afirmar que Alejo García fue el descubridor del Imperio Inca, pero de acuerdo con las pautas sentadas al respecto de los "descubrimientos" por Destéfani (1981), sería realmente sólo un predescubrimiento.

Diego García de Moguer y el avance del descubrimiento fluvial del Paraguay, 1527-1529

Diego García había sido uno de los integrantes de la expedición de Solís y al producirse la muerte de este último, regresó a España al comando de uno de los navíos. Carlos V aprobó finalmente su viaje en 1525. El mismo, según las capitulaciones firmadas antes de sus aprestos, no fue sino una continuación formal del fallido viaje de Solís, es decir, debía partir con destino a la exploración del Pacífico, hacia el Maluco (=Molucas). Pero, como sucediera casi simultáneamente con Caboto, García, tentado por la atracción de la Sierra de la Plata, incumplirá las órdenes formales que lo llevaron a las Indias, remontando con cierto retraso respecto a Caboto debido a sus detenciones en el camino, los ríos Paraná y Paraguay, este último en su primer tramo.

Resulta de interés lo que dice Diego García en su *Relación y derrotero*, (Fernández de Oviedo y Valdés, 1945: 274, 282)[57] en la que da cuenta de su viaje iniciado en enero de 1526, y afirma que *"… la otra vez que descubrí este río, habrá 15 años..."*, lo que significaría una estadía de autor en el Plata cerca de 1511, o –a lo sumo en 1515- si la *Relación* hubiera sido redactada en 1530, aunque para Furlong (1962) es de 1527, pero pudiera simplemente tratarse de imprecisión en la referencia a su participación en el viaje de Solís (1515-1516). José Toribio Medina (1908: 30) discute un probable viaje previo de García al Río de la Plata en 1521, y Udaondo (1945: 367) dice que *"Diego García visitó el Río de la Plata antes que Juan Díaz de Solís. Fernández Navarrete halló en el archivo de Simancas la relación de un viaje en la que consta que García había llegado en 1512 al río de la Plata, y que uno de sus buques había naufragado en las costas del Brasil"*. Chaves (1968: 49) menciona pruebas documentales de que en una Probanza del Consejo de Indias a Carlos V, de 1530, se expresa *"que el río de Solís fue descubierto por Juan de Solís y después por el capitán Diego García"*.

El original de la *Relación* se conserva en el Archivo General de Indias, en Sevilla y fue publicada inicialmente por Adolfo de Varnhagen (1852, 1882), sucediéndose otras ediciones hasta las de Guillermo Furlong (1933) y José Torre Revello (1941), siendo estas dos últimas las de mayor precisión paleográfica.

Además de haber ascendido por el río Paraguay hasta aproximadamente los 25 grados de latitud, Diego García fue el primero en descubrir, individualizar y citar el río Uruguay: *"… y andando por el río* [de "Aos" (=aques)] *arriba, en el*

[57] La *Relación* o Memoria de Diego García fue publicada por diversos autores en versiones paleográficas con algunas diferencias de interpretación (Furlong, 1962: 86, suministra la lista de autores que las aportan, desde la primera versión del historiador brasileño Adolfo de Varnhagen, de 1852, hasta la de Torre Revello, de 1941). En este caso se utiliza la que publicara Fernández de Oviedo y Valdés (reeditada en 1945).

cual río se corre en el norte y el nordeste e este río grande se .... el Uruay, ques donde se juntan todos los ríos, que tiene este río…". Justamente al seguir uno de esos ríos concurrentes, se adentra por un curso occidental al que llama "Uruay", y *"… de allí tomé el camino del río del Paraná ques un brazo deste río del Uruay, e va la vuelta del noroeste e del norte hasta adentro ... hasta ochenta leguas río arriba...",* hasta Sancti Spiritu. Pero después, y en busca de Caboto[58], *"… navegamos hasta dentro a Santa Ana[59] e al Paraguay, que es otro río que entra en el Paraná e viene de las sierras, y en este río Paraguay hay muchas generaciones…"* tras lo cual siguieron nueve leguas Paraguay arriba.

El viaje de Caboto, 1526-1530

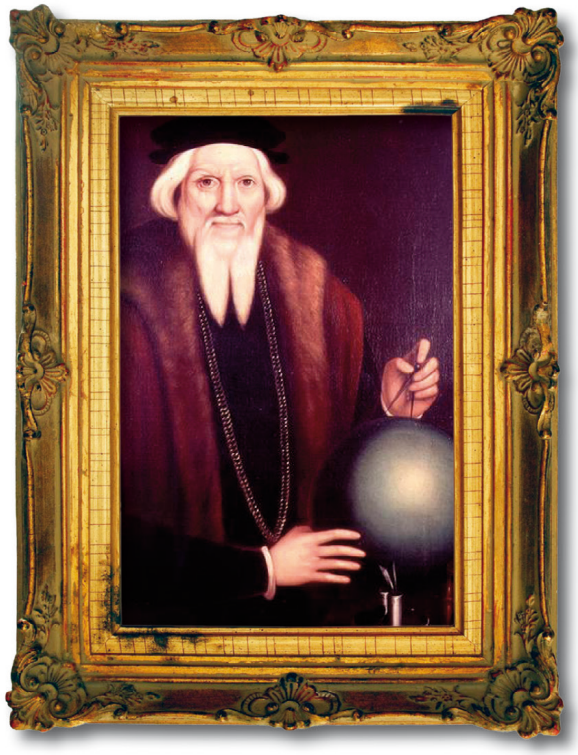
El veneciano Sebastián Caboto o, mejor, Gaboto –como sería su original apellido italiano- es una de las figuras más discutidas entre los descubridores y primeros exploradores de los ríos de la cuenca del Plata. Harrisse (1898) lo trata duramente en base al aporte de abundante documentación centrada en las declaraciones de los tripulantes sobrevivientes de su viaje. Samuel A. Lafone Quevedo (1898) y Eduardo Madero (1949) coinciden con las apreciaciones de Harrisse. José Toribio Medina publicó en 1908, un voluminoso aporte biográfico-documental. Si bien el juicio definitivo está aún por formularse, su expedición presenta aspectos históricos decisivos y otros que denotan cierta mediocridad y fracaso.

Como ya se expresó, Caboto fue otro de los navegantes, que al mando de expediciones descubridoras modificó sobre la marcha su misión original para penetrar en el interior continental en busca de la Sierra de la Plata, pero incluso en este propósito secundario fracasó, si se considera la ruina de sus fundaciones y el regreso con enormes bajas en su tripulación.

Inició su viaje en San Lúcar de Barrameda, en abril de 1526. El hecho de que ni bien salido de las Islas Canarias, en las que recaló, virara el rumbo de su viaje hacia las costas de Brasil, violando su cometido según las capitulaciones firmadas, ha dado pábulo a la idea de que su expedición tenía un aspecto manifiesto y otro encubierto, como sostiene duramente Harrisse (1898). Sin embargo, bien pudo darse el caso que Caboto, *"… cuyo objetivo único consistió en realizar*

[58] Del que dice Diego García en la Información hecha en Sevilla ante el Alcalde Ordinario (Fernández de Oviedo y Valdés, 1945: 283): "*Capitán que fue de otra armada que Su Majestad envió a Tarsis e al Gran Catayo e a Maluco, se fue a meter en el dicho río de la Plata en conquista que no era suya e que estaba descubierta mucho tiempo había*".

[59] Localidad hoy desaparecida, establecida por Caboto, sita sobre el río Paraná, en la margen derecha del mismo, al este de la confluencia de ese río con el Paraguay, que no debe ser confundida con otras varias del mismo nombre fundadas posteriormente y en distintas localizaciones de la región.



Sebastián Caboto.

una fácil y provechosa ganancia a buen seguro de cualquier vicisitud..." y que como *"… felón e impostor no vio seguramente con buenos ojos las instrucciones últimas del monarca, del 24 de noviembre de 1525…"* (Molinari, 1991: 199), en las que le mandaba marchar cuanto antes en apoyo de Loaysa[60], partiendo en rumbo directo al Maluco [=las Molucas].

Después de un accidentado viaje, lleno de disensiones y tribulaciones personales, el 27 de febrero de 1527 entró Caboto en el Río de la Plata. Remontó el Paraná, después de dejar parte de la tripulación en San Salvador, sobre el río Uruguay. Levantó un precario asentamiento en la cercanía de la boca del Carcarañá sobre el río Paraná, al que denominó Sancti Spiritu.

Los expedicionarios, hacia fines de 1528 partieron aguas arriba de Sancti Spiritu, donde dejaron un retén al mando de Gregorio Cano. Navegaron hasta la con-

[60] En 1525 la corona española despachó la expedición de fray García Jofré de Loaysa con el cometido de seguir la ruta de Magallanes y llegar a las Molucas, aportando a la armada de siete navíos como piloto mayor al experto Juan Sebastián Elcano. El final de la expedición fue desastroso, perdiéndose en el empeño la vida de Elcano, entre muchas otras. El malogrado Loaysa fue el único de los que partieron con el mismo cometido, en no desobedecer las órdenes reales para quedar en el Río de Solís, atraídos por la, por el momento quimérica, Sierra de la Plata.

fluencia del Paraná con el Paraguay, y siguiendo el curso del primero, llegaron hasta un paraje al que Caboto designó como Santa Ana, en la orilla derecha del Paraná, a *"10 a 20 leguas"* de la confluencia con el Paraguay, donde la tripulación se repuso de su fatigas con indios amigos. En tanto, un bergatín a cargo de Francisco del Puerto, avanzó por el río Paraguay y volvió con noticias sobre riquezas que entusiasmaron a los demás. El 31 de marzo de 1528 subieron por el *"Paraguay veinte leguas"*, hasta un paraje en el que Caboto perdió "*veinticinco o treinta hombres"* como lo asevera García de Moguer, en manos de los indígenas. Todavía queda abierto el interrogante acerca de hasta dónde llegó Caboto aguas arriba. Al respecto dice Chaves (1968: 63): "*… no llegaron a la Angostura, cerca del Río Araguay (Pilcomayo) como cree Madero. Ninguno de los expedicionarios afirma eso. Alcanzaron la altura del Tebicuary, que Alonso de Santa Cruz colocó al revés, haciéndose venir del oeste, cuando corre del este (Alonso de Santa Cruz, autor del Islario Americano). En el mapa adjunto al Islario, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid*[61]*, Santa Cruz denomina a "su río", río de la Traición. Madero cree que lo llamó así porque allí estaba preparada la trampa para Caboto".* La suposición de Chaves es difícil de sostener. El planisferio atribuido a Caboto, de 1544, es ambiguo al respecto. Y enteramente equívoco en cuanto a la ubicación de varios puntos geográficos de la zona[62]. Igualmente lo es en cuanto a las latitudes indicadas, aunque registra con gran precisión la de la entrada al estuario. Es posible aceptar como válida la suposición de Alberto Duarte de Vargas (*com. pers.*) con respecto a que el río de la Traición es alguno de los riachos formoseños, afluentes de la margen occidental del río Paraguay, probablemente uno de los dos actualmente denominados He-He.

En agosto de 1530 anclaban en Sevilla los sobrevivientes del viaje, debiendo afrontar una larga instrucción indagatoria, con cargos e interrogatorios. El juicio histórico en general le es adverso, como lo fue el de sus compañeros de viaje. Dice Molinari (1991: 146): "*así terminó la navegación al Tarsis y al Ofir que capitaneó un veneciano embustero y acoquinado, ignorante de las cosas de mar y de la*

[61] El mapa de Santa Cruz, publicado con su Islario, habría sido terminado en 1541, pero Furlong (1969: 114) dice "*que no pocos críticos lo consideran compuesto en 1560*". Alonso de Santa Cruz fue informante directo de Oviedo, y seguramente refleja su opinión cuando el cronista dice "*el gran río que se llama Paraguay*".

[62] Dice del planisferio Lafone Quevedo (1898: 231) que en él, Caboto "*… prescinde del codo que hace el Paraná arriba de Corrientes, y nos pinta el río como un tronco de algarrobo con unos cuantos gajos insignificantes hacia el oeste, de los que el Paraguay era uno*". Furlong (1969: 114) lo llama "*espléndido mapamundi, popularizado de Caboto pero que, según todas las pruebas, fue obra de cartógrafos alemanes, aunque con información proporcionada por el gran marino*". Ante el extraño elogio de Furlong, conviene recordar el juicio de Harrisse (1898: 386): "*Según creemos Caboto derivó aquella parte [el curso de los grandes ríos] de su planisferio, del original portugués del B. de Wolfenbütel, y no de sus propias observaciones geodésicas, no sin introducir empero nuevos errores por propia cuenta. Así vemos que Caboto traza un solo río donde el B. de Wolfenbütel, señala dos, como los hay, a saber: el "gran río de Paraná" y el Paraguay*". Para Lafone Quevedo, en nota al pie del párrafo anterior, las alteraciones que hace Caboto de la realidad geográfica serían intencionales y tendientes a ocultar las precisiones de la ocupación territorial. Gandía (1935b) trata extensamente el tema del ocultamiento de información, espionaje y acerca de las relaciones diplomáticas formales y reservadas entre las cortes lusitana y española.

tierra y que sólo dejó como fruto de su empresa la fabulosa conseja del río de la plata y el oro, y el semillero de largos pleitos que poblaron los estrados de Sevilla durante muchos años. La justicia se hizo en Caboto, quien fue condenado, finalmente por sus extravíos, incompetencia y arbitrariedades, a destierro en Orán, y a las sanciones inherentes a tal castigo. Más sólo se cumplieron las sentencias en lo relativo a las penas pecuniarias, pues, a poco, entró Caboto nuevamente en el ejercicio de su cargo de piloto mayor del reino, en enero de 1532".

Martín Alfonso de Souza y Pedro Lopes de Souza, 1531.
La fallida expedición de Miguel de Herrera

Enrique Montes, uno de los náufragos de la expedición de Solís, retornó a España con Caboto. Mantenía su entusiasmo por las piezas de metal precioso traídas por los indios que acompañaron al malogrado Alejo García. Muy pronto pasó a Portugal, donde logró convencer al rey lusitano para que enviara una armada en el más corto plazo para entrar a la Sierra de Plata por la vía navegable que se iniciaba en el Río de Solís. Los españoles trataron de repatriar a Montes y de obstaculizar la expedición, pero no fue posible detenerla, y una armada portuguesa, al mando Martín Alfonso de Souza partió hacia el Plata en diciembre de 1530. Para contrarrestar esta acción los españoles prepararon rápidamente una expedición que se puso al mando de Miguel de Herrera, con el cometido de remontar el río de Solís hacia el norte, explorando las tierras y tratando de dar con la Sierra de La Plata. Llegado a la misma debía asegurar una gobernación –a su cargo- de cuatrocientas leguas de este a oeste y de ciento cincuenta de norte a sur.

A pesar de esa previsiones y del vehemente deseo de la corona española de ganar la iniciativa a los portugueses en la ocupación del territorio y las vías de acceso a la riqueza metalífera de la fabulosa Sierra, detuvo su partida el hecho del regreso en 1532 de Martín Alfonso de Souza, que llegó a entrar en el Plata, pero decidió no adentrarse profundamente en sus aguas.

Pedro de Mendoza, 1535-1537

Se planearon en seguida en España nuevas expediciones, pero al año siguiente el escenario geopolítico cambió drásticamente con el descubrimiento e inicio de la

conquista del Perú. A los sucesivos propósitos de hallar la comunicación bioceánica primero, y de acceder a Sierra de la Plata después, se impuso ahora el consolidar la posesión de la eventual vía de acceso fluvial a las tierras peruanas, otorgándose en 1534 a Pedro de Mendoza la gobernación que entre los 25º y los 36º de latitud corría del Atlántico al Pacífico. Para ello fue nombrado Adelantado y capitán General del Río de la Plata, con prerrogativas especialísimas y se le asignó el propósito de conquistar y poblar la tierra sobre el río de Solís.

Partió hacia América en agosto de 1535. Por entonces la imagen geográfica americana, íntima todavía en el *Mapamundi* de Juan de la Cosa, de 1500, había avanzado notablemente, como lo denotan, por ejemplo, el mapamundi llamado de Sebastián Caboto (1528), y el de Diego Ribero (1529), a los que hay que agregar los aportes decisivos de los más recientes descubrimientos, como el del Mar del Sur y del recientemente penetrado Perú: aunque imperfecta, incompleta y a grandes trazos, ya por entonces se perfilaba la silueta continental americana y existía un buen diseño de las costas desde la península del Labrador hasta el Estrecho de Magallanes disponible para los navegantes.

La relación de la expedición de Mendoza con el río Paraguay tan sólo se refiere a la penetración española definitiva en el estuario, la que primero se materializó cuando, en 1536, Juan de Ayolas partió de la primitiva Buenos Aires –fundada por él en febrero de 1536- con tres bergantines hacia la zona donde Caboto estableciera su asentamiento de Sancti Spiritu, en busca de bastimientos para la recién fundada ciudad, que se debatía en la carencia y el hambre, como tan bien lo narra Schmidl. Alcanzaron la boca del río Coronda, cerca de la cual fundaron el asiento de Corpus Christi. Cerca de allí, halló Ayolas a Jerónimo Romero, sobreviviente de los hombres de Caboto, quien lo guió hacia donde hallar víveres, con los que después de cincuenta días, y con grandes pérdidas humanas, regresó a Buenos Aires. El paso más significativo de Pedro de Mendoza en la penetración fluvial fue el envío del mismo Ayolas, en octubre de 1536, con tres embarcaciones aguas arriba del Paraná, para recorrer ese río y el ya denominado Paraguay, con órdenes de llegar a la Sierra de la Plata. Esta disposición del adelantado contaba con fuerte motivación en los relatos del mencionado Romero[63].

Como Ayolas no regresaba, a mediados de enero de 1537, Mendoza mandó en su seguimiento a su antes mayordomo y después veedor de la expedición, Juan

[63] Con los datos provistos por Romero cobraba fuerza la certeza de que la tierra anhelada se hallaba, no sobre el curso fluvial, sino tierra adentro, internándose a partir de un punto sobre el río. La información acerca de la entrada de los conquistadores del Perú pesaba en ese sentido y orientó la remonta del río por Ayolas hasta hallar un punto favorable de partida hacia el oeste, como lo había realizado, independientemente Aleixo García años antes.

de Salazar y Espinosa, y a Gonzalo de Mendoza, con sesenta hombres adicionales, en tres bergantines construidos en la propia Buenos Aires.

Poco después, Pedro de Mendoza que estaba gravemente enfermo, resolvió retornar a España, sin lograrlo pues falleció en alta mar durante la navegación de regreso, en junio de 1537.

Juan de Ayolas, 1536, 1538 (?)

Aguirre (2003: 67) le llama descubridor del Río Paraguay. Al menos, fue el primero que ascendió en una navegación hasta la latitud que él lo hizo, buscando un punto de partida para su marcha hacia el oeste en procura de la Sierra de la Plata. Contaba con el pleno apoyo del Adelantado: "*Mendoza me envió por capitán general de ciertos navíos y gente que envió conmigo río arriba a descubrir y hacer entrada por tierra adentro, por donde mejor me pareciese"*, dice Ayolas en su *Poder e Instrucciones*. Esta confianza de Pedro de Mendoza hacia su subordinado se manifestó siempre plenamente, y fue –ya en ausencia de Ayolas- cuando en abril de 1537, lo designó *"lugarteniente de gobernador y capitán general*". Además, en su testamento lo dio por su heredero, pero nunca alcanzó el uno a conocer la suerte final del otro, ambas trágicas.

Soportó Ayolas en su navegación contratiempos de toda suerte hasta su entrada en el río Paraguay[64] y esas contrariedades no cesaron hasta alcanzar la tierra de los Carios, cuya generosidad experimentaron, y en la que los expedicionarios permanecieron dos meses reponiéndose. Después siguieron hacia el norte, aguas arriba, alcanzando en febrero de 1537 una latitud aproximada a los 20º, bautizando al lugar de arribo como puerto de la Candelaria, sobre la margen izquierda del río. Allí dejó a Domingo Martínez de Irala con treinta hombres, con órdenes de esperarlo y, acompañado por un contingente de indígenas carios, marchó hacia el oeste, pero este rumbo alejó su historia de la del río. Contaba entre sus hombres a quien fuera un esclavo indígena de Aleixo García, el que seguramente le dispensó sus servicios como guía en el viaje, del que resultaría ser el casi único sobreviviente.

En la Candelaria, Irala aguardaba su regreso. En junio de ese año llegaron por el río Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza. Encontraron a Irala con sus barcos venidos a menos y sufriendo carencias. De hecho el encuentro se produjo a trein-

[64] Particularmente poco antes de alcanzar la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, en las Tres Bocas, debieron afrontar un fuerte temporal, que hizo zozobrar uno de los navíos y parte de su gente debió marchar a pie por "la costa del poniente", en medio de penurias sin cuento. Además las embarcaciones debieron soportar duros tramos hechos a la sirga y mediante remos, por la escasez de agua que hallaron en ciertos pasajes del curso.

ta leguas al norte del primitivo puerto, pues Irala había movido sus naves para mantenerlas activas, como lo establece Gandía (1932: 61) en base a información de la *Carta* de Hernando de Ribera: se incorporó así otro tramo del río Paraguay a la geografía, alcanzando y sobrepasando septentrionalmente la latitud de 19º. Ambos jefes bajaron a la Candelaria y siguieron juntos a Tapúa, donde Irala reparó sus barcos. Un poco más al sur, Salazar y Mendoza fundaron el fuerte de la Asunción el 15 de agosto de 1537. Después Irala retornó a la Candelaria a esperar, constantemente acosado por los indios, a Ayolas, haciéndolo desde septiembre de ese año hasta enero de 1538. En esa fecha resolvió Irala descender aguas abajo hasta Tapúa, nuevamente para reparar sus barcos y cargar víveres.

Desaparecido Mendoza del escenario del Río de la Plata, asumió el mando por su delegación, el capitán Francisco Ruíz Galán, quien recibió Juan de Salazar la noticia de la fundación de la Asunción, en agosto de 1537. Antes del fin de ese año salió de Buenos Aires Ruíz Galán, acompañado de Salazar, hacia Asunción, para asumir el mando en toda la región imponiéndose a Ayolas e Irala. En Tapúa se encontró con ese último. Sobrevinieron conflictos fundados en la autenticidad de la documentación avalante del poder de Ruíz Galán, e Irala fue apresado brevemente y luego demorado, tanto por su rival como por el estado de sus naves. Eso le impidió ascender nuevamente por el río en busca de Ayolas hasta agosto de 1538. Las desavenencias entre Ruíz y Galán e Irala aparecen ampliamente detalladas en la *Información* levantada por Alonso de Cabrera, aunque –como lo destaca Gandía (1932)- sólo con aporte de una las partes interesadas. Para entonces ya Ayolas había sido muerto por los indígenas, en algún tiempo del intervalo de ausencia de Irala, posiblemente en el mes de febrero de ese año[65]. Irala permaneció en la zona hasta fin de año y retornó a la Asunción. En noviembre del año siguiente volvió al mando de una fuerte expedición para inquirir acerca de la suerte de Ayolas y los suyos. Hizo un intento de entrar en el Chaco, pero debió regresar ante las enormes dificultades para la marcha[66]. En San Sebastián, ocho leguas al sur de Candelaria, se anotició de la muerte de Ayolas[67] en manos de presuntos indios payaguás.

[65] Para Irala Solano, la muerte de Ayolas se habría producido "*cinco meses antes de la llegada de Irala a Candelaria*", el 23 de agosto de 1538, es decir, en marzo de ese año, fecha que aporta Zubizarreta (1957) y que Irala Solano reitera. Chaves (1968: 138), fija ese hecho en junio-julio de 1538.

[66] Irala intentó ingresar en el Chaco a fines de enero de 1540, coincidiendo su intento con el de un prolongado episodio del fenómeno de El Niño (véase más adelante), producido entre 1539 y 1541, con una fuerte creciente. Como lo señala Irala Solano, entre los factores que lo disuadieron para desistir de su marcha por tierra, se cuentan las inundaciones (Gandía, 1932: 85; Irala Solano, 2003: 55, todos en base a la Relación Anónima de 1545, la Carta de Irala de 1545, y al aporte de Hernando de Ribera en su Carta del mismo año), que seguramente anegaron por entonces gran parte del bajo Chaco, cortando el paso de los expedicionarios.

[67] " De la entrada de Ayolas han quedado muy pocos y parciales testimonios, sospecho que muchos inventados, pues no hubo supervivientes, pero la hostilidad de los indios parece fue una constante y a eso hay que añadir las inundaciones y algo que siempre lo acompañó: el hambre. Cuando por fin y totalmente diezmado consigue llegar a Candelaria, los indios le ven débil y desarmado y por tanto, fácil presa y eso es lo que hacen: asesinarlos a todos" (Irala Solano, 2003: 55).

En síntesis, la expedición de Mendoza, y la navegación y la entrada de Ayolas hacia el oeste, que fueron su continuación, habían fracasado en cuanto a las misiones personales de sus protagonistas, pero las consecuencias del viaje del Adelantado y la trágica jornada de su capitán preferido, muestran que todo eso no fue en vano: la corona de España había logrado asentar su presencia en el gran río y había abierto –por obra de sus capitanes- el camino fluvial hasta el interior continental. Para lo que es hoy el Paraguay fue la apertura efectiva de su historia, pues de la expedición de Mendoza y de las empresas de sus continuadores, derivó la navegación completa del río hasta la zona de los Xarayes y el asentamiento del núcleo poblador original en la Asunción. Se asentó así, definitivamente para el río Paraguay su ligazón con el país epónimo.

Consideración historiográfica: los precursores

La aventura descubridora y exploradora de Pedro de Mendoza y de sus capitanes y continuadores generó una serie de notables contribuciones historiográficas, a través de las cuales aparece mucho de la historia primigenia del río Paraguay y de lo acontecido con su telón de fondo en tierras paraguayas. Se trata ya de los acontecimientos de la etapa histórica –iniciada en los comienzos del siglo XVI- en los que el río es objeto de constante referencia.

Ese acerbo historiográfico está integrado por aportes que se suman a los que Efraím Cardozo (1979) denomina los primeros memorialistas[68], iniciados con el *Memorial* de Luis Ramírez[69], escrito en 1528, que es el primero en relatar las entradas de Solís y de Caboto, y usa inicialmente el nombre *Paraguay* para el río y *guaraní* para los habitantes del territorio paraguayo. Le sigue la *Memoria de la navegación q[ue] hize este viaje en la parte del mar océano desde que salí de la ciudad de la Coruña*, de Diego García[70], redactada hacia 1530. Por su parte Domingo Martínez de Irala, dejó diversos testimonios escritos entre 1541 y 1556, enumerados con sus referencias bibliográficas por Cardozo (1979: 125), en forma de relaciones, cartas y memoriales.

Data presumiblemente de 1553, un manuscrito inédito conservado en la Real Academia de la Historia de Madrid. El mismo fue estudiado por Laguarda Trías

[68] Cuya consideración se mueve entre los campos de la historiografía y el de la heurística, como dice Cardozo (1979: 121), ya que se trata de dos clases de documentos: los surgidos de los propios protagonistas en memorias, cartas y relaciones y los emanados de la autoridad oficial, como instrucciones, informaciones y documentos.
[69] Dado a conocer originalmente por Trelles (1879: 123- 154).
[70] Publicado por primera vez por el mismo Trelles (1879: 114- 122).

(1959: 371, *passim*) y lleva el título *Quadripartite en Cosmographia Practica* y por otro nombre llamado *Espejo de navegantes*, y cuyo autor fue Alonso de Chaves[71], quien inició la serie de reiteraciones acerca de los "*ríos que desaguan*" –ya fueren cinco o siete- "*por la banda sur*" (sic) en este caso, del río de la Plata, considerando Chaves sucesivamente el río Ypitín (=Bermejo), el quinto, el río del Paraguay, el sexto y el río de la Traición el séptimo (riacho He He?, río Tebicuary?). Si bien esta es una mención temprana del río Paraguay, seguramente basada en *"el capitán Gaboto y su exercito"*, a los que el autor nombra, y en los aportes de Diego García de Moguer, pero sin haber estado nunca en el propio escenario geográfico. Inauguró Alonso de Chaves, de este modo, un ciclo de textos europeos de geografía caracterizados porque en ellos una realidad básica se carga de especulaciones geográficas con fuerte componente fantástico, y que durante más de dos siglos produce obras y escritos que culminan con la obra del Cronista y Comógrafo mayor de Indias Juan López de Velazco, que en 1754 compuso su *Geografía y descripción universal de las Indias*, que dice, por ejemplo y entre otras aberraciones, *"… ciento cincuenta leguas de la laguna de los Quiloaces*[72] *entra en el río de la Plata el río que llaman Paraná, que tiene sus corrientes de hacia el norte y tierra del Brasil en el cual entran por el por la parte del oriente cinco buenos ríos..."*, entre los que se cuenta el Paraguay.

Dos de las cartas de Pedro Dorantes (Levillier, 1915, I: 73-82; 91-94), escritas en 1542 y 1545 aportan datos de valor. Igualmente una serie de memoriales iniciados en 1545, de los que Cardozo (1979: 125) cita catorce distintos, entre los que se destacan los de Hernando de Ribera (1545), del hermano Antonio Rodríguez (1553) y los de Juan de Salazar, producidos entre 1553 y 1556. Más tarde aparecen los memoriales de 1556 u ulteriores, otros catorce según el mismo autor citado precedentemente, incluyendo los de Francisco de Villalta (1556), de Jaime Rasquín (1556-1560), de Juan Sánchez de Vizcaya (1559?), Hernando de Salazar y Nuflo de Chaves (1559), y numerosos testimonios ulteriores. A ellos corresponde agregar los aportes que aparecen incluidos en las grandes series documentales de las colecciones de García Viñas y las de Blas Garay.

El tema aparece también tratado en obras impresas de más largo aliento, como los *Naufragios y Comentarios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y la *Warhaftige Historia*..., de Hans Staden, escrita en 1757, aunque esta última es sólo una referencia marginal, más etnográfica que histórica para el área del río Paraguay.

[71] El manuscrito permaneció enteramente ignorado hasta su hallazgo por Laguarda Trías, y ni siquiera aparece citado en obras como la de José Pulido Rubio, quien aporta una biografía de Alonso de Chaves en su *El Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla* (1950).

[72] Situada dicha laguna, según Chaves, referido por R. Laguarda Trías (1959: 378), a "*… siete leguas* [aguas arriba] *de Carçarana (=Carcarañá) está un estero que se llama de los Quiloaces, que otros dicen río de Timbues o de Janaes, que arriba se dijo de Chanaes", posiblemente correspondiente a la desembocadura del río Salado en el Paraná.*

Al aproximarse el fin del siglo XVI se acumulan profusamente nuevos testimonios escritos, la mayoría de ellos de breve extensión y con desparejo valor historiográfico, algunos de considerable importancia en lo atinente al río, a su navegación, su exploración y a los sucesos acontecidos en sus orillas y, especialmente en este período, a los nuevos asentamientos y fundaciones. Se destacan, por ejemplo, los informes de Hernando de Montalvo, producidos entre 1576 y 1599. Toda esa disponibilidad testimonial motivó la aparición de gran número de obras de recopilación o ediciones críticas en base la presentación de documentos originales, que tuvo lugar especialmente entre 1880 y 1930, tarea de la que fueron ejecutores eruditos y polígrafos como Martín Fernández de Navarrete, Bartolomé Mitre, Samuel A. Lafone Quevedo, José Toribio Medina, Manuel Ricardo Trelles, Marcos Ximénez de la Espada, Blas Garay, Paul Groussac, Roberto Levillier, Enrique Peña, Eduardo Madero, Manuel Domínguez, y otros no menos destacados.

Posteriormente a esa fecha continuaron los aportes de hallazgos de nuevos escritos y documentos, con aportes de Guillermo Furlong, Enrique de Gandía, José Torre Revello, Raúl A. Molina, Rolando Laguarda Trías, Roberto Quevedo[73], entre otros, pero aún no se ha escrito la gran compilación crítica y comparativa del acerbo disponible de relaciones, testimonios, memorias y cartas del siglo XVI, trabajo monográfico de gran envergadura para quien lo emprenda, cuyo análisis correlativo con la evolución de la cartografía arrojaría nueva luz en esa densa historia acontecida sobre o en relación con la vía fluvial que motiva esta comunicación.

El empresario y comerciante portugués Lope Vázquez Pestaña, 1587[74]

Se debe al historiador argentino Raúl A. Molina (1965) el haber dado a su conocer la *Relación de Indias Occidentales y del Mar del Sur*, firmada por López Vaz, y que corresponde al marino portugués Lope Vázquez Pestaña, y es una de las dos memorias que el mismo escribió, a solicitud del corsario inglés Robert Whithington, quien lo capturara, junto al piloto Periáñez en 1587, llevándolos hasta el puerto brasileño de Bahía, donde ambos lusitanos lograron huir, arro-

[73] Entre los que deben contarse los aportes documentales de la Comisión Oficial del IV° Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936, particularmente su tomo I, aparecido en 1941, que concentra los aportes histórico-geográficos.

[74] Entre la muerte de Ayolas en 1540 y la navegación de Lope Vázquez Pestaña, transcurre casi media centuria. La misma aparece cargada de hechos históricos, de actividad fundacional y de afirmación del dominio de "la puerta de la tierra", centrada en las personalidades de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y, fundamentalmente, de Irala, fallecido en 1556, pero si bien el río es el protagonista velado, el manifiesto es ya el Paraguay naciente. Por eso, en esta revisión, se efectúa un salto hasta este testimonio, debido a su interés como hito en el proceso de la asimilación europea a la nueva tierra y porque es una de las primeras reseñas generales acerca del proceso descubridor. El autor difícilmente pudo conocer el relato de Ulrich Schmidl, publicado por primera vez en alemán en 1567, y en latín en 1599, o cualquier otro escrito precedente que no fuera de carácter puntual.

jándose al mar en un descuido de sus captores, y nadando hacia la costa. En la *Relación*, ya citada precedentemente, se da a conocer detalles de un viaje por el Plata y una estadía en Asunción. Narra su viaje e impresiones, refiriéndose primero al Plata: "*el primer español que penetró en sus aguas y pobló sus márgenes fue Solís quien se internó 100 leguas arriba*[75] *y lo bautizó con el nombre de Río de la Plata, posiblemente por que sus aguas son claras y transparentes, ya que no he oído hablar de ningún hallazgo de plata en el lugar. El citado Solís, regresó a España*[76] *sin repetir las exploraciones*". Después se refiere a Caboto: "*otro capitán llamado Sebastián Caboto, penetró, no obstante, 150 leguas aguas arriba y construyó un fuerte que existe aún; dejo allí sus naves y continuó explorando en pequeñas pinazas, hallando muchos indios, todo a lo largo de su recorrido, pero como no halló ni oro ni plata, ni nada de gran valor, retornó a sus naves y regresó a España*". Con respecto a la Asunción, a la que llama "la Ascensión", dice: "*los españoles* [de la expedición de Pedro de Mendoza] *que remontaron el río recorrieron trescientas leguas y hallaron el país lleno de indios que tenían gran abundancia de provisiones y entre quienes los españoles convivieron amistosamente, hasta el punto que los indios les dieron sus hijas en matrimonio y, juntos, habitaron en una única población que los españoles llamaron la Ascensión, situada en el N. del río. Estos españoles permanecieron veinte años en el lugar sin que en España se conociera el hecho, pero acercándose a la vejez y temiendo que a su muerte los muchos hijos que habían tenido en el país vivieran sin conocer a otros cristianos, decidieron construir un barco entre ellos y enviar noticias a España, con cartas para el rey en que se relataban todos los sucesos acrecidos en ese lugar. Recibidas las noticias por el Rey, envió éste tres naves, con un Obispo y ciertos sacerdotes y frailes, y más hombres y mujeres para que poblaran, con toda clase de ganados; cuando esta expedición de socorro llegó, poblaron dos lugares más al N. del río y recorrieron 300 leguas más allá de Asunción*[77] *y, no hallando ni oro ni plata regresaron nuevamente a Asunción. La gente se ha multiplicado tanto en esta ciudad que en la actualidad es una de las mayores de la Indias y contiene más de 2.000 casas. Las tierras adyacentes son extraordinariamente fructíferas, abundando las vituallas de toda índole y el azúcar y el algodón*".

Lope Vázquez Pestaña fue un activo, emprendedor y acaudalado comerciante portugués que casado con una dama peruana, centró sus actividades en el Río de la Plata. Molina (1956: 6) lo considera como "*… dotado de grandes conocimientos geográficos que aprovechó singularmente en sus viajes, se dedicó al comercio en cuyas actividades debió alcanzar sólida posición económica y el título de capitán que*

[75] El dato es erróneo, Solís apenas si había traspasado los umbrales del estuario cuando halló la muerte.
[76] Nótese este otro grosero error con respecto a Juan Díaz de Solís.
[77] Si bien en la presentación del texto de Molina se usa el nombre de Ascensión, en este caso y en el que le sigue pasa a ser Asunción.

ostentaba le hizo ocupar una posición distinguida que le valió la amistad y confianza de las personas más destacadas de los pueblos y ciudades que frecuentaba". Los fragmentos de su *Relación* que se han copiado precedentemente, dan cuenta del estado del conocimiento dominante en un momento de gran interés, como lo es el de la que puede ser considerada como la segunda (o, tal vez tercera) generación del poblamiento y colonización. Don Lope, que posiblemente habría nacido cerca de la mitad del siglo XVI, todavía seguía activo en 1607, año de su radicación como destacado vecino en Buenos Aires. El análisis de su *Relación* muestra una mezcla de realismo con fantasía, posiblemente fruto del conocimiento de los sucesos por tradición oral exclusiva, pues en ese año de 1587 en que escribió no disponía de material escrito, excepto del que pudiera existir en el archivo asunceno y en el de la incipiente Buenos Aires, refundada en 1580, a los que difícilmente pudo haber acudido en su vida andariega y agitada.

Ruy Díaz de Guzmán

Fue el pionero de la historiografía, más que *"de la Argentina"* como dice Eugenia Molina (1998: 135), de toda el área del Plata, como bien lo consignara Alberto M. Salas (2001). Fue criticado duramente por Groussac, y sucesivamente alabado y discutido por sucesivos autores. Recientemente publicó Roberto Quevedo (2001a, b) su cronología y vida, con gran aporte documental.

Escribió Ruy Díaz de Guzmán los *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, conocidos también como *La Argentina*, en el año 1612 (Gandía, 1974), o al menos, culminó por entonces la redacción de su obra. Sus *Anales* se inician en 1530, año en el que bien señala el autor citado, "*nada sucedió en el Río de la Plata"*, aunque podría referirse al fin de la expedición de Caboto, puesto que para él comienza entonces la conquista. Establece en 1512 el descubrimiento inicial del Río de la Plata. La carta geográfica que acompaña la edición original de la obra puede remontarse aproximadamente al período 1600-1612 (Molina, 1956: 89), y es muy detallada en cuanto a la representación de los cauces menores subordinados, las islas y otros accidentes geográficos, aunque desproporcionada y con escaso ajuste a las reglas cartográficas, pero su mérito es ser fidedigna por el conocimiento personal del autor con respecto a la zona recorrida. La ya citada Eugenia Molina llama la atención sobre la difícil ubicación de Ruy Díaz de Guzmán, quien no es ni un cronista oficial delegado por la corona para tal función, ni un "historiador de Indias", conquistador,

misionero o indígena. Tal planteo ya lo habían hecho previamente Cassani y Pérez Amuchástegui (1968: 120), y Molina lo resuelve considerándolo como un "cronista colonizador".

En el curso de su obra, Guzmán, se refiere circunstancialmente al río, y en su capítulo IV, vuelca sus consideraciones hidrográficas sobre el área general del Plata, dedicando unas páginas al río Paraguay, con predominio de las consideraciones etnográficas y sin elucubrar acerca de sus fuentes. A lo largo del resto de la obra expresa, en cierta forma indirecta la crónica del desplazamiento progresivo de eje geopolítico de la conquista, fundación y ordenamiento administrativo, que a lo largo del período estudiado por Guzmán se trasladó del eje Paraguay- Paraná hacia el noroeste preandino, por obra de la confluencia y de los contactos conflictivos entre las corrientes descubridoras, conquistadoras y pobladoras del Río de la Plata y del Perú, con ventajas crecientes para esta última. También da testimonio de la mediterraneización progresiva del Paraguay, que se concentra sobre su eje fluvial al fracasar los proyectos de afianzamiento en el litoral atlántico, e incluso los de proyectar la jurisdicción asuncena hacia el alto curso del río Paraguay. Lo hace en estilo sobrio, casi impersonal, sin asomo de creencias supersticiosas, mágicas o de fantasía.

La visión precedente, aunque incompleta y salteando etapas, y también muchos valiosos elementos de juicio que extenderían desmedidamente el texto, pretende sistematizar la historia biográfica del río en su última etapa, considerando un período inicial agitado, de toma de posición física del ámbito fluvial, a través de la cual se puede asistir a la creación de una mentalidad centrada en el posicionamiento sobre el río y en la comunicación a través del mismo como ejes centrales del acontecer regional. A través del río como elemento vector y nutricio de las nacionalidades y localismos en evolución, se expresa en ese primer período toda la agitación y las convulsiones del asentamiento de un mundo sobre otro y su simbiosis. Esa es la característica del siglo XVI local y se continúa, ya en un proceso de aquietamiento, en las primeras décadas del XVII.

El siguiente período, con más de un siglo de duración, es de gestación interna, de maduración y de relativo silencio histórico, al menos en cuanto a grandes acontecimientos o convulsiones. Durante el mismo, España se desposesiona, casi voluntariamente, de la cuenca superior del río Paraguay, y la tenacidad de la penetración portuguesa configura progresivamente un nuevo panorama de repartición territorial, que eclosionará recién hacia 1750, con el Tratado de Límites, cuando la realidad de la posesión efectiva consagre una frontera entre ambas potencias coloniales por la cual el río antes español, ya será un curso compartido con

los portugueses: "*… el tratado de límites de 1750 no hizo más que sancionar la pérdida de varias zonas paraguayas"* (Acevedo, 1996: 14).

Se inicia un nuevo período que arranca con tres hitos básicos: el tratado de límites de 1750; la expulsión de los jesuitas, en 1767; y la creación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776. El papel del río Paraguay en esta etapa se torna múltiple: por un lado es la frontera relativamente eficiente ante las etnias chaqueñas que pugnan y acosan a los asentamientos hispano-criollos de la costa oriental. Acevedo, en la obra mencionada, repite palabras del gobernador Pinedo en carta al Rey de 1773, señalando que el Paraguay se halla acorralado por "*más de doce bárbaras naciones que incesantemente la afligen, deteriorando sus haciendas... y causando muertes"*, y como sigue exponiendo ese autor, el cabildo de Asunción afirmaba que desde 1772 la Provincia estaba: "*en la mayor consternación... por... las continuas hostilidades que en ella frecuentemente practican los indios infieles que habitan el gran Chaco".*

Por otra parte, el río Paraguay sigue siendo la gran avenida de salida y entrada de productos locales. Por ella salen las maderas, a veces bajando en jangadas o armadías hasta el río Paraguay, por el curso del Tebicuary. También salen la yerba, el tabaco y los productos mayores de la ganadería, como los cueros y crines. Pero ese transporte se complica y surgen las alcabalas y aduanas internas del virreinato, en Santa Fe, sobre el río Paraná, por ejemplo, que sumadas a las restantes exacciones, como las de la Real Renta del Tabaco, encarecían los productos y reducían al mínimo las ganancias, llevando a situaciones como el endeudamiento generalizado de la clase productora y comercial asuncena ante la burguesía comercial porteña (Saguier, 1993), factor cuyo peso en la segregación del Paraguay de las Provincias Unidas en 1811 aún no se ha evaluado adecuadamente. Es decir, al complicarse la burocracia colonial se centra en el río un proceso de "domesticación" tributaria, exactiva y deletérea para la economía paraguaya. Una especie de bloqueo prematuro de la navegación, con respecto al que en el siglo XIX impondría la tiranía porteña de Juan Manuel de Rosas.

Por el río ascienden siempre las órdenes para la movilización y aporte de tropa por parte de la metrópoli virreinal. El último contingente enviado desempeñó un papel importante en la resistencia antes las invasiones inglesas de 1806 y 1807 en Buenos Aires y en la Banda oriental (Pérez Acosta, 1937).

La biografía del río Paraguay entra en un nuevo capítulo después de la Independencia. Es una historia densa y llena de alternativas que alcanza en lo político-militar hasta la posguerra inmediata de 1870. En lo económico y geopolítico regional tiene alternativas en las que inciden las vicisitudes del tráfico fluvial, las modalidades del transporte antes y después de la construcción del ferroca-

rril Santos-Cuyabá, que terminó con la circulación interna fluvial hacia el Mato Grosso por parte del Brasil, a través del río Paraguay. Culmina en el siglo XX con la densa trama de manejos geopolíticos, comerciales y de relacionamiento diplomático regional rioplatense (Cardozo, 1961; Ensinck, 1978; Brezzo y Figallo, 1999, entre otros).

El nombre del río

Un desconcierto toponímico, del mismo tipo que el cartográfico, subsistió también durante mucho tiempo, y rondando la fantasía abarcó a numerosas obras clásicas de las letras coloniales, entre ellas, a *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales. Islas de Tierra Firme y Mar Océano*[78] del erudito nacido en Lisboa y residente en América colonial, en la Argentina y en el Perú, Antonio de León Pinelo, publicado en 1656, quien siguiendo a Martín del Barco Centenera, apela a la mitología, identificando al Río de la Plata -en sentido amplio, abarcando hasta el Paraguay- con el *Phisón* bíblico[79], y es cronológicamente el segundo –después de Joseph de Acosta, en 1590- en mencionar con cierta extensión las periódicas inundaciones que, como veremos, caaracterizan el comportamiento multianual del curso del río Paraguay, cuando lo describe como *"… inmenso en aguas, peregrino en inundaciones y crecientes que cubren las tierras..."*.

Otro tema es el del nombre original asignado al río, topónimo que las primeras crónicas, memorias y cartas extienden, en forma en general confusa y variable[80], al curso del Plata-Paraná, entendido como la gran vía acuática rectilínea que se diri-

[78] Antonio de León Pinelo (1590-1660) supuso que el Paraíso Terrenal estuvo situado en el centro sudamericano (Continens Paradisi), y los cuatro ríos bíblicos que concurrían a él eran el Amazonas, el Magdalena, el Orinoco y el de la Plata, concebido este último en sentido abarcativo, con el Paraná y el Paraguay. En la edición póstuma de esa obra, de Lima, 1943 (Publicada por Raúl Porras Barrenechea en dos volúmenes), aparece ilustrado un mapa del Edén realizado por Sobrino, en el que el gran río, que llega hasta el Paraguay, se denomina Fluvius argentinus, uso en el que –según Rosenblat (1964: 37) sigue al P. Juan Eusebio Nierenberg cuando en su Historia Naturae máxima peregrina (Amberes, 1635) dice: "... *flumen quod De la Plata, sive argenteum dicitur*…".

[79] Génesis, 2, 11: Phison, Pison o Pisohn. Al respecto de su identificación, se han formulado hipótesis que lo asocian al Indo, e incluso a alguna sección del Eufrates (Asimov, 1988). El Phison rodeaba la tierra de Evila, "… *donde abunda el oro..., bedelio y ágata*". El sistema fluvial bíblico de Edén estaba compuesto por un río que se partía en cuatro brazos, por ello no halló León Pinelo mejor ejemplo de ese modelo que los grandes ríos americanos, cuyo origen asociado en el seno, entonces misterioso, del continente, se suponía común en muchos casos de la cartografía corriente del siglo XVI y XVII.

[80] Da cuenta Levillier (1948, I: 3) de la variación, mal uso de la nomenclatura, confusión y trasposición equivocada de sitios cometida por los cartógrafos del siglo XVI, que se prolonga largamente en el siglo siguiente y que recién hacia el comienzo del XVIII adquiere cierta fijeza y constancia, con tendencia a su expresión actual. Esa situación derivó no sólo de la dificultad de consulta de muchas fuentes y del hecho de que los cartógrafos actuaban secundariamente a los exploradores y con conexión a veces indirecta con ellos, sino también por la deformación intencionada de las cartas geográficas, la duplicación de topónimos y la confusión deliberada con el fin de justificar prioridades de descubrimiento, de acceso, o de posesión de hecho, de territorios fronterizos o controvertidos. Incluso la denominación de Río de la Plata fue usada, en el siglo XVII, en forma confusa, hasta para designar al río Pilcomayo como sucedió con el peruano Fray Francisco Antonio Montalvo en El Sol del Nuevo Mundo (Roma, 1683, cap. 1, libro 2; en una biografía de Santo Toribio de Mogrovejo), puesto que ese curso pasa cerca de la ciudad de Chuquisaca o La Plata (Lozano, 1941: 28).

gía hacia el norte, es decir, el eje Paraguay-Paraná. Aparece así la designación como río Jordán (a partir de la cartografía postvespuciana), y más tarde y según algunas interpretaciones, como la de Madero (1939) y la de Furlong (1962) la del río "Aos", como figuraría en la Memoria de Diego García de Moguer de 1527, cuya significación discute nuevamente Furlong (1962)[81].

Resulta claro que hasta la cuarta década del siglo XVI la identificación de las distintas secciones geográficas del curso que asciende hacia el norte buscando el centro continental, son aún imprecisas y dependientes de la designación de la desembocadura atlántica, es decir del actual río de la Plata, para el que hubo escaso acuerdo en un comienzo. Por ejemplo, el primitivo nombre del río descubierto por Solís fue el de Santa María, como dice Levene (1970: 63).

La *Carta* de Ribero (igual que el *Planisferio* de Weimar de 1529 y el de Roma) denomina Río del Paraguay al eje fluvial en su totalidad. Ya en 1531 hay una correcta individualización en los medios oficiales españoles de la entidad de las distintas secciones del gran eje fluvial. El 27 de mayo de ese año Carlos V envió desde Evora al Consejo de Indias el texto de un *Requerimiento* al Rey de Portugal, que afirmaba que marinos españoles habían permanecido en el área durante tres años *"... i más en los Ríos de la Plata, de Paraguay y Paraná y las t[ie]rras adentro, poseyéndolo todo por S. M. i hicieron una fort[ale]za i se vinieron por falta de gente i vituallas con intento que S. M. neviara nueva armada…"*, tras lo cual requería al monarca portugués que "*… no enbie a d[ic]hos ríos ni sus t[ie]rras, i mande a todos sus subditos no entren en d[ich]as t[ie] rras i Ríos i si ubieren entrado se salgan i dejen para S. M. lo q[ue] allí hubieren hauido por rescate o en otra forma…"*[82].

Sin embargo, a pesar de la perduración por más de un siglo de la denominación general y unificada, ya sea como río de la Plata o *flumen argenteum* en latín clásico, o *argentium* en el que Rosenblat llama "*latín peruano"* de León Pinelo, ya García de Moguer (en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, 1945) y Luis Ramírez (*Carta…*, de 1528, en Madero, 1939), usaban la denominación río Paraguay, y a veces sin definir claramente si se trataba del actual o abarcaban también al Paraná. Así aparece, por ejemplo, en la carta de Ribero (tanto el Planisferio de Weimar, de 1529 como el de Roma) donde se denomina "*Río del Paraguay*" al eje fluvial en su totalidad.

[81] Esta nomenclatura depende en cierta forma de la versión paleográfica considerada, puesto que en la versión de Fernández de Oviedo y Valdés (1945: 279) dice –con dudas- "el Río de Laos". Furlong (1962) no tuvo en cuenta que el asunto ya estaba esclarecido desde 1942 por R. Laguarda Trías (en: Un error paleográfico. El pseudo río Aos, Historia, Montevideo, Nº 5), donde establece que la verdadera lectura es "Aques", una forma corriente de abreviar Jacques, en alusión al navegante Cristóbal Jacques, cuyo nombre aparece aplicado a una isla del estuario del Plata, por ejemplo, en el Islario de A. de Santa Cruz, nombre abreviado que también provocó otras confusiones toponímicas (Laguarda Trías, 1959: 387).

[82] Tomado de Zapata Gollán (1973: 26), y es parte del Requerimiento q[ue] el Emperador envió al Consejo de Indias para que se hiciera al Rey de Portugal, Evora, 27 de mayo de 1531; en Colección Muñoz, Indias, 1531-1533, Tomo 39, Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, Sig.A./106.

La fijación cartográfica definitiva, vacilante en un comienzo, del nombre de Río de la Plata se estableció con el mapa de Agnese en 1536, y puede atribuirse a Diego García de Moguer la distinción clara de los tramos de la gran vía hidrográfica, con la individualización del Río Paraguay, y así será distinguido en el futuro, como ya aparece, por ejemplo, en la anteriormente referida obra inédita de Alonso de Chaves de 1533, por más que las confusiones en la nomenclatura subsistirán en los textos y en la cartografía hasta bien entrado el siglo XVII, e incluso aún más allá.

También se usó la denominación Paraguazú, como aparece en el título del Capítulo XI, libro V, de la mencionada obra de Antonio de León Pinelo, que reza: *Descripción del Río de la Plata, Argentino o Paraguazú, y se inicia con estas palabras: "El gran Río de la Plata, que con voz latinizada algunos llaman Argentino, ocupa el segundo lugar entre todos los de las Indias, y del universo...".*

Sarmiento de Gamboa (1950: 103) en la relación de su viaje de 1579-1584 dice en un párrafo, aludiendo al río: "*… se huyeron en una canoa y se metieron el río arriba de la Plata, o Paraguay, que se llama…".* En una rara y primigenia obra geográfica, publicada en Venecia en 1576, *L´universale fabrica del mondo o vero cosmografía divisa in quattro trattati,* Johannes Lorenzo D´Anania denomina "*fiume dell´Argento"* a todo el curso del Plata-Paraná-Paraguay.

Esa denominación se mantendrá todavía hasta el siglo XVII, compartida alternativamente con la de Paraná aplicada a todo el curso, como aparece, por ejemplo, en la carta *Nova et exacta delineatio Americae partis Australis...*, de Levinus Hulsius, inserta en la edición de la relación de Schmidl de 1599, reproducida modernamente, entre otros, por R. B. Cunninghame Graham (1923) y en la edición de Schmidl de 1993, en la que el curso total del río, desde su boca hasta los Xarayes, se denomina *Río de la Plata sive Paraná o simplemente Paraná.*

Entre las etimologías caprichosas supuestas para el topónimo actual, dice Lozano (1941: 32): "*Paraguay quiere decir río coronado, en la lengua de los Guaranís",* opinión emanada de Montoya, en la que coinciden del Techo, Charlevoix, Dobrizhoffer y otros. Gandía (1929: 84, 85) y Deletang (1926), analizan la historia del topónimo, que es larga y controvertida. Se destaca en la misma la opinión de Manuel Domínguez, que interpreta Paraguay como "*río (y) de la tierra (gua) de los papagayos o grandes loros (Paracáu)*", basado en el globo de Schöner (1529) en el que anota "*America vel Brasilia sive Papagalli Terra"* (América donde está el Brasil o sea la Tierra de los Papagayos. Paul Groussac cree que significa *"río como mar"* y Deletang discute otras improbables procedencias, entre ellas la de un hipotético cacique Paraguá[83].

[83] Opinión original de Rudolf Endlich, 1900, en: Zur Etymologie des Wortes "Paraguay". Globus, Braunschweig, vol. 77, Nº 12.

El río en la vida paraguaya y sus fluctuaciones históricas

El río Paraguay ha desempeñado históricamente y desempeña un papel fundamental en la vida humana en sus orillas y en su zona de influencia. Además de las ventajas estratégicas, de comunicación y transporte a las que da lugar, la vía de agua resulta atenuadora climática de los cambios naturales extremos, y ofrece una regularidad en sus crecientes y estiajes a la se ha adaptado la vida local, satisfaciendo una de las que Ralph Linton[84] considera como necesidades básicas humanas: la de seguridad y predictibilidad a largo plazo. El ritmo anual de las aguas marca, una cadencia de fondo para el acontecer cultural, ante la cual el ajuste extremo a las condiciones ecológicas locales ha sido la forma de vida histórica característica de las culturas ribereñas exclusivas, tales como localmente lo fueron las antiguas de los *yvy chovi* y las más modernas de los payaguás[85] y de los agacés.

A pesar de que básicamente se trata de un comportamiento cíclico, el universo dependiente del río no ha tenido la regularidad newtoniana que exigiera el determinismo causal reinante en la mentalidad premoderna[86]. Por eso, las bruscas inrrupciones de grandes crecientes o episodios desusados de sequía acompañados por una bajante extrema de las aguas, tenían, para la capacidad de comprensión de la época, entidad independiente de la naturaleza del río, y por eso se trataba de paliarlas mediante procesiones, rogativas o conjuros, puesto que el orden de la creación no podía incluir alteraciones si no era por causas sobrenaturales, sobrepuestas pero no confundidas con dicho orden natural.

Los testimonios y los documentos que registraron esa forma de respuesta interpretativa humana ante las situaciones catastróficas constituyen actualmente una de las fuentes mayores de información histórica acerca de los acontecimientos del río en el pasado, pues quedan registros de ceremonias, rogativas y actos tendientes a exorcisar o atenuar los acontecimientos anómalos, dispersos en actas capitulares, cartas anuas, correspondencia personal y referencias de viajeros. Así pudo, por ejemplo Romualdo Ardissone (1937) elaborar, en base a los datos extraídos de las actas contenidas en los cuarenta y siete volúmenes de los *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, publicadas por el Archivo General de la Nación de la Ar-

[84] Ralph Linton: Cultura y personalidad, Breviarios 145, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-157, 1969.
[85] Véase una síntesis muy clara al respecto en Fernando Márquez Miranda (1941) y en Agustín Zapata Gollán (1968).
[86] Para Ian Hacking (1991), recién a comienzos del siglo XX, especialmente después de los trabajos de Francis Galton (1822- 1911) comenzó a percibirse con cierta claridad la existencia de condiciones en cierta forma regulares en una serie de acontecimientos naturales antes desconcertantes o inoportunos y hasta entonces considerados completamente azarosos, los que sólo serían inteligibles en el contexto de su inserción en la realidad, si se lograba expresarlos en términos probabilísticos. Según ese autor: "*… al terminar el siglo* [XIX] *el azar había alcanzado la respetabilidad de un mayordomo victoriano dispuesto a servir lealmente a las ciencias naturales, biológicas y sociales*".

gentina[87], una reconstrucción aproximada de la pluviometría en la zona de Buenos Aires, desde 1589 hasta 1821. Destaca Ardissone que los datos más abundantes no son aquellos referidos a las consecuencias materiales de los acontecimientos, sino los atinentes a su prevención o disuación emanados de quienes solicitaban a las autoridades, tanto religiosas como civiles, que efectuaran las correspondientes rogativas "*ad pretendam pluviam*". Se han hallado también solicitudes de la autoridad religiosa a la civil para asegurar su asistencia a novenarios al efecto "*decididos espontáneamente*".

El rasgo esencial de las interpretaciones antiguas del comportamiento fluvial reside en la falta de noción –y por ende, de preocupación al respecto- por la posible existencia de un ritmo o periodicidad en la aparición de las anomalías que se reflejan históricamente, ya sea en sequías (1879) acompañadas fuertes estiajes o en inundaciones a raíz de las grandes crecientes.

En cuanto a las alteraciones más o menos catastróficas del régimen fluvial, todas las descripciones o simples noticias se limitan a informar acerca de las mismas, pero no tratan de caracterizar al río a través de ellas. Por eso es tan meritorio el primer aporte al que es posible denominar sistémico[88], efectuado en 1905 por un estudioso paraguayo, José Segundo Decoud[89] dado que es el primero y prácticamente el único autor[90] que intentara sistematizar el estudio de las crecientes periódicas. La trascendencia de ese trabajo –publicado originalmente en un diario asunceno[91]- fue tal que mereció ser reeditado en el prestigioso *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (Decoud, 1905). Sin embargo, y tanto en la Argentina como en el Paraguay, y su contribución no fue objeto de la debida atención por parte de quienes ulteriormente se ocuparon del tema[92], perdiéndose así una valiosa fuente de información y el inicio de una línea de estudio que pudo haber tenido gran trascendencia interpretativa y preventiva.

[87] Acuerdos de Extinguido Cabildo de Buenos Aires: la primera edición fue municipal y la dirigió el historiador Vicente Fidel López, apareció entre 1886 y 1891, constando de seis volúmenes. La segunda fue realizada por el Archivo General de la Nación, apareciendo entre 1907 y 1934. La serie I comprende los Tomos I al XVIII (1589-1700); la segunda del Tomo I al IX (1701-1750); la tercera serie del Tomo I al XI (1751-1800); la cuarta y última serie del Tomo I al IX (1801-1821), totalizando 47 volúmenes.

[88] En el sentido de considerar al río como un sistema en el que sus características, tanto las regulares como las anómalas contribuyen a su definición. Este es un giro epistemológico radical en la concepción hidrográfica y tardará en ser asumido por completo, pues una serie estudios ulteriores, si bien ganan en profundidad y riqueza descriptiva, todavía no asimilan por completo el concepto de la que paradojalmente podría denominarse la "regularidad de la irregularidad", es decir, la definición probabilística de la anomalía en el contexto de un sistema oscilante, dotado de "pulsos".

[89] José Segundo Decoud (1848-1909), aunque abogado de profesión, fue hombre de profunda y amplia cultura. Llegó a destacarse como literato y periodista y tuvo una trascendente vida política, desempeñando funciones judiciales y ministeriales.

[90] Nótese, por ejemplo, que aportes tan modernos como el de Roberto Luis Céspedes y Luis Silvio Ríos (1985), a pesar de su riqueza puntual en el tratamiento del tema, no incluyen en su planteo la dimensión histórica del fenómeno de las inundaciones ni su vinculación con factores macroclimáticos globales.

[91] El Cívico, Asunción, 5 de julio de 1905.

[92] Especialmente los interesantes trabajos de Enrique A. S. Delachaux (1906a, b) y de Luis Tossini (1942).

José Segundo Decoud (1905) intentó por primera vez establecer una periodicidad en el fenómeno de las crecientes, y tomando como base datos procedentes del funcionario Ojeda, de las memorias de Madame Lasserre de Duprat, del naturalista español Félix de Azara, del geógrafo francés L. Alfred Demersay y del marino francés E. Mouchez, menciona elevaciones periódicas del nivel de las aguas del río Paraguay siguiendo ciclos de grandes crecientes con intervalos mínimos de veinte años y máximos de veinticinco[93]. El hecho de las crecientes, con o sin inundaciones asociadas, en el territorio paraguayo adyacente o sometido a la influencia del valle aluvial del eje potámico Paraguay-Paraná, ha sido reconocido de larga data, pero se trata de información puntual y en general ocasional o colateral, asentada en documentos, cartas, escritos o relaciones, de modo que la metodología necesaria para el esclarecimiento del tema resulta básicamente historiográfica –tal como la encaró Decoud- pero, a su vez debe acompañarse con un permanente examen de los acontecimientos climáticos históricos del resto del continente, que en algunas regiones críticas –especialmente las vinculadas en forma directa a las oscilaciones climáticas más significativas- comienzan a contar con una extensa literatura expositiva o interpretativa, que ya es capaz de proveer un contexto imprescindible para el análisis de la historia ambiental paraguaya. En ese sentido, la mayor parte de las fuentes locales permanecen aún muy escasamente exploradas y falta todavía realizar exhaustivamente el seguimiento documentado del tema a través de fuentes puntuales, siguiendo, por ejemplo, el modelo de lo que realizara en la Argentina Romualdo Ardissone (1937), según se mencionó precedentemente.

El fenómeno climático de "El Niño"

Se trata de la expresión más perceptible de un fenómeno climático de carácter global, periódico y recurrente, que se manifiesta inicialmente en la costa norte del Perú, sobre el océano Pacífico, pero ulteriormente adquiere repercusión generalizada en todo el Hemisferio Sur, y que ha sido denominado históricamente "El Niño"[94]. La primera manifestación objetiva es un inversión

[93] Coincide esta apreciación con la de investigadores que años después reiteraron esa periodicidad como una forma de primera aproximación al complejo problema de las crecientes recurrentes en el eje potámico Paraguay-Paraná. Así, dice Eliseo Popolizio (1977): *"las crecientes excepcionales, que por lo que hasta ahora sabemos se repiten cada cuarto de siglo aproximadamente…"*.

[94] El Niño: la denominación, originalmente popular y luego transmitida a la nomenclatura científica, se debe a la regularidad calendaria con la que el fenómeno se pone en evidencia en las costas americanas del Pacífico. Como aparece hacia fines de diciembre ha sido bautizado así por "el niño Jesús" debido a su casi coincidencia con la Navidad. El más antiguo testimonio científico corresponde a C. N. Carrillo (Disertación sobre las corrientes oceánicas, Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, 2, 1892), pero existen evidencias de su conocimiento –e incluso acerca de la formulación de predicciones utilitarias para regular los cultivos de papas- en tiempos incaicos precolombianos (Julliet Leclerc, 2000).

térmica en las aguas superficiales del océano en latitudes ecuatoriales muy bajas (generalmente entre los 5º norte y los 5º sur), con penetración de aguas cálidas hacia el sur, que desplazan las aguas frías de la corriente de Humboldt. Responde a razones geofísicas complejas[95] y sus consecuencias repercuten en forma directa sobre el clima, provocando selectivamente en distintas regiones continentales americanas, africanas y oceánicas, tanto sequías como precipitaciones anormalmente intensas. Además suele ser seguido por un acontecimiento inmediato y antagónico llamado "La Niña", durante el cual se experimentan en gran parte del área de influencia de El Niño efectos opuestos a los del fenómeno original.

Si bien la consideración científica generalizada del fenómeno de El Niño data de hace poco más de setenta años (Suzuki, 1973), hay datos previos acerca de existencia de anormalidades climáticas en diversas áreas continentales, en ciertos años y procedentes de diversos autores, los que no llegan a ubicar claramente la causa pero infieren su condición reiterativa, contándose la comunicación ya mencionada de Decoud (1905) entre las primeras, después de la del peruano Eguiguren (1894), aunque esta última incluye consideraciones oceanográficas imposibles en su época y su ámbito, para el autor paraguayo, que tan solo percibía la repercusión local del fenómeno y no su presencia original y causal en áreas muy lejanas de la costa peruana. Hacia 1930 ya era abundante la literatura científica aludiendo o describiendo la oscilación climática y sus efectos biológicos y catastróficos, especialmente en los países del Pacífico sudamericano, aunque sin percibir todavía con claridad su causa.

Paralelamente incrementó el conocimiento acerca de la llamada *"Pacificwide Southern Oscillation"* o simplemente "*Southern Oscillation"*, que afectaba periódicamente a Australia y otras áreas de Oceanía, pero recién en la década iniciada en 1960 se establecieron las relaciones entre ambos fenómenos, que pueden o no estar asociados en un acontecimiento de carácter global (Desser y Wallace, 1987) en el que ambas anomalías se potencian mutuamente y alcanzan una repercusión prácticamente universal (Díaz y Vera, 1992).

El concepto de "oscilación"[96] adoptado modernamente para el fenómeno de El

[95] El origen de las oscilaciones climáticas como la de El Niño o del Pacífico Sur, ha sido y es motivo de discusión entre climatólogos y geofísicos. Hay varias teorías, pero aún no se ha reconocido una causa determinante única. Posiblemente interviene un complejo de factores cuya conjunción desencadena los desajustes térmicos que finalmente provocan el fenómeno perceptible del calentamiento de las aguas costeras del Pacífico en el norte peruano. Al respecto, pueden consultarse –y se mencionan sólo para el interés especializado-, por ejemplo, Clara Desser y John M. Wallace: El Niño events and their relation to the Southern Oscillation: 1925-1986, Journal of Geophysical Research, 92 (13): 14.189-14.196, 1987; G. Philander: El Niño, La Niña and the Southern Oscillation, Academic Press, San Diego, pp. 1-283, 1990; Jaume Massons y Josep Camps: Del fuego al agua: el Niño y la Niña. Mundo Científico, Barcelona, (187): 59-65, 1998; Curt Suplee: El Niño, La Niña: nature´s vicious cycle, National Geographic Magazine, 195 (3): 72-95, 1999.

[96] Según el Diccionario de la Lengua Española (segunda acepción), el concepto de oscilar corresponde a "*crecer y disminuir alternativamente, con más o menos regularidad, la intensidad de algunas manifestaciones o fenómenos*".

Niño, se corresponde también, tanto desde el punto de vista ecológico, hidrológico y geomorfológico como desde el histórico (especialmente desde el punto de vista socio-económico), con el de "perturbación", es decir que aparece como un acontecimiento poco común, irregular en su intensidad, que causa cambios bruscos en las comunidades naturales y en los asentamientos humanos y desplaza sus condiciones de quasi-equilibrio (equilibrio balanceado) a condiciones estocásticas[97] imprevisibles, cuya magnitud y efectos dependen del monto energético[98] de la perturbación, pudiendo, en caso de intensidades extremas del fenómeno, no retornar a su condición inicial. En cuanto a la periodicidad de El Niño y a la antigüedad geológica de su instauración, aún hay discusión, pero el criterio más aceptado es que existe una periodicidad básica con reiteraciones que tienen una separación media de tres a cuatro años, y que el fenómeno se viene produciendo con certeza, por lo menos desde hace 160.000 años[99], y probablemente, por lo menos se habría manifestado desde el inicio del Cuaternario, es decir, desde hace aproximadamente tres millones de años. Esa periodicidad corresponde a las alteraciones térmicas del área crítica de las aguas costeras del Pacífico peruano-ecuatoriano, pero debe destacarse que los episodios presentan una escala de intensidades que va desde leve hasta fuerte y muy fuerte (Quinn y Neal, 1987). Recién con intensidades medias se perciben sensiblemente sus efectos, tanto locales como a distancia, sobre la vida marina, la fauna continental, la vegetación y las instalaciones y actividades humanas, y dichas intensidades se presentan con una periodicidad aproximada de entre siete y once años.

La oscilación climática de El Niño y su relación con los acontecimientos de crecientes y bajantes anómalas y de inundación en el valle aluvial del Río Paraguay

El primer problema conceptual y metodológico que se presenta para el tema del acápite es el de establecer si existe una correlación causal necesaria entre los episodios de El Niño y las crecientes de magnitud en el Río Paraguay y en su área de influencia. También cabe plantearse interrogantes acerca de la posible

[97] Equivale a aleatorias, pero dentro de la teoría de los sistemas inestables, y para el caso considerado, puede perfeccionarse la definición expresando que el sistema reemplaza las situaciones determinísticas derivadas del pulso anual de creciente-estiaje, por condiciones probabilísticas que fuerzan al máximo sus condiciones de equilibrio.
[98] Expresado en el caso del río Paraguay por el caudal de agua fluvial transportada por el curso y por el monto de la pluviosidad anormal de cada etapa catastrófica considerada en la cuenca imbrífera.
[99] Véase al respecto: El Niño, ¿viejo y regular?, Mundo Científico, Barcelona, (221): 9, 2001.

incidencia –y la cuantía de la misma, en caso de establecerse positivamente- de otros fenómenos globales sobre el régimen fluvial de la mencionada vía de agua. En cuanto a esto último, el único efecto general detectable, y que actúa en forma totalmente indirecta y hasta ahora sólo establecida sobre tendencias generales del clima y del medio ecológico, es el efecto del llamado calentamiento global[100].

Descartada la acción directa de otras causas, queda por analizar detenidamente el caso de la oscilación climática de El Niño. Como se verá en el análisis particularizado de los episodios conocidos de creciente, se puede concluir que existe una estrecha relación estadística entre las oscilaciones climáticas continentales –en última instancia de carácter hemisférico[101]- originadas a raíz del fenómeno de El Niño y los acontecimientos hidrológicos y geomorfológicos del valle aluvial y sus adyacencias. Es tan estrecha esta relación que puede decirse que el comportamiento global del clima continental incide en forma directa y muy especial en el valle de inundación del eje fluvial Paraguay-Paraná, y que el sector más comprometido como resonador directo de los efectos de las perturbaciones climáticas hemisféricas, es el del valle del río Paraguay, pues aguas abajo de la confluencia Paraguay-Paraná, se introduce la influencia de la cuenca superior del Paraná, con una dinámica hídrica relativamente más independiente del fenómeno de El Niño.

Los episodios mayores de creciente suscitados en el Paraguay –incluyendo algunos casos intrigantes, aún abiertos para investigaciones que establezcan su verdadero correlato estricto con el fenómeno de El Niño- tuvieron lugar como consecuencia de la aparición de perturbaciones generalizadas que alteraron el régimen de precipitaciones y el comportamiento hidrológico del extenso valle aluvial del río Paraguay, y las mismas responden, según las evidencias hasta ahora reunidas, centralmente a los episodios de El Niño.

Esa correlación no es necesaria y completamente biunívoca, pero adentro de la aleatoriedad general que presenta el funcionamiento climático del planeta Tierra, puede servir de base tanto para la formulación de estrategias defensivas ante las catástrofes naturales, así como para introducir en la investigación de los hechos del pasado una herramienta conceptual que arroje nueva luz en la descripción e interpretación de hechos históricos, al esclarecer el telón de fondo ambiental en el que sucedieron.

[100] Calentamiento global: se denomina así a la tendencia del clima mundial hacia un incremento progresivo de los valores medios de la temperatura, fenómeno que se está registrando en las últimas décadas, particularmente a partir de 1980 (Labraga, 1989).

[101] La propia denominación técnica de El Niño, "ENSO", siglas del "El Niño Southern Oscillation" da cuenta de su carácter hemisférico y austral, por contraste con la "NAO" (North Atlantic Oscillation) propia del Hemisferio Norte, e independiente en su presentación temporal, aunque puede resultar sinérgica y potenciadora con respecto a El Niño.

Problemas tales como la evanescente e intrigante geografía histórica del área conocida como de los Xarayes, ya señalada como surgida de la doble fuente, cartográfica por un lado, y de los escritos de cronistas como Herrera (1946), por otro, o incógnitas desconcertantes tales como la explicación de la llegada de la flotilla del Paraguay, en 1868, a su apostadero final en el área que es hoy el Parque Nacional Vapor Cué, cerca de Curuguaty, en el departamento Cordillera, desplazándose por una vía de agua como el arroyo Ihaguy, por la que en tiempos normales sería difícil navegar hasta con una canoa de cierto porte, alcanzan nueva luz esclarecedora a través de la introducción de la variable climático-hidrológica en su interpretación. Fueron episodios de creciente excepcional acompañados de lluvias inusitadas como las del bienio 1867-1868, los que abrieron una vía inesperada para facilitar el acceso a través del Manduvirá y el Ihaguy, por parte de embarcaciones de gran calado al que sería su heroico cementerio en agosto de ese trágico año.

Los episodios de megacreciente, como los de 1612 y de 1748, además de haber alterado significativamente la vida social e individual de la mayoría de los habitantes del Paraguay, deben de haber removido, arrasado y remodelado el paisaje de lagunas, islas y pantanos, tornando incierta su geografía. Esa inestabilidad del paisaje, tornada casi mítica, si se la encara bajo la óptica de una geografía meramente descriptiva y toponímica, fue la que motivó a María de Fátima Costa (1999) para escribir su bella obra histórica sobre "*un país inexistente*" en el actual Pantanal matogrossense.

Algunos aspectos históricos del conocimiento del fenómeno climático de El Niño en el último medio milenio

Se debe particularmente a William Quinn con sus colaboradores (1993), Quinn *et al.* (1987), José Rutllant Costa (1985) y Desser y Wallace (1987), el intento de reconstrucción a nivel intercontinental, y basados en referencias históricas, de una secuencia de acontecimientos periódicos de El Niño en los últimos cuatrocientos cincuenta a quinientos años. La investigación se basa en testimonios documentales de todo orden, y comprende relatos y diarios de viajeros, obras de historiadores, informes oficiales, actas de congregaciones públicas (cabildos, audiencias), cartas anuas jesuíticas, informes militares y portuarios, diarios de navegación, etc., y conserva todavía un carácter abierto, pues se incorpora año a año, un volumen creciente de información, a la que se ha agregado, a partir

de mediados del siglo XIX, la información periodística y los relevamientos pesqueros y meteorológicos.

Las ciencias naturales y de la tierra encaran también el tema en base a otro tipo de evidencias, que en este caso pueden ser geomorfológicas, sedimentológicas, paleontológicas, polínicas (palinológicas), malacológicas, microzoológicas (mediante el estudio de ciertos invertebrados –protozoos- con partes duras que se registran como componentes de los sedimentos marinos, tales como foraminíferos y globigerinas, etc.) pero todavía existen grandes dificultades metodológicas que dificultan la tarea de extender mucho más atrás de las últimas centurias el relevamiento de las oscilaciones (De Vries, 1987), especialmente dada la escala temporal tan corta que abarca cada oscilación y su correspondiente intervalo de "normalidad".

El más lejano testimonio colonial corresponde a los años 1525-1526[102], cuando se habría producido un episodio de El Niño de relativamente grande intensidad, de acuerdo con los testimonios de Francisco de Jerez (1942) y con la información revistada por William Prescott (1960). Ambas citas corresponden al Perú, donde se registraron también oscilaciones en 1531-1532, 1539-1541 y 1567-1568, esta última de gran intensidad. Otros datos del siglo XVI corresponden a 1574, 1578, 1591-1592 y, ya en el siglo siguiente, se reiteran en 1607. Se mencionan especialmente estas fechas, porque sus repercusiones en el valle aluvial del Paraguay-Paraná han tenido lugar en años decisivos de la instalación española en el actual territorio paraguayo y de las fundaciones de ciudades a lo largo del eje fluvial, acontecimientos sobre los que seguramente aquellos eventos climáticos ejercieron influencia significativa.

En base a la información disponible se intenta a continuación presentar una secuencia histórica de los episodios de perturbación climática acaecidos a lo largo del eje fluvial Paraguay-Paraná, con muy posible inundación, la que ha sido construida básicamente con los aportes de los autores antes mencionados (Quinn *et al.*, 1987), habiéndose agregado a la misma los datos procedentes de otras fuentes que complementan esa información. Se aporta así una referencia básica, todavía muy incompleta, la que debe ser enriquecida mediante la compulsa de las abundantísimas fuentes de información que aún falta analizar[103], pero que ya brinda un amplio panorama preliminar para profundizar el tema.

[102] En general, los datos corresponden a pares de años, ya que la acción de El Niño se manifiesta, por lo común, a partir de los meses de octubre-noviembre y culmina hacia los de mayo-junio del año siguiente.

[103] A las muy numerosas fuentes de documentación paraguaya, deben agregarse las aún inexploradas del noreste de la Argentina, especialmente del Archivo Histórico de la provincia de Corrientes, a los registros portuarios de la capital de esa provincia, a la rica literatura periodística correntina a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y también a la documentación existente en las ciudades de Santa Fe, Reconquista, Resistencia y de Formosa, respectivamente en las provincias de Santa Fe, del Chaco y de Formosa.

Enumeración del estado actual de conocimiento de los episodios históricos del fenómeno de El Niño con posible correlato de crecientes en el valle fluvial Paraguay-Paraná. Se incluye información acerca de la intensidad de los episodios[104]

[Intenso: F; muy intenso: MF]

1525-1526 F+
1531-1532 F
1539-1541 F+
1552 F
1567-1568 F+
1574 F
1578 MF
1591-1592
1607 F
1612. Megacreciente local[105].
1614 F
1618-1619 F
1624 MF
1634 F
1652 MF?
1660 F
1671 F
1681 F
1687-1688 MF
1696 F
1701 MF
1707-1708 F
1714-1715 F
1720 F+

[104] Los datos presentados corresponden en la lista de Quinn *et al.* (1987), a episodios de El Niño. Dada la correlación de casi todos los eventos de creciente fluvial acaecidos en el siglo XX en el eje potámico con acontecimientos de El Niño en la costa del Pacífico, se asume con alta probabilidad que a las oscilaciones megaclimáticas corresponderán episodios históricos de creciente, pero se destacan con un asterisco aquellos episodios en los que la correlación entre la oscilación de El Niño y las crecientes del río Paraguay han sido corroboradas por fuentes independientes para los eventos correlativos.

[105] En el esquema de Quinn *et al.* (1987), no figura este episodio, que localmente correspondió a una megacreciente (con intensidad ligeramente superior a la de 1983, según Popolizio, 1999), de la que se aportan detalles más adelante. Es conveniente destacar que el monto de información básica revisado por Quinn *et al.* (1987) es muy exiguo y aparece, por lo tanto, afectado por un factor de aleatoriedad muy dependiente de que haya fuentes consultables y consultadas que abarquen los años de cada oscilación.

1728 MF
*1747-1748[106] Megacreciente.
1751?[107]
1761 F
1775-1786 F
1791 MF
1803-1804 F+
1812[108]
1814 F
1825[109]
1828 MF
1833[110]
1844-1845 F+
1844-1846
1858[111]
1864 F
1867-1868[112]
1871 F+
*1877-1878[113]
1884 F+

[106] 1747-1748. Quinn *et al.* (1987) refieren sólo el año 1747 para la oscilación. Se aplican también a este caso las reservas que se expresan en la nota precedente. Delachaux (1906) se refiere para el año 1747 a un megaepisodio de creciente. Véase más información al respecto después de esta enumeración.
[107] 1751. No existen hasta ahora referencias relevadas para este año, pero para 1752 da cuenta Fray Pedro José de Parras (1943) de una muy notable bajante de las aguas del río Paraguay, como suelen producirse tras una oscilación de El Niño, a la que posiblemente haya que situar en 1751.
[108] 1812. Referida sólo como creciente por Delachaux (1906), falta establecer si hubo una correspondiente oscilación en la costa peruana del Pacífico.
[109] 1825. Referida sólo como creciente por Delachaux (1906). Señalada también por Decoud (1905), quien se basa en datos de Lasserre de Duprat, de Demersay y de Rengger.
[110] 1833. No ha sido citada como oscilación por Quinn *et al.* (1987), según Decoud (1905), corresponde a una inundación extraordinaria que alcanzó hasta cubrir una roca costera de la Villa Occidental, denominada el "peñón", en la que el por entonces juez de Limpio, señor Ojeda, hizo también selañar ese nivel con la inscripción "creciente de 1833". Delachaux (1906) le atribuye también gran magnitud.
[111] 1858. No figura en la lista de oscilaciones de Quinn *et al.* (1987). Habría sido "ultraextraordinaria", según Decoud (1905), que, sin embargo, la da como menos elevada que la de 1833 (en lo que coincide con Popolizio, 1999), basado en datos de las memorias de la señora Lasserre de Duprat. Véase, además sobre su incidencia en el curso del río Paraná, a Carlos Del Frade (1994).
[112] 1867- 1868. Tampoco figura en la lista de oscilaciones de Quinn *et al.* (1987). Por su parte Decoud (1905) apenas si la menciona, sin abundar en comentarios; sin embargo, existen innumerables testimonios sobre el tema, debido a la circunstancia de la Guerra Grande, o de la Triple Alianza, en esos años (una valiosa fuente documental al respecto surge de la voluminosa obra de Efraím Cardoso: Hace cien años. Crónicas de la guerra de 1864-1870, publicada por Ediciones Emasa, Asunción. Trae información al respecto en los tomos IV, 1870; VI, 1970; IX, 1977; X, 1978; XI, 1980). Fue el acontecimiento que brindó a la flotilla del Paraguay el acceso fluvial al trágico paraje de Vapor Cué, de otro modo inaccesible por embarcaciones de gran calado.
[113] 1877-1878. Habría sido una creciente "ultraextraordinaria", y casi igual a la magnitud de la de 1833, según Decoud (1905). Para Delachaux (1906) fue también "excepcional". Quinn *et al.* (1987) califican a la oscilación de 1877-1878 como "very strong". Según R. J. Andersen *et al.* (1993), la creciente se habría producido en 1878. Según Popolizio (1999) su intensidad habría estado por debajo de la de 1858, y equivaldría casi a la de 1905.

1888[114]
1891 F+[115] (1)
*1899-1900 F
*1904-1905[116]
*1907-1908[117]
*1911-1912[118]
*1914-1915[119]
*1917 F[120]
*1918-1919[121]
1921-1922[122]
*1925-1926 MF[123]
*1930?-1931-1932[124] F

[114] 1888. Decoud (1905) informa acerca de una creciente en este año, lo mismo Delachaux (1906).
[115] 1891. Quinn *et al.* (1987) la califican como "very strong", es decir, de alta intensidad. Delachaux (1906) da cuenta de un episodio de creciente en valle del río Paraguay producido ese mismo año.
[116] 1904-1905. Quinn *et al.* (1987) no citan al año 1905 como fecha de una oscilación de El Niño, pero hay datos acerca de un nivel extraordinario de ascenso de las aguas en la Ciudad de Corrientes que se habría iniciado en 1904 y continuado hasta 1905. Decoud (1905) la califica como "excepcional". Según Tossini (1942), está estimada en +8,50 m sobre la cota media del río, lo que la ubica con cerca de un 18% menos intensidad que la creciente de 1983. Delachaux (1906) describió detalladamente la catastrófica innundación que llegó a su culminación en el mes de junio de 1905 y que al llegar a la confluencia del Alto Paraná con el Paraguay se potenció desastrosamente con una creciente sincrónica del primero de esos ríos. Massons y Camps (1988) indican un episodio de El Niño en los años 1905-1906.
[117] 1907-1908. Se produjo una oscilación de El Niño bien documentada, según Cole *et al.* (1993). Falta compilar información complementaria sobre el comportamiento fluvial del Paraguay-Paraná en esos años, pero los datos de caudal aportados por Paulina Quarleri (1975), revelan que la extraordinaria bajante del año 1906 fue apenas compensada en 1907 a partir del mes de noviembre, y que recién en junio de 1908 presentó el río un pico elevado de creciente, aproximadamente un 10% menor que el de 1905.
[118] 1911-1912. Se corresponde con un episodio de creciente sincrónica del río Paraguay con otra del Paraná. Quinn *et al.* (1993). Según Andersen *et al.*, 1993, la creciente se habría producido en el año 1912). En este caso existe cierta confusión pues Andersen *et al.* (1993) (en Enrique J. Schnack, 2000), menciona a 1913 también como año de creciente, pero como respondiendo a una oscilación de El Niño de ese propio año. Massons y Camps (1998) establecen un episodio de El Niño en 1911-1912.
[119] 1914-1915. Se trata de un episodio de El Niño referido por Masson y Camps (1998), cuya incidencia sobre el caudal fluvial se revela según los valores aportados por Paulina Quarleri (1975), que alcanzan su máxima potencia en junio de 1915.
[120] 1917. Corresponde a una oscilación de El Niño en 1917, citada por Quinn *et al.* (1987) y por Cole *et al.* (1993). Los datos hidrométricos para ese año de Paulina Quarleri (1975), indican un nivel relativamente moderado del río.
[121] 1918-1919. Esta creciente, que tiene su correlato de El Niño en la mención de Massons y Camps (1998), fue moderada, en el Pantanal de Mato Grosso, según Tossini (1942), pero en el curso del río Paraguay y aguas abajo del Fechado dos Morros, fue superior a todas las registradas hasta entonces en los siglos XIX y XX. Culminó a mediados de junio con +7,74 m en el Puerto de Asunción y con un caudal de 10.486 metros cúbicos por segundo, sólo igualado después en 1921, 1965 (P. Quarleri, 1975) y en 1983.
[122] 1921-1922. Se trata de una intensa creciente del río Paraná, enunciada por Juan José Neiff (1979). No se conoce un episodio correlativo de El Niño, pero es necesario recabar más información al respecto. La forma en que afectó al Río Paraguay fue intensa, con culminación muy elevada en abril de 1921 (P. Quarleri, 1975).
[123] 1925-1926. Se trata de un acontecimiento de El Niño, dotado de cierta magnitud (Quinn *et al.*, 1987), y de acuerdo con la información de P. Quarleri (1975) en el valle aluvial del Paraguay se manifestó con aguas altas pero sin episodios extremos de creciente.
[124] 1932. Tossini (1942) ubica la creciente en el año 1932, al igual que el correspondiente episodio de El Niño, según Quinn *et al.* (1987), pero según Andersen *et al.* (1993) la oscilación habría correspondido al bienio 1930-1931. Los datos al respecto de Cole *et al.* (1993) coinciden con los mencionados de Quinn *et al.* (1987). El comportamiento del caudal del río, según datos de P. Quarleri (1975) convalidaría la existencia de un episodio tal vez trienal. 1930-1932, con valores hidrométricos muy altos que alcanzaron el máximo nivel en junio de 1931. Contribuye a avalar esta suposición el hecho relatado por Alejandro von Eckstein (1986) de que en regreso de la expedición a la laguna Pitiantuta, por el coronel Juan Belaieff, a comienzos de mayo de 1931, encontraron tierras anegadas desde 100 kilómetros al oeste de Fuerte Olimpo, por las que debieron marchar con gran dificultad. Eso revela una enorme inundación laminar abarcando una considerable área del Bajo Chaco.

¿?[125]
*1940-1941[126] F
1943[127]
*1946-1947[128]
*1951-1952[129]
*1953-1954[130]
*1957-1958 F[131]
1961[132]
1963[133]
*1965-1966 (¿?)[134]
*1969-1970[135]

[125] Llama la atención la ausencia de datos para esta década. Al respecto, puede señalarse una circunstancia de valor histórico. El autor ha podido comprobar que en el Chaco Boreal paraguayo existe una regulación macroclimática inversa de la que se da en el valle aluvial del Paraguay y en el Bajo Chaco adyacente: mientras que el fenómeno de El Niño aumenta la pluviosidad en esta última zona, en el Chaco Boreal, occidentalmente a la longitud aproximada de los meridianos de 59º -60º oeste, se producen sequías de gran intensidad, con reducciones de la pluviosidad según factores de valor 9 a 10 veces menos. Eso significa que el verano de 1931-1932 debió de ser localmente seco a muy seco en el área que sería escenario de la guerra del Paraguay con Bolivia (1932-1935), y que los años siguientes serían años "normales", pues recién hay alguna información acerca de un posible episodio de El Niño, pero de baja intensidad en el verano de 1935-1936.

[126] 1940-1941. Señalada como oscilación de El Niño por Quinn *et al.* (1987), corresponde a un episodio de creciente en el río Paraguay enunciado por Ministerio del Interior-BIRF (Proyecto de las obras para prevención de inundaciones en la ciudad de Pilar, Departamento de Ñeembucú, Comité de Emergencia Nacional, Unidad ejecutora de Proyectos, Asunción, pp. sin numerar, 2000). Paulina Quarleri (1975) registra valores hidrométricos altísimos desde enero de 1940 hasta junio de 1942.

[127] 1943. Hay citas acerca de una oscilación en el año 1943 (Cole *et al.*, 1993), y en 1994 se produjo una bajante excepcional de –0,47 m, como son frecuentes después de episodios menores de El Niño, los que según especifican Quinn *et al.* (1987), no se mencionan en su trabajo de compilación. Justamente en el año 2001, con una oscilación menor en la costa del Pacífico ecuatorial, tiene lugar una intensa bajante del nivel del río Paraguay. Fue un año de caudal muy moderado en el río Paraguay (Quarleri, op. cit., 1975).

[128] 1946-1947. Massons y Camps (1998) dan cuenta de un episodio de El Niño en esos años y P. Quarleri (1975) refiere valores de caudal muy altos para el bienio enunciado en el valle del Paraguay.

[129] 1951-1952. Tal como en el caso anterior, hay datos de una oscilación de El Niño en el período (Massons y Camps, 1998), y otros acerca de caudales hidrográficos muy altos, especialmente en abril de 1951 (Quarleri, 1975), y los mismo coinciden con información acerca de una creciente en el valle de inundación del Paraná medio de Neiff (1979), producida en el bienio mencionado.

[130] 1953-1954. En este bienio, en 1954 se produce un episodio de aguas altas en el río Paraguay (Quarleri, 1975; Proyecto..., 2000) y también se da en el valle del Paraná Medio (Neiff, 1979), en coincidencia con un episodio de El Niño indicado por Massons y Camps (1998).

[131] 1957-1958. Este bienio corresponde a un ciclo de aguas altas sostenido desde 1956 (Quarleri, 1975; Proyecto..., 2000) y culminado en 1959, que en 1957-1958 se sobrepone a un episodio de El Niño (Quinn *et al.*, 1987; Massons y Camps, 1998).

[132] En 1961 y 1962 se manifiesta un ciclo de aguas muy altas, con un episodio culminante en abril-julio de 1961 (Quarleri, 1975) sin que haya información acerca de un episodio de El Niño en ese mismo período.

[133] 1963. Se trata de una oscilación de baja intensidad, ligeramente inferior a la de 1975, según Romero y Garrido (1985), aparentemente con moderada repercusión hidrológica en el valle del río Paraguay en cuanto a pico de creciente, pero con un nivel alto y sostenido de caudales que se mantienen en esas condiciones hasta el episodio de 1965-1966. Este tipo de comportamiento suele darse cuando la secuencia de acontecimientos de El Niño es muy cercana y sin contrafenómenos de La Niña interpuestos.

[134] 1965-1966. Esta oscilación ha sido mencionada por Sánchez *et al.* (1999) y por Massons y Camps (1998), y los resultados de encuesta efectuada en Pilar, Ñeembucú, Paraguay, revelan una creciente relativamente moderada en 1965 e intensa en 1966 (aunque los caudales circulantes alcanzaron su máximo en junio de 1965, según Paulina Quarleri (1975): nótese por lo que sigue, la sinergia con los acontecimientos paralelos en el río Paraná). Por su parte Neiff (1979) da cuenta de una creciente de intensidad superior en el Paraná Medio a los 40.000 metros cúbicos por segundo en 1966. Romero y Garrido (1985) confirman la realidad de la oscilación de El Niño, que estuvo aproximadamente en un nivel de intensidad del 70% de la oscilación de 1983.

[135] 1969-1970. En el año 1969 se produjo una oscilación de mediana intensidad (Romero y Garrido, 1985) y según Massos y Camps (1998) ese acontecimiento abarcó el bienio 1969-1970. La información hidrométrica de ese año (Proyecto..., 2000) revela un ascenso moderado del nivel de aguas del río Paraguay, que estaba recuperándose de una excepcional bajante del

*1972-1973 F[136]
*1975-1976[137]
*1978-1979[138]
*1982-1983 MF[139]
*1986-1987[140]
*1991-1992[141]
*1995-1996[142]
*1997-1998[143]
*2001-2002-2003[144]

De esta enumeración cronológica sintética surge una primera visión del problema, pues si bien los episodios modernos pueden ser correlacionados con correspondientes oscilaciones de El Niño, para referir sucesos anteriores al inicio del siglo XX, es necesario profundizar el análisis –especialmente de inferencias indirectas- para establecer con claridad la existencia de similares correlaciones, pero en una primera aproximación resulta valedero postular que ha existido una relación histórica constante entre ambos órdenes de acontecimientos.

Los escasos datos históricos hasta ahora relevados comienzan a rendir información de valor, pero que por el momento es exclusivamente puntual. Por ejemplo,

año anterior, que fuera –junto con la de 1948 la más intensa en un período de casi setenta años (1930-1998) y se reiteraría con valores muy bajos en 1999.

[136] 1972-1973. Se trata de una oscilación de gran intensidad, cercana en sus valores a la de 1983, sostenida durante dos años, que cuenta con referencias de Romero y Garrido (1985), de Quinn *et al.* (1987) y de Sánchez *et al.* (1999). Coincidió con un pico relativamente poco intenso de creciente en el río Paraguay, que estaba recuperándose de una acentuada bajante, una de las mayores en los últimos setenta años (Proyecto..., 2000). En el valle aluvial del Paraná Medio recién en 1977 hubo un pico de creciente (Neiff, 1979).

[137] 1975-1976. Se trata de una oscilación moderada, especialmente poco intensa en 1975 y de mediana magnitud en 1976 (Romero y Garrido, 1985). Se han recogido testimonios históricos orales acerca de un episodio de creciente en ese período.

[138] 1978-1979. Se han referido al año de 1979 episodios de creciente fluvial por parte de encuestas a distancia, convalidadas por la información del Proyecto... (2000). El río Paraguay alcanzó un nivel muy alto en el bienio. Según los datos de la mayoría de los autores, no correspondería a una oscilación en el océano Pacífico (véase, por ejemplo, Romero y Garrido, 1985: 24), pero Massons y Camps (1998) citan la presencia de un fenómeno de El Niño en el bienio considerado.

[139] 1982-1983. Ha sido una de las crecientes más dramáticas de las producidas en el siglo XX en el valle aluvial del eje Paraguay-Paraná. Su correlación con un episodio de El Niño está totalmente convalidada (Rutllant Costa, 1985).

[140] 1986-1987. Citada como oscilación de El Niño por Pascale Delecluze (1998) y por Sánchez *et al.* (1999), además cuenta con la observación personal del primer autor de una creciente relativamente intensa, que mantuvo al río Paraguay sosteniéndose un nivel hidrométrico moderadamente elevado entre 1987 y 1990 (Proyecto..., 2000). Correspondería a una significativa oscilación de El Niño, de acuerdo con J. E. Jimenéz *et al.* (1992).

[141] 1991-1992. Creciente citada por H. Karszenbaum *et al.* (1999) y corroborada por observaciones personales del primer autor y por datos de Proyecto... (2000), fue muy intensa y culminó en los primeros días de junio de 1992, con aproximadamente 60 cm por debajo del nivel de la creciente de 1983. Corresponde estrictamente a un episodio de El Niño de acuerdo con datos de Fabián Jaksic (1996).

[142] 1995-1996. Se trata de una oscilación de El Niño (Massons y Camps, 1998) acompañada en el río Paraguay por un episodio moderadamente intenso de creciente, suficiente como para expandir ampliamente la ocupación del valle aluvial.

[143] 1997-1998. Se trató de un episodio de El Niño con un notable correlato de creciente en el valle fluvial, que alcanzó en abril-mayo de 1998 valores muy elevados (P. Basabe, 1998).

[144] En el año 2001 se produjo un fenómeno inicial de El Niño, pero no logró implantarse totalmente. En el 2002 se inició un episodio de baja intensidad, culminado en junio del 2003. En este caso, todo el acontecimiento presentó rasgos atípicos que convalidan el concepto de que a la perturbación inicial le sigue una propagación en el sistema afectado. La forma y características de esa propagación dependen de la estructura y de las condiciones internas sistémicas en el momento en el que se produce la alteración, de ahí el carácter eminentemente probabilístico de la magnitud, localización y forma de sus manifestaciones visibles.

en 1612 se produjo en la ciudad de Corrientes el más intenso conocido de los episodios de inundación, que alcanzó un nivel por encima del que llegaría a tener el acontecimiento de 1748, episodio en el que se sabe que las aguas en creciente llegaron a alcanzar el emplazamiento de la actual Plazoleta Italia de dicha ciudad, extendiéndose también hasta el vecino convento franciscano, por lo tanto –y de acuerdo con la cota altimétrica de la Plazoleta- se dieron valores locales de 1,5 metros por encima del nivel histórico alcanzado por otra gran creciente, en 1983 (Eliseo Popolizio: según resultados de su investigación documental; comunicación personal). Quinn *et al.* (1987), como ya se señaló, registran en la primera mitad del siglo XVII un episodio intenso de El Niño en 1607; otro en 1614[145], que bien pudo abarcar el trienio 1612-1614. Ya en el siglo XVII, y adicionalmente hay noticias de otro episodio intenso en 1747 (posiblemente en los años 1747-1748).

Como ejemplo documental de una creciente histórica en el Paraguay, aparece la inundación correlativa con el episodio de El Niño en el año 1905. Ese año se produjo una de las inundaciones más grandes del siglo XX, documentada, por ejemplo, en impresionantes fotografías asuncenas registradas en un conocido album gráfico[146]. Fue una creciente a la que Delachaux (1906) dedica un extenso estudio, y que, por sus características, puede definirse como un episodio típico del fenómeno que afecta con recurrencia histórica al área de influencia del río Paraguay. Durante el mismo acontecimiento, en la ciudad de Corrientes las aguas, con una altura que no se volvió a registrar en el siglo XX[147], alcanzaron la esquina del edificio del Correo Central (información provista al primer autor por don Félix Contreras González, quien fuera culto y lúcido testigo presencial del hecho, fallecido en 1985, a los 94 años de edad).

También, siguiendo a Delachaux (1906: 211), las crecientes más notables se habrían producido en el año 1748 (la ya mencionada megacreciente), 1812, 1825, 1858, 1867, 1878, 1888[148]. Esos episodios, en su mayoría, no guardan correlación con los casos enunciados por Quinn *et al.* (1987), pero la información de esos autores es muy fragmentaria y apenas significa un primer intento de rastreo de datos en una impresionante volumen de fuentes que hasta ahora apenas si han sido examinadas. Obsérvese, por ejemplo, las fuentes bibliográficas que avalan cada mención de aparición de El Niño, y se comprenderá que se restringe a

[145] En ambos casos las fuentes avalantes son escasas y reiterativas unas con otras, formuladas casi todas muchos años después de los hechos.
[146] Hipólito Sánchez Quell y Jorge Rubiani (1984).
[147] Serían tres los episodios históricos conocidos de máxima invasión de las aguas a la ciudad de Corrientes: el de 1612, el de 1742 y el mencionado de 1905.
[148] Esta última creciente, producida en el mes de noviembre y no en el período mayo-junio como las demás, y aparentemente sin la intensidad de las otras, puede considerarse como producto de otro tipo de circunstancias climáticas que, fuera del régimen de El Niño, motivan crecientes anómalas del Río Paraguay en el trimestre final del año.

fuentes norteamericanas –muy escasas- y a algunas peruanas y chilenas, pero que falta por completo el rastreo de la prensa periódica y de estadísticas portuarias y pesqueras de los países afectados en el centro y en el este continentales. Además, debe complementarse con un abundante monto de información chilena, hasta ahora apenas prospectada.

De acuerdo con la exposición precedente, existen aún algunas certezas y muchos interrogantes. En primer lugar, estos planteos son recién introductorios, pues como ya se destacó el campo abierto a la investigación es muy amplio. A pesar de ello, pueden enunciarse algunas conclusiones que aparecen como suficientemente convalidadas por la información hasta ahora disponible:

1. El valle aluvial del río Paraguay y sus adyacencias abarca, no sólo el cauce fluvial propiamente dicho y sus inmediaciones, sino también una amplia área conocida como el Bajo Chaco, que abarca ambientes naturales de los departamentos Presidente Hayes y Alto Paraguay. En la región Oriental del Paraguay incluye zonas de humedales de los departamentos Concepción, San Pedro, Central y Ñeembucú. Además en la Argentina comprende también parte del llamado Chaco Oriental[149], equivalente al *"Chaco de esteros, cañadas y selvas de ribera"* de Morello (1968).
2. En esa área y en grado diverso según la intensidad del fenómeno climático, pueden darse crecientes fluviales acompañadas de inundación más o menos extensa de la planicie adyacente a los cursos.
3. La mayoría de los episodios de creciente en el valle aluvial del Río Paraguay son correlativos con la oscilación climática de El Niño, que se manifiesta primariamente en las aguas subecuatoriales de la costa peruana del Pacífico.
4. Los episodios de creciente y de alta precipitación se intercalan con sequías más o menos intensas, acompañadas de bajantes de las aguas fluviales que pueden ser de gran intensidad y en algunos casos (Popolizio, 1981) ponen al descubierto las dos terrazas típicas del lecho fluvial, formadas durante los episodios más intensos de la última glaciación. A esos efectos se los denomina La Niña (Suplee, 1999).
5. El fenómeno de las crecientes es recurrente y si bien habría variantes históricas en la frecuencia de los episodios de El Niño, reiterados cada 3 a 4

[149] Referencias en Argentino A. Bonetto: Ecología del Nordeste Argentino. Seminario de Planeamiento y manejo de Áreas Inundables, I. CV. A., Corrientes, pp. 1-34, 1980; Juan José Neiff: Panorama ecológico de los cuerpos de agua del Nordeste Argentino. Acta del Symposia de las VI Jornadas Argentinas de Zoología, La Plata, pp. 115-151, 1981; y Juan José Neiff: Aspectos metodológicos y conceptuales para el conocimiento de las áreas meridionales del Chaco Oriental. Ambiente Subtropical, Corrientes, 1: 1-4, 1986.

años, en cuanto a la magnitud de las crecientes hay amplia variación, pues sólo los fenómenos de oscilación climática de cierta intensidad se manifiestan en el valle aluvial como crecientes, determinándose así una periodicidad más espaciada de las mismas.

6. Por su intensidad los episodios de creciente pueden ser moderados, intensos, muy intensos o megacrecientes (como las de 1612, 1742, 1812, 1858, 1905 y 1983), pudiéndose inferir por el tamaño del valle aluvial y por datos de la historia geológica y paleogeográfica que podrían tener lugar episodios a los que denomina Popolizo (1981) crecientes *decamilenarias,* las que alcanzarían proporciones catastróficas con niveles de hasta tres metros o más por encima de las crecientes históricas.
7. Las crecientes que tienen lugar inmediatamente después de episodios muy acentuados de bajante no alcanzan la intensidad de las que se instauran con el río en aguas medias a altas. Por esta razón episodios de El Niño de baja intensidad apenas si han llegado a repercutir sobre los caudales en el valle aluvial.
8. El encadenamiento causal de los episodios de El Niño con las crecientes del río Paraguay se relaciona directamente con la variación macroclimática del área central sudamericana que abarca un área considerable de la cuenca del Plata, especialmente la cuenca superior del río Paraguay en el centro-oeste de Brasil y el Oriente de Bolivia: el enorme aumento de la pluviosidad en la zona mencionada determina los aportes extraordinarios que recibe y canaliza el río.
9. Las crecientes son agentes de modificación del paisaje, de la biota y de la actividad y el asentamiento antrópico. Las de mayor intensidad han sido históricamente remodeladores de la geografía de superficie perifluvial, han motivado variaciones del cauce, arrastre de enormes masas de sedimentos, y son con gran probabilidad los agentes de cambio que han determinado, por ejemplo, las variaciones históricas del área de los Xarayes, los cambios del curso del tramo inferior y de la desembocadura del río Bermejo, las alteraciones en la geografía del Delta del Paraná, etc.
10. El estudio de las variaciones de caudal y de las crecientes del río Paraguay debe tener en cuenta la influencia del régimen de crecientes, especialmente de los episodios anómalos del río Paraná, que pueden, cuando coinciden picos de ambos ríos en su área de confluencia, potenciarse notablemente como sucediera en las grandes crecientes de 1905 y 1983.
11. Esa misma consideración se extiende a la interpretación de los episodios de

crecientes en el tramo Paraná del eje potámico Paraguay-Paraná, cuyas variaciones siguen menos manifiestamente los episodios de El Niño.

12. Si bien existe cierta regularidad en el ritmo de episodios de crecientes consecutivas a El Niño en la consideración histórica de esa secuencia se perciben ciclos tendenciales de ascenso o baja en la intensidad de los episodios. El ciclo actual muestra claramente una tendencia al aumento de la magnitud de las crecientes como claramente puede inferirse los gráficos que expresan entre 1930 y 1999 un ascenso de más de dos metros en los máximos medios anuales de nivel y de más de tres metros en las culminaciones de 1965 al 2000 con respecto a las de 1930 a 1965[150]. Es posible que se dieran ciclos de esas características en los siglos XVII y XVIII, con los megaepisodios de 1612 y de 1748, a partir de la cual la intensidad mostró una tendencia decreciente hasta mediados del siglo XX en que los valores volvieron a remontar en una tendencia creciente (Popolizio, 1999).

El área de mayor riesgo corresponde al extenso valle aluvial del eje potámico Paraguay-Paraná y a sus zonas laterales de influencia, especialmente los valles de los arroyos que con escasa pendiente confluyen al mismo y también al denominado Bajo Chaco, al Pantanal de los Otuquis, al estero Milagro y a los humedales de Ñeembucú. Estos últimos corresponden a una particular unidad funcional conjuntamente con el sector noroeste de la provincia argentina de Corrientes[151].

La potencialidad catastrófica para la nación paraguaya debe ser tenida en cuenta pues se trata de una situación que incrementa temporalmente en la medida en que se produce el desarrollo urbano, el ordenamiento territorial y la concentración demográfica en el área sujeta a riesgo.

Conclusiones

Se han enfocado en estos aportes, tres de los múltiples aspectos de la que alguna vez deberá ser la gran monografía sobre el Río Paraguay, que histórica y geológicamente, se corresponde y confunde en el todo mayor que es el gran eje fluvial Paraná-Paraguay. El primero es el problema de las fuentes y del alto curso del río, que recién fue resuelto conceptualmente por las comisiones

[150] Véase al respecto, por ejemplo: Proyecto... (2000); por su parte E. Popolizio (*op. cit*., 1999), analizando el problema en la latitud de la ciudad de Corrientes, describe un modelo tendencial hacia el incremento de intensidad de las crecientes a partir de 1960.

[151] J. R. Contreras y A. O. Contreras: Ecología y conservación de la biodiversidad del área de Ñeembucú y del norte de la provincia de Corrientes, así como del tramo del eje fluvial Paraguay-Paraná entre los 25º 45´y los 29º de latitud austral, Historia Natural, Buenos Aires, 8, 2003, en prensa).

demarcadoras de los límites hispano-lusitanos en el período 1750-1761, y geográficamente por el científico y explorador francés, de Castelnau, casi un siglo después. El otro es el de la nomenclatura histórica del río y la consideración de las "entradas" descubridoras y exploradoras, que analiza en conjunto todo el sistema del Plata, capítulo que incluye las fundaciones y la colonización. Por último, el tercer aspecto es el del panorama histórico del río como sistema natural, que muestra un comportamiento de la vía fluvial que responde a una regulación de carácter dual, por una parte la del ciclo anual, con crecientes y estiajes de cierta regularidad, a la que se sobrepone un esquema de tipo hemisférico, multianual y extremadamente variable, que puede, a veces, llegar a ser catastrófico.

El río, con esa densa historia y con ese trasfondo de acontecer natural, ha sido siempre el protagonista virtual pero omnipresente de la historia paraguaya, desde la prehistoria hasta los tiempos modernos, al punto que puede decirse que la Nación depende nuclearmente del río epónimo. Como lo postulara Escalada (1959: 31), la hidrografía debe ser considerada "*como eje de todos los procesos antropodinámicos y etnogónicos".* En tiempos prehistóricos y, probablemente hasta el final de los días precolombinos, y retornando a la opinión del autor antes citado, "… *los ríos y los depósitos de agua en general, constituyen algo así como la resultante de un complejo polígono de fuerzas, donde la historia geológica, el relieve, el clima, etc..., resumen integralmente las particularidades geográficas y meteóricas. La atracción en el sentido del nivel de base se ejerce, no sólo sobre las aguas que discurren por el declive comarcano, sino porque toda la vida se centraliza concordantemente, estableciéndose una compleja concurrencia florística y faunística, a cuya poderosa influencia le habrá sido casi imposible sustraerse al hombre".*

Sobre ese esquema básico se asentó el poblamiento conquistador y colonizador y se produjo el mestizaje. Asunción, situada, tal vez en el más favorable de los enclaves donde convergen vías fluviales, relieve y flora, se transformó en el centro de gravedad de uno de los procesos más llamativos de la historia americana: en ausencia de minerales valiosos, lejos de los focos legendarios y míticos de atractivo, no se transformó en un mero punto de apoyo para el flujo hacia esos parajes de privilegio. Por el contrario elaboró un núcleo de asentamiento primario del que se desprendió un proceso activo de colonización y fundación por toda la red hidrográfica, cuya significación en la historia rioplatense no puede soslayarse. El curso del tiempo y muchos factores históricos redujeron el ánimo de dominio y crecimiento que irradiara inicialmente

de Asunción, pero los hombres más visionarios del comienzo de la historia escrita, Irala y Álvar Núñez, cada uno a su modo y prematuramente desaparecidos del escenario, ambos y mediados por el sistema fluvial, particularmente el del Paraná-Paraguay.

Irala desplegó constantemente su afán de conocimiento y dominio del sistema fluvial como complemento político y operativo de la consolidación del asentamiento asunceno. La expedición de Ñuflo de Chaves, aguas arriba del río Paraguay, tenía sentido poblador y de asentamiento en la tierra, pero en su viaje de 1558, Chaves sucumbió ante la atracción andina[152].

Años antes, Álvar Núñez, no sólo pudo reconocer personalmente el actual Pantanal, sino que en noviembre de 1543, tomó posesión formal para la Corona de España de esas tierras, propósito que lamentablemente fracasó y acabó por completo hacia el fin del primer tercio del siglo XVI. Como dice Aguirre (2003: 159): *"… poblados los xarayes, la navegación del río Paraguay se hubiera mantenido, y es natural poseyesen estas provincias las minas portuguesas de que se ha hablado en otra ocasión, y la ruina que alcanzó a las poblaciones abandonadas en el siglo XVII habría eximido a la de los xarayes por su excelente situación, de modo que era casi imposible existir este pueblo y ser la usurpación de los portugueses tan afortunada. Es bien lástima que un ardimiento como el de Chaves sea vituperable en el orden político. Falso a la obediencia y excedido en sus ideas, arrastró graves perjuicios al Río de la Plata. No levantó la población ni la hicieron los de Gonzalo Casco, porque, tomando las embarcaciones, bajaron a la Asunción; ni de aquí se volvió a salir con tal designio cuya falta hoy conocen todos y se conocerá mejor con el tiempo".*

La misma intención de Irala persistió en Alonso de Vera, en Juan Torres de Vera y Aragón, en Ruy Díaz de Guzmán, y, posiblemente, culminó con el proyecto fundador del Mbiazá en 1586, con la fundación de San Juan de Vera y las Siete Corrientes en 1588, y la de Xerez en 1599. Como lo señala Quevedo (2001: 19) surgieron "*diferencias con los oficiales reales de Asunción del Paraguay quienes se opusieron a la fundación sobre el litoral atlántico en el Mbiazá, gran proyecto del Adelantado... detrás de esta oposición a los emprendimientos del Adelantado, existía en el Paraguay un numeroso grupo, comandado por un personaje que descollará durante los próximos años en el gobierno del Río de la Plata".*

La siguiente generación -a la que pertenecía ese "numeroso grupo" asunceño-

[152] Se han intentado muchas explicaciones para este comportamiento, que despierta los elogios de Guevara (1908), quien atribuye principalmente su desvío de las órdenes recibidas de la exuberante personalidad de Ñuflo de Chaves. Sin embargo, como bien lo establece Gandía (1929: 121), *"según el Requerimiento, hecho entre los Chiquitos por los que abandonaros a Cháves y publicado por Guzmán, la marcha al oeste se hizo para ir en busca de una tierra menos estéril que la de los Xarayes; pero en la Relación hecha a orillas del Guapay y firmada por Cháves y Salazar, se declara que la entrada fue en busca de "la tierra rica..."…*

perdió universidad en su visión geopolítica y en sus afanes y emprendimientos. Si Juan de Garay fue todavía un brazo activo de la obra fundacional, actuando con escenario geográfico amplio, Hernandarias ya significó el inicio de la mentalidad quietista y del agotamiento de la empresa fundadora[153]: los centros de poder y expansión comenzaron a equilibrarse sobre el gran río. Asunción se encerró sobre sí misma, mediterranizada definitivamente por la decisión real del 16 de diciembre de 1617, cuando Felipe III formalizó la partición de la antigua provincia del Río de la Plata y Paraguay.

Como lo sintetiza Efraím Cardozo (1939: 197-198): "… *la esforzada empresa fundadora había empobrecido y descarnado a la ciudad paraguaya. Las ciudades, sin excepción habían sido pobladas sin ayuda alguna de la lejana metrópoli, ni de la estirpe zaratina que jamás cumplió las obligaciones económicas de su capitulación. "Toda esta gente que va abaxo a poblar aquel puerto de buenos ayres –informaba en 1580 el tesorero Montalvo- van todos ellos a su costa y minsión de caballos, ganados, armas, pólvora, plomo y comida y servicio de yndios y todo lo demás necesario para el sustento de aquel puerto y de cada uno de ellos sin que el dicho capitán juan de garay ni el dicho licenciado torres de vera daragon que "ansí lo an echo siempre y açen sin les dar ayuda de cosa ninguna sino siempre a su consta y minsión y de las pobres viudas y huérfanas adonde estan en esta ciudad en general con la mayor pobreza y sujeción". Para las fundaciones Asunción no sólo había abierto sus graneros y dehesas y agotado sus arsenales, sino tambipen dado lo mejor de su población, los mestizos. Dos viejos conquistadores certificaban que todas las ciudades habían sido hechas "con la gente que dios nuestro señor a sido servido de multiplicar en esta çibdad porque aunque a auido españoles, en estas poblaciones, el numero principal y mayor an sido nuestros hijos nacidos en la tierra". Los mancebos elegidos eran entre los mejores, hasta el punto de que Orué, que no disimuló su oposición a la jornada de 1573, dejó escapar en su carta de ese año una exclamación involuntariamente laudatoria para la gallarda milicia fundadora de Santa Fe[154]. También se había desprendido Asunción, y en gran cantidad, de sus indios carios. Aquello valientes guerreros y formidables agricultores, que unieron su suerte a la de los españoles, desde la primera hora, en calidad de amigos, aliados y parientes, gustosos se incorporaron a las armadas pobladoras y suplieron la falta de aborígenes amigos y labradores en los asientos de las nuevas ciudades. Los oficiales Rojas de Aranda y García de Acuña decían que "esta ciudad de la asumpcion por la falta de los primeros pobladores*

[153] Agotamiento que es doble, e inicial y mayor en la metrópoli: "*… el príncipe de Esquilache en 1619 escribe a la Audiencia: no se pueden hacer entradas y poblaciones nuevas a costa de su majestad, y así se le dirá a Ruy Díaz de Guzmán y si fuere menester compélelle en la forma que pareciere justa*" (Quevedo, 2001: 63).

[154] Nota de Cardozo: "*Van.. un hidalgo que se dize Juan de Garay con nueve españoles y los demás a cumplimiento de ochenta mançebos ¡y bien mançebos! nacidos en esta tierra!...*".

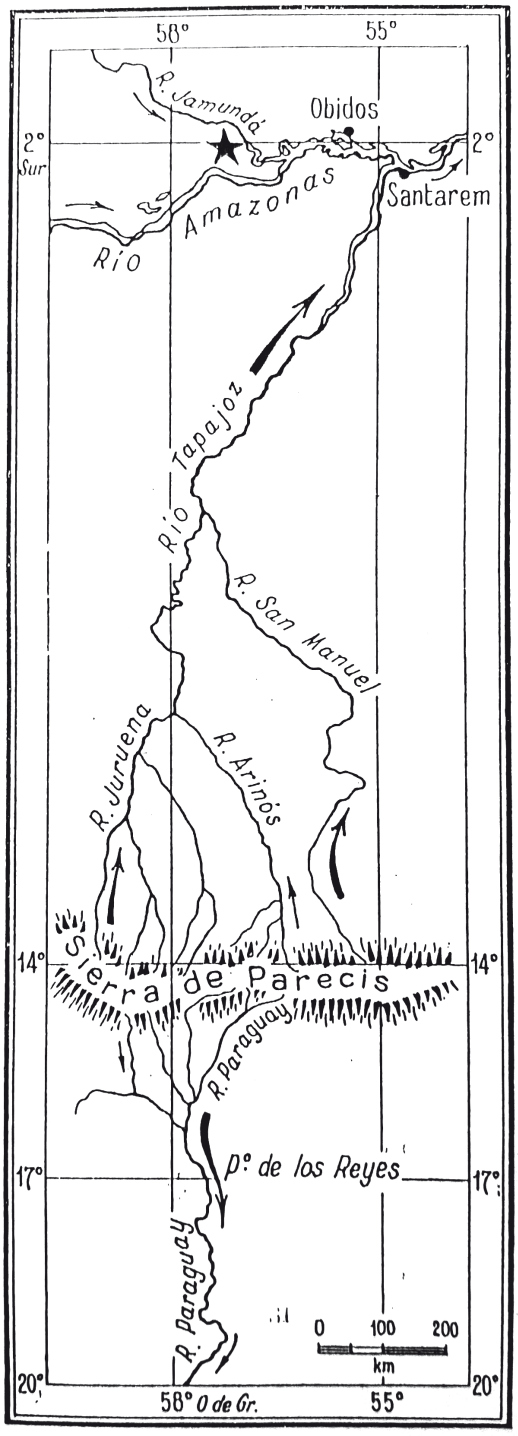
y aver sacado mucha gente della para dar principio a nuevas poblaciones no a ydo en aumento la grandeza que esperava", y Tomás de Garay afirmaba al virrey que "por auer poblado tantas ciudades a quedado la çiudad de la asumpcion muy descarnada y pobre".

Adicionalmente, y considerando el aspecto naturalista más relevante para el punto de vista del historiador, la incidencia del sistema Niño-dependiente acontecida en el área de influencia del valle aluvial y manifestada, tanto en episodios de creciente como de bajante extrema de las aguas fluviales ha tenido, seguramente, un papel primordial en la historia etnográfica de las parcialidades asentadas en la región. Además se manifestó sobre los primeros asentamientos hispano-criollos a lo largo del valle. Ejerció también una marcada influencia en las comunicaciones[155], exploraciones y operaciones bélicas históricas en el área del río Paraguay y de su influencia. La posesión de un cuadro orgánico de conocimiento del telón de fondo hidrológico y macroclimático del Paraguay –al que aún falta perfeccionar en muchos aspectos- constituye un elemento auxiliar valioso para seguir los acontecimientos humanos y sociales que se dieron en ese escenario.

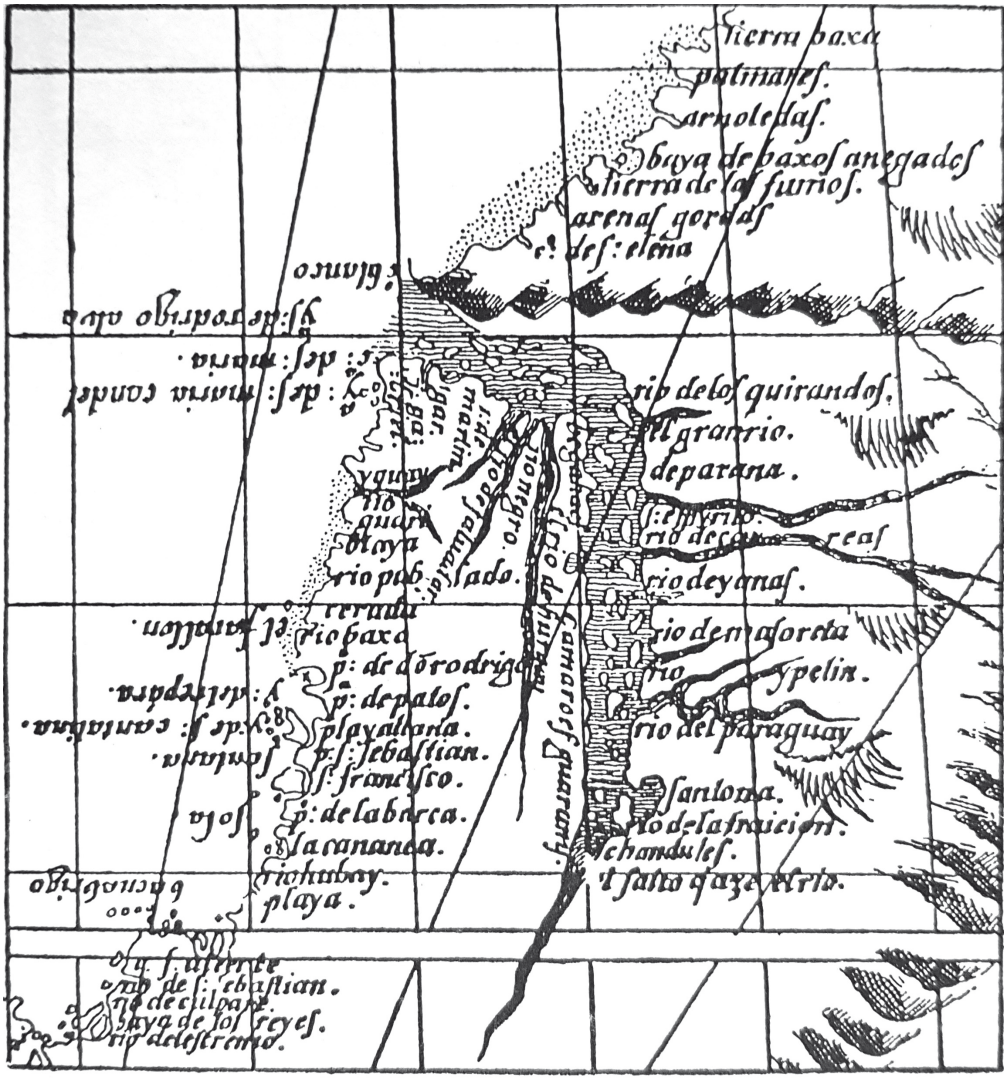
[155] Por ejemplo, el ya mencionado caso del Padre Parras (1943, *op. cit.*) cuando relata casos de necesidad de navegar a la sirga en los bajíos del río Paraguay que significan obstáculos interpuestos para la navegación entre Corrientes y la Asunción y que cobraron relevancia debido a la enorme bajante que tuviera lugar en el año de 1752.

AGRADECIMIENTOS

A Roberto Quevedo por la estimulante discusión de varios aspectos temáticos y bibliográficos aquí tratados. A Jorge Aníbal Rivero por haber compartido durante años de amistad su versación en la historiografía crítica acerca del tiempo de los descubrimientos. A Álvaro Mones por sus aportes bibliográficos, a Alfredo Boccia Romañach por el apoyo bibliográfico y por el diálogo sostenido a lo largo de la realización de este estudio. También a Alberto Duarte de Vargas. A Marta Del Priore y Alfredo Gangi, por su valiosa colaboración en la búsqueda bibliográfica. También y muy decisivamente a Washington Pereyra, de la Fundación Bartolomé Hidalgo, sin cuyo aporte amistoso, mucha de la bibliografía esencial para este tema nunca hubiera estado a nuestro alcance con la plenitud que lo tuvo. A José Athor.



Cercana relación geográfica entre los altos cursos de los ríos Paraguay y Tapajoz, que pertenecen respectivamente a las cuencas del Plata y del Amazonas. Explica la confusión inicial acerca de la supuesta continuidad de ambos cursos que persistió en la cartografía hasta fines del siglo XVIII (tomado de Levillier, 1976).



Una de las representaciones cartográficas iniciales del río Paraguay, aparece en el mapa atribuido a Sebastián Caboto (1544), que coincide en el trazo hidrográfico general con el mapa de Alonso de Santa Cruz (1540), aunque con menos precisión. Nótese que el río Paraguay está figurado corriendo de este a oeste.

Representación que corresponde al "ciclo" de la Laguna de los Xarayes. Se trata del mapa de Luis Teixeira (1504?), aparecido en la *Portugaliae Monumenta Cartographica*, 2da Edición, Lisboa, 1987. Nótese la gran laguna plena de islas interiores y los cuatro ríos que salen de la misma, entre ellos el Paraguay.

BIBLIOGRAFÍA

ABESIA VADIVIESO, V. M. S. La Sierra de Plata y Asunción. [Trabajo inédito, manuscrito en la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción].

ACEVEDO, E.O. 1996. La Intendencia del Paraguay en el Virreinato del Río de la Plata. Ediciones Ciudad Argentina, Buenos Aires, pp. 1-464.

ACOSTA, J. de. 1979. Historia Natural y Moral de las Indias. Edición preparada por Edmundo O´Gorman. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, México, pp. i-cl +1-444.

ADONIAS, I. 1970. A cartografia vetustissima do Brasil até 1530. Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, Rio de Janeiro, Vol. 287, abril-junho, 1970, pp. 77-132.

AGUIRRE, J.F. de. 2003. Discurso histórico sobre el Paraguay. Estudio preliminar y restitución del texto oir Ernesto J. A. Maeder. Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 1-505.

ALBORNOZ, M. 1997. Biografía del Paraná. Ediciones El Elefante Blanco, Buenos Aires, pp. 1-252 + [3].

ALMEIDA, F.M. de. 1964. Geología do centro-oeste Mato-grossense. Boletín Nº 125, Ministerio de Minas e Energia, Río de janeiro, pp. 1-137 + 2 mapas.

ALURRALDE, N. 1975. El descubrimiento del Cuarto Continente. Talleres Gráficos Caporaletti Hnos. Buenos Aires, pp. 1-279. [pp. 235-239].

ÁLVAREZ, J. 1971. Sobre la conveniencia de escribir la historia de nuestros ríos. Anuario de la Sociedad de Historia Argentina, Buenos Aires, Tomo 2, pp. 11-15 + 2 cartas desplegables.

ANDERSEN, R.J., N. SANTOS y H.F. DÍAZ. 1993. An analysis of flooding in the Paraná/ Paraguay river basin. LATEN Dissemination, Note Nº 5, The World Bank Latin American Technical Departament of Environmental Science Div., September, 1993, pp. 1-19.

APARICIO, F. de. 1939. Las culturas indígenas del Río de la Plata. El Paraná y sus tributarios. Pp. 419-442, en Ricardo Levene (Director general): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862). Volumen 1. Tiempos prehistóricos y protohistóricos. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires. Segunda edición.

ARDISSONE, R. 1937. Datos históricos acerca de las precipitaciones pluviales en la zona de Buenos Aires desde el siglo XVI hasta 1821. Gaea, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires, 5, pp. 115-211.

ARTEAGA, J.J. 1999. Las consecuencias del Tratado de Madrid en la desarticulación de la frontera demográfica de la Banda Oriental, 1750-1761. Colección Ensayos Históricos, Archivo General de la Nación-Centro de Difusión del Libro, Montevidedo, pp. i-viii + 1-397.

AZARA, F. de. 1904. Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes, Con bibliografía, prólogo y anotaciones por Rodolfo R. Schuller. Anales de Museo Nacional de Montevideo, Sección Histórico Filosófica, Tomo I, Montevideo, pp. i-cxxxii + 1-432, con mapas, 1904.

AZARA, F. de. 1934. Viajes por la América Meridional. Publicados con arreglo a los manuscritos del autor, con una noticia sobre su vida y sus escritos por C. A. Walkenaer. Enriquecidos con notas por G. Cuvier. Traducida del francés por Francisco de las Barras de Aragón. Tomo I. Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. 1-328 + 1 lámina.

AZARA, F. de. 1943. Descripción e historia del Paraguay y Rio de la Plata. Con nota preliminar sobre Mitre y Azara, por Julio César González. Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires, pp. i-xiv + 1-383.

BASABE, P. 1998. Seguimiento y preparación emergente ante posibles inundaciones que pudiera ocasionar el fenómeno "El Niño". Informe de Misón en el Paraguay. Sistema Nacional de Emergencias (CEN) y PNUD, Asunción, pp. 1-69 + anexos 1 a 3.

BASÍLICO, E. 1970. El tercer viaje de Américo Vespucio. Vespucio no descubrió el Río de la Plata, ni la Patagonia, ni las Malvinas. Colección Historia, Centro Naval, Instituto de

Publicaciones Navales, Buenos Aires, pp. 1-142.
BAUER, W. 1944. Introducción al estudio de la historia. Casa editorial Bosch, Barcelona, pp. 1-626.
BAYLE, C. 1943. El Dorado fantasma. Prólogo de José Joaquín Casas, Publicaciones del Consejo de Hispanidad, Madrid, pp. 1-374 + [1], láminas I-XVIII.
BLANCO SANCHEZ, J.L. 1962. El Río Paraguay (Monografía historiográfica). Pp. 51-72, en: Conferencias, Sociedad Científica del Paraguay, Asunción, pp. 1-80.
BOCCIA ROMAÑACH, A. 2000. Paraguay y Brasil. Crónica de sus conflictos. Editorial El Lector, Asunción, pp. 1-243.
BOCCIA ROMAÑACH, A. 2002. Breve historia de la cartografía paraguaya. De la conquista española hasta la Guerra de la Triple Alianza (1527-1876). Historia Paraguaya, Anuarios de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, Volumen XLII, pp. 193-241.
BOND, R. 1998. A saga de Aleixo García. Descubridor do Imperio Inca. Editora Insular Ltd., Florianópolis, pp. 1-86.
BONETTO, A.A. 1970. Principales rasgos limnológicos del noroeste argentino. Boletín de ls Sociedad Argentina de Botánica, Buenos Aires, 11 (Suplemento), pp. 189-205.
BOSSI, B. 1863. Viaje pintoresco por los ríos Paraná, Paraguay, San Lorenzo, Cuiabá, con la descripción de la provincia de Mato Grosso bajo su aspecto físico, geográfico, mineralógico y sus producciones naturales. Pp. 1-153 + 1 mapa.
BRAUDEL, F. 1984. Écrits sur I´Histoire. Collection Champs, Flammarion, París, pp. 1-315.
BRAUDEL, F. 1987. Grammaire des Civilisations. Arthaud-Flammarion, París, pp. 1-607.
BREZZO, L.M. y B. FIGALLI. 1999. La Argentina y el Paraguay. De la guerra a la integración. Ediciones Corregidor, Buenos Aires, pp. 1-535.
CARDOZO, E. 1961. El Imperio del Brasil y el Río de la Plata. Antecedentes y estallido de la guerra del Paraguay. Librería del Plata, Buenos Aires, pp. 1-566.
CARDOZO, E. 1979. Historiografía Paraguaya. I. Paraguay indígena, español y jesuita. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Historiografías, V, México, pp. 1-610.
CASSANI, J.L. y A.J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI. 1968. Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método. Editorial Nova, Buenos Aires, pp. 1-232.
CASTELLANOS, A. 1975. Cuenca potamográfica del Río de La Plata. Pp. 1-159, en Sociedad Argentina de Estudios Geográficos GAEA: Geografía de la República Argentina, Tomo VII. Segunda Parte. Hidrografía. Imprenta Coni, Buenos Aires, pp. 1-629.
CASTELNAU, F. de. 1850-1851. Expéditions dans les parties centrales de lÁmérique du Sud, etc.. Histoire du Voyage. Librairie-Editeur P. Bd, París, Tome II, 1850, pp. 1-485; Tome III, 1851, PP. 1-483.
CEPPI, H. 1937. Clasificación de los ríos de la República Argentina de acuerdo a su régimen hidrográfico. Gaea, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires, 5, pp. 289-308 + 1 mapa. [306-308].
CÉSPEDES, R.L. y L.S. RÍOS. 1985. Análisis del impacto de las inundaciones en el Paraguay, pp. 235-258, en: María Graciela Caputo, Jorge Enrique Hardoy e Hilda María Herzar (compiladores): Desastres naturales y sociedad en América Latina, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
CHARLEVOIX, P.F.J. de. 1910. Historia del Paraguay. Con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel. Tomo Primero. Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, pp. 1-402.
COMISIÓN OFICIAL DEL IV CENTENARIO DE LA PRIMERA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES (1536-1936). 1941. Documentos Históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense. Tomo primero. Memorias y relaciones históricas y geográficas. Introducción de José Torres Revello. Talleres S. A., Casa Jacobo Peuser, Buenos Aires, pp. i-xxv + 1-493.
CONTRERAS, J.R. 2003. El valle aluvial del Río Paraguay como "caja de resonancia" de la oscilación climática "El Niño": su influencia en el Paraguay natural e histórico. En prensa en: Julio R. Contreras, J. Meneghetti y Alejandra Volpedo (Editores): Hombre y Naturaleza en España

y América. Libro de Homenaje a los 25 años de acción conservacionista de Javier Castroviejo Bolívar. Fundación Félix de Azara, Buenos Aires.
CONTRERAS, J.R. y A.O. CONTRERAS. 2003. Ecología y conservación de la biodiversidad del área de Ñeembucú y del norte de la provincia de Corrientes, así como del tramo del eje fluvial Paraguay-Paraná entre los 25º 45´y los 29º de latitud austral, Historia Natural, Buenos Aires, 8, 2003, en prensa).
CORNEJO, A. 1979. La navegación del Río Bermejo. Páginas olvidadas de su historia. Investigaciones y Ensayos, Buenos Aires, 26, pp. 101-128.
COSTA, J.R. 1985. Algunos aspectos de la influencia climática, a nivel mundial y regional del fenómeno El Niño, Investigaciones Pesqueras (Chile), 32 (1): 9-17. Santiago.
COSTA, M. de F. 1999. Historia de un País Inexistente. O Pantanal entre os séculos XVI y XVIII. Estação Liberdade, Livraria Kosmos Editora, São Paulo, pp. 1-277.
COURTEVILL, R. 1938. Le Mato Grosso. Préface du Général G. Perrier avec une carte. Bibliothéque Géographique, Payot, París, pp. 1-237.
CUNNIGHAME GRAHAM, R.B. 1924. The conquest of the River Plate. William Heinemann Ltd., London, pp. 1-313 + 1 mapa.
DECOUD, J. S. 1905. Breves notas hidrográficas. Las crecientes del Río Paraguay. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Buenos Aires, 22, pp. 154-158.
DELACHAUX, E.A.S. 1906a. Los problemas geográficos del territorio argentino. Hidrografía: la gran inundación de 1905. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 5, pp. 130-144.
DELACHAUX, E.A.S. 1906b. Los problemas geográficos del territorio argentino. Hidrografía. Régimen de las aguas de la cuenca del Plata. Algunos datos comparativos. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 5, pp. 200-227.
DEL BARCO CENTENERA, M. 1969. La Argentina o conquista del Río de la Plata. Pp. 7-420, en Pedro De Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Tomo III, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
DEL CARRIL, B. 1991. El bautismo de América. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-70.
DELEUZE, P. 1998. Suertes y desgracias de la previsión de El Niño, Mundo Científico, Barcelona Nº 190, PP. 56-61.
DELETANG, L.F. 1926. Contribución al estudio de nuestra toponimia. I. Pilcomayo, Paraguay, Guapay. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, 29, pp. 3-83.
DEL FRADE, C. 1994. Historia social del Paraná. Editorial Municipal de Rosario, Rosario, pp. 1-176.
DESSER, C. y J.M. WALLACE. 1987. El Niño events and their relation to the Southern Oscillation: 1925-1986. *Journal of Geophysical Research,* 92, Nº 13, pp. 14.189-14.196.
DESTÉFANI, L.H. 1981. El río de la Plata. Del predescubrimiento a la exploración (1502-1520). Investigaciones y Ensayos, Buenos Aires, 31, pp. 75-114 + 2 láminas.
DE VRIES, T.J. 1987. A review of geological evidence for ancient El Niño activity in Perú. Journal of Geophysical Research, 92, Nº 13, pp. 14.471-14.479.
DÍAZ, H., E. Díaz y M. VERA (Editores) 1992. El Niño: the historical and paleoclimatological record of the Southern Oscillation. Cambridge University Press, New York.
DÍAZ DE GUZMÁN, R. 1974. La Agentina. Prólogo y Notas de Enrique de Gandía. Librería Huemul, Buenos Aires, pp. 1-287.
DÍAZ DE GUZMÁN, R. 1980. Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata. Ediciones Comuneros, Asunción, pp. 1-305.
DOBRIZHOFFER, M. 1967. Historia de los Abipones. Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, Volumen I, pp. 1-568 + [1], 1 mapa; Volumen II, pp. 1-482 + 1 mapa + láminas; Volumen III, pp. 1-403 + láminas.
DODERO, L. 1961. La navegación de la Cuenca del Plata y sus propulsores. Memorias personales. Ediciones Gure S. R. L, Buenos Aires, pp. 1-205.
DOMÍNGUEZ, M. 1904. El Chaco. Revista del Instituto Paraguayo, Asunción, año VI, Nº 48, pp. 14-65.

DOMÍNGUEZ, M. 1918. El alma de la raza. Prólogo de Juan E. O'Leary. Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho, Casa Editora Cándido Zamphiropolos, Asunción, pp. i-xii + 1-340 + [1].

EGUIGUREN, D.V. 1894. Las lluvias de Piura, Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Tomo 4, pp. 241-258.

ESCALADA, F.A. 1959. Hidrografía y antropodinámica; aportes metodológicos para una Etnología espacial. Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 9, Nº 1-2, pp. 31-46, 1958-1959.

FAGAN, Brian M. 1988. El gran viaje. El poblamiento de la antigua América, Ediciones EDAF, México, pp. 1-353.

FARIÑA SÁNCHEZ, T. 1970. Rasgos climáticos del este del Paraguay. Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica, Buenos Aires, 11 (Suplemento), pp. 111-119.

FERNÁNDEZ, F.W. 1891. Mis viajes en el Alto Paraguay. Exploración del río Aguaray Goazú. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Buenos Aires, 12: 220-267; 365-441.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO y VALDÉS, G. 1945. Historia general y natural de las Indias. Islas y Tierra-Firme del Mar Océano. Tomo XIV. Prólogo de J. Natalicio González y notas de José Amador de los Ríos. Editorial Guarania, Asunción, pp. 1-319.

FLORES, M.A. de. 1970. Carta al Marqués de Valdelirios, Comisario General de S- M. Católica para la Ejecución del Tratado de Límites Celebrado en Madrid en 1750. Pp. 239-295, en: en Pedro De Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Tomo V, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.

FRENGUELL, J. 1922. Algunos datos sobre la falla del Río Paraná y la estructura de sus labios. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 49-50, pp. 189-278, con láminas y mapas.

FURLONG, G. 1936. Cartografía jesuítica del Río de la Plata. I. Texto. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, Número LXXI, Talleres Gráficos Jacobo Peuser, Buenos Aires, pp. 1-228.

FURLONG, G. 1962. Río de Aos o Río de la Plata. Anales de la Academia Argentina de Geografía, Buenos Aires, 6: 85-94.

FURLONG, G. 1969. Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810. El trasplante cultural: ciencia. TEA, Tipografía Editora Argentina, Buenos Aires, pp. [6] + 1-604 + láminas.

GANDÍA, E. de. 1929. Historia del Gran Chaco. Juan Roldán y Compañía Editores, Buenos Aires, pp. 1-209 + [1].

GANDÍA, E. de. 1932. Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay, 1535-1536. Librería de García Santos, Buenos Aires, pp. 1-311 + [1].

GANDÍA, E.e de. 1935a. Gregorio de Pesquera. Un proyecto ignorado de gobernación en la costa de Brasil (1536). Editorial Cabaut & Cía., Buenos Aires, pp. 1-128 + [1].

GANDÍA, E. de. 1935b. Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y don Pedro de Mendoza. Editorial Cabaut & Cía., Buenos Aires, pp. 1-168 + [2].

GANDÍA, E. de. 1939. Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del Estrecho de Magallanes. Capítulo III, pp. 397-436, en Ricardo Levene (Director general): Historia de la Nación Argentina (Desde los orígenes hasta organización definitiva en 1862). Volumen II. Europa y España y el momento histórico de los descubrimientos. Librería y Editorial El Ateneo, Buenos Aires. Segunda Edición.

GANDÍA, E. de. 1945. Las Islas argentinas de San Antonio. Revista Geográfica Americana, Buenos Aires, Año XII, Nº 146, pp. 265-270.

GANDÍA, E. de. 1946. Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana. Centro Difusor del Libro, Buenos Aires, pp. 1-288.

GANDÍA, E. de. 1968. Creación de la Gobernación del Río de la Plata y conquista de las provincias

del Río de la Plata y del Paraguay (1534-1573). Capítulo 11, PP. 625-697, en Roberto Levillier (Director): Historia Argentina. Tomo I. Plaza & Janés Argentina S. A., Buenos Aires.
GANDÍA, E. de. 1972. Claudio Alejandro Ptolomeo, Colón y la exploración de la India Americana. Investigaciones y Ensayos, Buenos Aires, 13, pp. 35-87.
GANDÍA, E. de. 1974. Prólogo y notas. En: Ruy Díaz de Guzmán: La Argentina. Librería Huemul, Buenos Aires, pp. 1-287.
GANDÍA, E. de. 1991. Américo Vespucci y sus viajes al Nuevo Mundo. Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, pp. 1-335.
GANDÍA, E. de. 1994. Un hombre y la historia. Comisión de Homenaje al Autor en su Nonagésimo Aniversario, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, pp. 1-421.
GARCÍA ACEVEDO, D. 1905. Contribuciones al estudio de la cartografía de los países del Río de la Plata. *Anales de la Universidad,* Montevideo, Año XII, Tomo XV, pp. 261-290.
GEORGESCU PIRERA, C. y P. GEORGESCU PIRERA. 1987. Del Orinoco al Río de la Plata. 40.000 kilómetros de navegación fluvial. Ediciones de Serbal, Barcelona, pp. 1-277.
GIANELLO, L. 1953. La acción pobladora en nuestro litoral. Pp. 105-123, en: Panorama histórico del Litoral Argentino (1516-1820). Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Santa Fe, Año 1, Nº 1.
GROUSSAC, P. 1949. Mendoza y Garay. Tomo I. Don Pedro de Mendoza. Prólogo de Carlos Ibarguren. Serie Clásicos Argentinos, IX, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, pp. i-xli + 1-236 + [1].
GUEVARA, J. 1969. Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Pp. 491-826, en Pedro De Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Tomo I, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
HACKING, I. 1991. La domesticación del azar. Editorial Gedisa, Barcelona, pp. 1-363.
HARRISSE, H. 1898. Juan Gaboto, el descubridor de la América del Norte, y Sebastián su hijo. Precedido por: El Sebastián Gaboto de Henry Harrisse, por Samuel A. Lafone Quevedo. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, Buenos Aires, Tomo XIX, pp. 229-418.
HEMMING, J. 1984. En busca del Dorado. Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 1-272.
HERRERA y TORDESILLAS, A. de. 1945. Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano. Editorial Guarania, Asunción, 5 volúmenes.
IRALA SOLANO, R. 2003. Vida y obra de Domingo de Irala. ONA Industria Gráfica, Pamplona, pp. 1-210.
JAKSIC, F. 1996. Ecología de los vertebrados de Chile. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, pp. 1-260.
JEREZ, F. de. 1942. Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco, llamada la Nueva Castilla, conquistada por Francisco Pizarro. Pp. 29-497, en: Crónicas de la Conquista del Perú, Editorial Nueva España, México, 1942.
JIMÉNEZ, J.E., P. FIENSINGER y F.M. JAKSIC. 1992. Spatiotemporal patterns of an irruption and decline of small mammals in North-Central Chile, Journal of Mammalogy, 73, Nº 2, PP. 356-364.
KARSZENBAUM, H., P. KANDUS, G. PARMUCHI y J. BAVA. 1999. Evaluation of the effects of El Niño 98 in the lower Delta islands of Paraná River using radarsat images and GIS tools, pp. 240-244.
KLOSTER, W. y F. SOMMER. 1942. Ulrico Schmidl no Brasil qhinhentista. Publicações da Sociedade Hans Staden, São Paulo.
KRETSCHMER, K. 1942. Historia de la geografía. Colección Labor, 56, Editorial Labor, Barcelona, pp. 1-201 + láminas I-XVI.
LABRAGA, J.C. 1998. Efectos del calentamiento global en el clima de la Argentina, Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, Buenos Aires, 52 (10): 11-25.
LAFUENTE MACHAIN, R. de. 1932. Las Puertas de la Tierra. Gaea, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires, 4, pp. 263-280.

LAGUARDA TRÍAS, R.A. 1959. El Río de la Plata y la costa de Montevideo (Derroteros y reconocimientos). *Anales Históricos de Montevideo,* Montevideo, Tomo III, pp. 353-461.
LAGUARDA TRÍAS, R.A. 1982. El hallazgo del Río de la Plata por Amerigo Vesrpucci en 1502. Academia Nacional de Letras, Montevideo, pp. 1-252.
LAHMEYER LOBO, E.M. 1959. Caminho de Chiquitos as Missoēs Guaranís de 1690 a 1718. Revista Histórica, São Paulo, volumen 10, Nº 39, pp. 67-79.
LECLERC, J. 2000. Leer las estrellas. Los campesinos andinos escrutaban las Pléyades para mejorar sus cosechas. Mundo Científico, Barcelona, Nº 213, pp. 11-13.
LEONHARDT, C. 1925. El P. Pedro Lozano (S. J.) historiador rioplatense. Nuevas noticias para su biografía. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, Serie I, Tomo III, Nº 21-24, PP. 201- 232.
LEVENE, R. 1970. Historia argentina y americana. Tomo I. Editorial Bibliográfica Argentina Omeba, Buenos Aires, pp. i-xx + 1-569.
LEVILLIER, R. 1915. En: Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España. Madrid, tomo I, pp. 58-82.
LEVILLIER, R. 1948. América la bien llamada. Tomo I. La conquista de Occidente. Tomo II. Bajo la Cruz del Sur. Editorial Guillermo Kraft Ltda.., Buenos Aires, pp. i-xxxii + 1-294; 1-401.
LEVILLIER, R. 1956. El Planisferio de Maiollo de 1504. Nuevo testimonio del itinerario de Gonzalo Coelho-Vespucio en su viaje de 1501-1502 al Río de la Plata y Patagonia. Historia, Buenos Aires, Nº 5, pp. 100-100 + 2 láminas.
LEVILLIER, R. 1964. Américo Vespucio. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, pp. 1-387 + [10].
LEVILLIER, R. 1968. Descubrimientos marítimos. Libro II, pp. 417-501, en Roberto Levillier (Director): Historia Argentina. Tomo I. Plaza & Janés Argentina S. A., Buenos Aires.
LEVILLIER, R. 1976. El Paititi, el Dorado y las Amazonas. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-304.
LOZANO, P. 1941. Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba. Reedición con prólogo e índice por Radamés A. Altieri. Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, pp. i-xix + 1-466 +1 mapa plegable.
MADERO, E. 1939. Hisoria del Puerto de Buenos Aires. Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes y fundación de sus más antiguas ciudades en sus márgenes. Tercera edición. Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 1-433.
MAEDER, E.J.A. 19179. Antiguas poblaciones en la costa de Formosa y el origen del topónimo. Investigaciones y Ensayos, 26: 439-452. Buenos Aires.
MÁRQUEZ MIRANDA, F. 1941. Un viaje del Plata a Cádiz, a mediados del siglo XVIII. Pp. 345-358, láminas I-V, en: Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Dr. Emilio Ravignani, Editores Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, pp. 1-640.
MARTÍNEZ MARÍN, N. 2000. La nueva frontera Brasil-Río de la Plata en el tratado de 1750: la demarcación del Río Ibicuí por la primera partida de Límites. Pp. 433-450, en: Antonio Gutiérrez Escudero (Coordinador): Ciencia, economía y política en Hispanoamérica Colonial. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
MAULL, O. 1930. Vom Itatiaya zum Paraguay. Ergebnisse und Erlebnisse einer Forschungsreise durch Mittelbrasilien. Verlag Karl W. Hiersemann, Leipzig, pp. i-[15] + 1-366, láminas 1-60.
MEDINA, J.T. 1908. Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata. Imprenta Ezelviriana, Santiago de Chile, pp. 1-309.
MELLAFE ROJAS, R. y L. LOYOLA GOICH. 1994. La memoria de América Colonial. Inconsciente colectivo y vida cotidiana. Colección el Saber y la Cultura, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, pp. 1-123.
MILLÉ, A. 1972. La Cuenca del Plata. Antecedentes para su historia. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-376.
MOLINA, E.R.A. 1998. Ruy Díaz de Guzmán, pionero de la historiografía argentina. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, vol. 68-69 (1995-1996), pp. 135-179.

MOLINA, R.A. 1956. El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva. Historia, Buenos Aires, 4: 83-111.
MOLINA, R.A. 1965. El primer viajero que visitó Buenos Aires. El portugués Lope Vázquez Pestaña (1587). Historia, Buenos Aires, 41: 3-49.
MOLINARI, D.L. 1991. El nacimiento del Nuevo Mundo. 1492-1534. Historia y cartografía. Fundación Colombina V Centenario-Kapelusz Editora, Buenos Aires, pp. i-xvi + 1-198, láminas 1-50.
MONTALTO, F.A. 1967. Panorama de la realidad histórica del Paraguay, Tomo I, Período colonial. Editorial El Gráfico, Asunción, pp. 1-240, 1967.
MORELLO, J. 1968. Las grandes unidades de vegetación y ambiente del Chaco Argentino. Primera Parte: Objetivos y metodología. La Vegetación de la República Argentina, INTA, Serie Fitogeografía Nº 8, Buenos Aires, pp. 1-125 + 4 mapas + láminas I-XI.
MORÍNIGO, M. 1959. Programa de filología hispánica. Compendios Nova de Iniciación Cultural, Editorial Nova, Buenos Aires, pp. 1-163.
NEIFF, J.J. 1979. Fluctuaciones de la vegetación acuática en ambientes del valle de inundación del Paraná Medio, Physis, Buenos Aires, Tomo 38, Nº 95: 41-53.
NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A. 1977. Naufragios y comentarios. Prólogo de Luis Alberto Sánchez. La Nave de los Locos, Premiá Editora, S. A., México, pp. 1-452 + [11].
OLAGÜE, I. 1958. Diario de a bordo de Juan de la Costa. Ediciones Garriga S. A., Barcelona, pp. 1-233.
OLIVEIRA VIANNA. 1937. Evolución del pueblo brasileño. Prólogo de Rodolfo Rivarola. Biblioteca de Autores Brasileños, II, Buenos Aires, pp. 1-329.
PARRAS, Fray P.J. de. 1943. Diario y derrotero de sus viajes 1749-1753. España-Río de La Plata-Córdoba-Paraguay. Ediciones Argentinas Solar, Buenos Aires, pp. 1-254.
PASOS, I. de. 1970. Diario de una navegación y reconocimiento del Río Paraguay desde la ciudad de la Asunción hasta los presidios portugueses de Coimbra y Albuquerque. Pp. 89-169, en Pedro De Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Tomo VI, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
PASOTTI, P. 1953. Paisajes del Litoral. Pp. 31-44, en: Panorama histórico del Litoral Argentino (1516-1820). Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Santa Fe, Año 1, Nº 1.
PÉREZ ACOSTA, J.F. 1937. Las invasiones inglesas. Su repercusión en el Paraguay. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires, año XVII, Nº 58-60, pp. 142-150.
PIÑERO, T. 1962. Navegantes y maestres de bergantines en el Río de la Plata. Secretaría de Estado de Marina, Historia Naval Argentina, Buenos Aires. Serie B, Nº 3, PP. 1-264.
POPOLIZIO, E. 1977. Contribución a la geomorfología de la provincia de Corrientes, Geociencias, Resistencia, Nº 7, pp. 1-45.
POPOLIZIO, E. 1981. Bases fisiográficas para el estudio de las crecientes e inundaciones en la Mesopotamia Argentina. Actas del Octavo Congreso Geológico Argentino, San Luis, 4, pp. 185-208.
PRESCOTT, W. 1947. Historia del reinado de los Reyes Católicos. Tomo II. Editorial Argonauta, Buenos Aires, pp. 1-747.
PRESCOTT, W. 1967. Historia de la Conquista del Perú. Con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas. Editorial Schapire, Buenos Aires, pp. 1-600.
PUSINERI SCALA, C.A. 1973. Los montículos o *yvy* chovi del Paraguay. Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, 14, pp. 117-124.
QUARLERI, P. 1975. Estudio fluviométrico de la Cuenca del Plata. Pp. 161-202, en Sociedad Argentina de Estudios Geográficos GAEA: Geografía de la República Argentina, tomo VII, segunda parte, Hidrografía, Imprenta Coni, Buenos Aires.
QUEVEDO, R. 2001. Cronologia y vida de Ruy Díaz de Guzmán (1560-1629). Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, volumen XL-XLI, pp. 11-65, 2000-2001.

QUEVEDO, R. 2002. Alexo García y los hermanos Goes. Siglo XVI. Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, volumen XLII, pp. 439-448.

QUINN, W. 1993. Long term changes in the frequency of occurrence of El Niño events. En: Henry F. Díaz y Vera Markgraf (editores): El Niño: historical and plaeoclimatic aspects of the Southern Oscillation, Cambridge University Press, pp. 1-490, 1993.

QUINN, W y V.T. NEAL. 1987. El Niño occurrences over the past four and half centuries. Journal of Geophysical Research, 92, Nº 13, pp. 14.449-14.461.

QUIROGA, J. 1970. Descripción del Río Paraguay desde la boca del Xaurú hasta la confluencia del Paraná. Pp. 65-88, en: Pedro De Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Tomo VI, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.

RELA, W. 2001. Portugal en las exploraciones del Río de la Plata. Historia Marítima del Uruguay, Volumen II, Aporte documental II, Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial, Montevideo, pp. 1-320 + [15].

ROSENBLAT, A. 1964. El nombre de la Argentina. Libros del Tiempo Nuevo, Eudeba, Buenos Aires, pp. 1-88.

RUTLLANT COSTA, J. 1985. Algunos aspectos de la influencia climática, a nivel mundial y regional, del fenómeno El Niño. Investigaciones Pesqueras (Chile), Santiago, 32, pp. 9-17.

SAGUIER, E.R. 1993. La crisis revolucionaria en el Paraguay y el comportamiento de la milicia. La Real Renta del Tabaco como motor de la crisis agraria colonial. *Folia Histórica del Nordeste,* Resistencia, Nº 11, pp. 65-92.

SALAS, A.M. 2001. Ruy Díaz de Guzmán, el primer historiador del Río de la Plata. Historia Paraguaya, Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, volumen XL-XLI, pp. 109-120, 2000-2001.

SÁNCHEZ QUELL, H. y J. RUBIANI. 1984. *Asunción de los recuerdos.* Editorial Artemis S. R. L., Asunción, pp. 1-140.

SARMIENTO DE GAMBOA, P. 1950. Viajes al Estrecho de Magallanes, 1579-1584. Edición anotada al cuidado de Ángel Rosenblat. Prólogo de Armando Braun Menéndez. Tomo II. Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-507.

SCHMIDL, U. 1983. Derrotero y viaje al Río de la Plata y Paraguay. Edición dirigida y prologada por Roberto Quevedo. Biblioteca Paraguaya, Ediciones NAPA, Asunción, pp. 1-18 + 1-263, láminas i-xxxiii.

SCHMIDT, H. 1939. Von Río de la Plata zum rio Alto Paraguay; 2300 km nordwärts Südamerikanischen Riesenströmen. Edición del autor, Buenos Aires, pp. 1-287, fotografías, mapas.

SCHNACK, E.J. 2000. El Niño en la Plata, Revista Museo, La Plata, 3 (14): 71-76.

SERRANO, A. 1938. Los sambaquíes o concheros brasileños. Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, Vol. 1, Nº 3, pp. 43-89.

SIERRA, V.D. 1967. Historia de la Argentina. Fin del régimen de gobernadores y creación del Virreinato del Río de la Plata (1700-1800). Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, pp. 1-673.

SUSNIK, B. 1975. Dispersión tupí-guaraní prehistórica. Museo Etnográfico Andrés Barbero, Asunción, pp. 1-171 + [1] + 2 mapas plegables.

SUSNIK, B. 1975. Interpretación etnocultural de la complejidad sudamericana antigua. I. Formación y dispersión étnica. Museo Etnográfico Andrés Barbero, Asunción, pp. 1-199 + [1] + 4 mapas plegables.

SUSNIK, B. 1975. Interpretación etnocultural de la complejidad sudamericana antigua. II. El hombre, persona y agente ergológico. Museo Etnográfico Andrés Barbero, Asunción, pp. 1-148 + láminas 1-133 + [7].

SUZUKI, H. 1973. Recent and Würm climates of the West coast of South America. Bulletin of the

Department of Geography, University of Tokyo, Nº 5, pp. 3-28.
TAIANA, J.A. 1985. La gran aventura del Atlántico Sur. Navegantes, descubridores y aventureros (siglos XVI-XVIII). Librería El Ateneo, Editorial, Buenos Aires, pp. 1-361 + 3 mapas plegables.
TERMIER, H. y G. 1973. La trama geológica de la historia humana. Nueva Colección Labor, 23, Editorial Labor, Barcelona, pp. 1-208.
TORRE REVELLO, J. 1941. Introducción. Pp. ix-xxv, en Comisión Oficial del IV Centenario de la primera fundación de Buenos Aires (1536-1936). 1941: Documentos Históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense. Tomo primero. Memorias y relaciones históricas y geográficas. Talleres S. A., Casa Jacobo Preuser, Buenos Aires.
TORRE REVELLO, J. 1943. Esteco y Concepción del Bermejo. Dos ciudades desaparecidas. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, Nº LXXXV, pp. 1-180 + i-xxxiii + 1-27.
TOSSINI, L. 1942. El Río Paraguay. Anales de la Sociedad Científica Argentina, Buenos Aires, 132: 116-134; 218-225; 133: 502-522, 1942.
VELÁSQUEZ, R.E. 1973. Navegación paraguaya en los siglos XVII y XVIII. Estudios Paraguayos, Asunción, 1, Nº 1, pp. 1-40 + 1 mapa.
TRELLES, M.R. 1879. Diego García, primer descubridor del Río de la Plata. Revista del Archivo General de Buenos Aires, Tomo I, Buenos Aires.
UDAONDO, E. 1945. Diccionario biográfico colonial argentino. Prólogo de Gregorio Aráoz Alfaro. Editorial Huarpes, Buenos Aires, pp. 1-981.
VIDART, Dl. 1999. El Uruguay visto por los viajeros. Tomo I. Paranaguzú: el río como mar. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 1-111.
VILLANUEVA, H. 1984. Vida y pasión del Río de la Plata. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 1-308 + [2].
ZABALA, R. y E. de GANDÍA. 1980. Historia de la ciudad de Buenos Aires. I. (1536-1718). Colección Centenario, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Cultura, Buenos Aires, pp. 1-511 + [12].
ZAPATA GOLLÁN, A. 1938. Las puertas de la tierra. Publicación de Extensión Universitaria, Nº 36, Universidad nacional del Litoral, Santa Fe, pp. 1-134 + [6].
ZAPATA GOLLÁN, A. 1942. El Paraná y los primeros cronistas. Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, Nº 2, Santa Fe, PP. 1-40 + [2].
ZAPATA GOLLÁN, A. 1968. Indígenas del Paraná, Uruguay y Paraguay en la época colonial, Capítulo 4, pp. 179-251, en Roberto Levillier (Director): Historia Argentina, Tomo I, Plaza y Janés, Buenos Aires-Barcelona-Bogotá.
ZAPATA GOLLÁN, A. 1973. La conquista del Río de la Plata. Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, Segunda época, Nº 4, Santa Fe, pp. 1-36 + [3].
ZUBIZARRETA, C. 1957. Capitanes de la aventura. I. Cabeza de Vaca, el infortunado. II. Irala el predestinado. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, pp. 1-394.

AZARA

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

www.fundacionazara.org.ar

fundacionazara **fundacionazara**

"Este libro de Julio Contreras (†), Adrián Giacchino, Bárbara Gasparri y Yolanda Davies es un interesante trabajo en el que predomina un acucioso estudio de las fuentes históricas en ese encuentro con la naturaleza de un curso fluvial clave para el desarrollo de las sociedades humanas en esta región de Sudamérica.

El despliegue de erudición con respecto a las fuentes primarias y secundarias que hacen referencia al río Paraguay en el proceso de conquista durante el siglo XVI es sumamente esclarecedor para comprender el rol que tuvo el río Paraguay en esos años en los cuáles los pueblos originarios vieron como desde sus embarcaciones algunas veces y mediante expediciones terrestres otras, los europeos iban incursionando en sus territorios ancestrales.

La obra va demostrando el modo en que el curso fluvial fue un elemento fundamental de la presencia europea que fue configurando el nuevo territorio de acuerdo con sus principios y sus fines. Para dar una visión más amplia los autores no sólo recurren a las fuentes escritas, sino también a los mapas y cartas que fueron levantadas por los exploradores en los años iniciales de la conquista.

Posteriormente la obra analiza los elementos que hacen al origen del nombre del río, presentando una diversidad de fuentes que permitirán al lector, comprender el significado de la palabra Paraguay. (…)

Esta obra representa un aporte significativo para una historia del río Paraguay desde una perspectiva interdisciplinaria, que permitirá al lector comprender el vínculo de un curso fluvial con la sociedad humana."

Herib Caballero Campos
Miembro de la Sociedad Científica del Paraguay
Febrero 2020

ISBN 978-987-3781-47-6

ACCESO ABIERTO

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

umai Universidad Maimónides